

UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**LA TEORÍA DE LOS SIGNOS DE
CHARLES SANDERS PEIRCE:
SEMIÓTICA FILOSÓFICA**

DIEGO MARIANO RODRÍGUEZ
06-970067-1

Tesis de licenciatura dirigida por el
Prof. Dr. Néstor Corona

Buenos Aires, 2003

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	5
I. VIDA Y OBRA DE CHARLES S. PEIRCE.....	9
1. Perfil biográfico de Peirce.....	9
2. El desarrollo de la ciencia semiótica.....	13
II. PREPARACIÓN Y SURGIMIENTO DE LAS CATEGORÍAS DE PEIRCE.....	21
1. Lógica, metafísica y categorías.....	21
(i) Los sistemas de categorías anteriores a Peirce.....	22
(ii) La justificación de los conceptos a priori.....	25
(iii) La influencia escolástica.....	30
(iv) Balance.....	34
2. La deducción de las categorías de Peirce.....	35
(i) El ser y la sustancia.....	36
(ii) Abstracción, cualidad e hipótesis.....	40
(iii) Las relaciones binaria y ternaria.....	43
(iv) Comparación e interpretante.....	48
(v) Balance.....	52
III. FENOMENOLOGÍA Y CATEGORÍAS IRRACIONALES.....	55
1. La fenomenología y la cuestión de los valores.....	55
(i) La clasificación de las ciencias.....	57
(ii) El fenómeno y los valores: uno, dos, tres.....	61
(iii) Balance.....	66
2. La Primeridad y la Segundidad.....	67
(i) La manifestación de la Primeridad.....	68
(ii) La definición de Primeridad.....	73
(iii) La Segundidad y su experiencia.....	80

(iv) Elementos ontológico-semióticos.....	86
(v) Balance.....	92
IV. LAS RELACIONES TRIÁDICAS: LA TERCERIDAD.....	95
1. La semiótica.....	95
(i) Nociones fundamentales.....	97
(ii) Terceridad y relación de signo.....	101
(iii) La cuestión del interpretante.....	105
(iv) El interpretante final y la cuestión del hábito.....	111
(v) Balance.....	117
BALANCE FINAL.....	121
BIBLIOGRAFÍA.....	131

INTRODUCCIÓN

*My face in thine eye, thine in mine appears,
And true plain hearts do in the faces rest,
(John Donne 1572-1631)*

Charles S. Peirce (1839-1914), fundador del pragmatismo norteamericano, dedicó gran parte de su reflexión filosófica a la teoría de los signos. El propósito de esta reflexión es la comprensión más profunda del modo en que conocemos, con miras a un enriquecimiento de la ciencia, en la búsqueda de la verdad. El modo en que conocemos y los signos que usamos para representar la realidad son el fundamento de la investigación científica para Peirce. Por tanto, nuestro conocimiento de la vida de la ciencia estará incompleto hasta que el pensamiento y la representación no sean estudiados con profundidad¹. El conocimiento, en la concepción de Peirce, es un proceso de significación con una estructura triádica fundamental, conformada por un objeto, un signo y un “interpretante”, o concepto en la mente del intérprete. Las distintas definiciones que da Peirce de signo tienen elementos comunes a todas ellas. Algunos de estos elementos son: el carácter mediador del signo, la determinación del concepto mental por el objeto a través del signo, y la esencial producción del interpretante en la relación triádica que es el conocimiento. Este último rasgo común, la producción del interpretante, es denominado “semiosis” por Peirce, y constituye uno de sus aportes más importantes en materia semiótica.

¹ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, Routledge, London, 1992, p.119

Mientras que la semiosis es un fenómeno –una acción o influencia que es o implica una cooperación entre tres sujetos– la semiótica es un discurso teórico sobre los fenómenos semióticos². En su semiótica, Peirce busca explicar la “relación de signo” (*sign relation*), una relación triádica, y utiliza su tríada de categorías metafísicas, para llegar así a comprender las diversas posibilidades implícitas en dicha relación. Mi trabajo propone una interpretación de la semiótica peirceana a la luz de su sistema de categorías universales. La íntima dependencia de la teoría de los signos de Peirce respecto de su metafísica, hace que su semiótica se desarrolle y profundice de la mano de los avances en materia de las categorías. Uno de los puntos sobre los que más insiste Peirce es el *carácter triádico* de “la relación de signo”, la que presenta como “forma genuina” de su tercera categoría: “la terceridad” (*Thirdness*). Peirce afirma en “*Semiotics and Significs*” (su correspondencia con su amiga Lady Welby entre 1903 y 1911) que:

En su forma genuina, la Terceridad es la relación triádica existente entre un signo, su objeto, y el pensamiento interpretante, él mismo un signo, considerado como constitutivo del modo de ser signo. Un signo media entre el signo *interpretante* y su objeto³

La teoría general de los signos ya había sido estudiada por los antiguos griegos. La palabra “*semeiosis*”, por ejemplo, aparece en el tratado *De Signis* del filósofo epicúreo Filodemo. También los dominicos, desde Tomás de Aquino hasta Juan de Santo Tomás, realizaron estudios de semiótica. En la modernidad el término “semiótica” aparece en el *Ensayo Sobre el Entendimiento Humano* del filósofo inglés John Locke, de cuya definición de semiótica parte Peirce. Sin embargo, los especialistas parecen coincidir en que la naturaleza de los signos había sido estudiada en forma poco

² ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, Lumen, Barcelona, 1992, p.240

³ Citado por C. Hookway en *Peirce*, p.121

sistemática, hasta los desarrollos de Peirce en este campo. No se había intentado aún una teoría completamente general de los signos. En dicha teoría se parte del siguiente principio: “cualquier cosa que algo sea, además de eso que es, también es un signo”⁴. Charles S. Peirce es considerado el fundador de la semiótica moderna por sus significativos aportes a esta teoría general de los signos.

El presente trabajo fue motivado por la reciente afirmación de J. Ransdell, estudioso de Peirce, que la clave de lectura de la semiótica peirceana debe buscarse en las categorías –la representación es la tercera categoría⁵. En esto consiste el aporte objetivo de este trabajo: presentar la teoría de los signos de Peirce desde la perspectiva de sus categorías metafísicas, siguiendo el desarrollo de las mismas en conexión con la semiótica. La semiótica de Peirce es esencialmente una *semiótica filosófica*; es la ciencia que se ocupa de la tercera categoría, o de su forma más genuina o perfecta: la relación triádica entre un objeto, un signo, y un pensamiento interpretante. Como escribe Ransdell, la semiótica de Peirce no puede ser confundida con otras formas de semiótica no filosóficas. La tradición de la que parte Peirce es eminentemente lógico-filosófica y esto se evidencia en la íntima relación y continuidad evolutiva entre la teoría de los signos y su sistema de categorías fundamentales.

La investigación se ha organizado con arreglo al siguiente índice. En la primera sección, se presenta la biografía de Peirce, junto con la evolución de la ciencia semiótica en su sistema filosófico. En la segunda sección, se estudia el surgimiento de las categorías en la obra

⁴ FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism, Just How General is Peirce's General Theory of Signs*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p.357

⁵ PEIRCE-L Re: On What Motivated Peirce to Study Signs(en línea): *Joseph Ransdell. "Peirce Discussion Forum" pierce-l@lyris.acs.ttu.edu* en el servidor (9 de feb. 2002)

fundacional de la semiótica peirceana: “*On a New List of Categories*”. Aquí Peirce presenta la relación ternaria de signo como una categoría de su sistema metafísico. En la sección tercera, se estudia la fenomenología, donde Peirce contempla el fenómeno universal –todo lo presente a la mente, real o ficticio– para descubrir las tres categorías universales. En esta sección se trata de las categorías de “*primeridad*” y “*segundidad*”, que se corresponden con los valores numéricos *uno* y *dos*, presentes en el fenómeno. Peirce clasifica los fenómenos en: (1) aquellos que son herméticos, esto es, que no poseen relación con *un otro* (primeridad o *Firstness*), (2) los que son esencialmente *referencia a otro* (segundidad o *Secondness*), y (3) los fenómenos que comportan una relación de tres términos, como es el caso de la relación de signo (terceridad). Finalmente, la cuarta sección desarrolla la tercera categoría en su “forma genuina”: la semiosis.

El material que he utilizado en la investigación es la versión electrónica de los “*Collected Papers*” (CP) de Peirce y los dos volúmenes del “*Essential Peirce*” (EP). De allí extraje los textos más relevantes para esta perspectiva categorial de la relación de signo⁶, de acuerdo con el estudio del tema que desarrollan C. Hookway en “*Peirce*” y M. G. Murphey en “*The Development of Peirce’s Philosophy*”, principalmente. En cuanto a la introducción, he usado las introducciones a los dos volúmenes del “*Essential Peirce*”, las introducciones a los “*Writings of Charles S. Peirce*” publicados hasta la fecha, y la obra de M. Fisch “*Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*”, principalmente el ensayo “*Peirce’s General Theory of Signs*”. Todas estas referencias aparecen detalladas en la bibliografía final⁷.

⁶ Las traducciones tanto de la bibliografía primaria, como de la secundaria fueron realizadas por mí, de acuerdo con los originales en idioma inglés.

⁷ El conocimiento de mucha de esta bibliografía, así como su inestimable orientación y consejos se los debo al Prof. Jaime Nubiola, reconocido especialista en Peirce de la universidad de Navarra.

VIDA Y OBRA DE CHARLES S. PEIRCE

1. Perfil biográfico de Charles S. Peirce

En esta primera sección de mi tesis presentaré (1) un breve perfil biográfico de Ch. S. Peirce, acompañado de (2) una presentación sintética de los desarrollos de su semiótica. La semiótica constituye la disciplina medular del proyecto filosófico de Peirce. Por ello, el estudio del desarrollo de la semiótica equivale a contemplar la totalidad de la evolución de su pensamiento. En esta introducción a la semiótica peirceana se hace referencia a algunos de sus artículos más importantes, su contacto con el *De Signis* de Filodemo y con la obra de Whately, entre otros escritos relevantes. También se mencionan la influencia de la *Crítica de la Razón Pura*, así como de autores nominalistas como Ockam y Hobbes. Por último, se trata de la lógica de Peirce como ciencia normativa que se ocupa del bien intelectual, y que indica que es racional y bueno dedicarse a la búsqueda de la verdad, en el seno de una comunidad de investigadores.

Charles Sanders Peirce nació en Cambridge, Massachussets, el 10 de septiembre de 1839. Su padre, Benjamín Peirce, fue un destacado profesor y científico de la universidad de Harvard. Benjamín fue el matemático más importante de los Estados Unidos, pero además tuvo un agudo genio lógico que Charles S. heredó y cultivó. La familia Peirce se relacionaba con las figuras más relevantes de la ciencia y la cultura de su tiempo. Charles creció en este ambiente

cultural óptimo para su desarrollo intelectual, y fue rápidamente reconocido como un verdadero prodigio en los campos de la ciencia y la filosofía. Tenía tan solo once años cuando escribió una *Historia de la Química* y dieciséis cuando entró en contacto con las *Cartas Estéticas* de Schiller¹, que marcaron el rumbo de su proyecto filosófico. Obtuvo un Bachiller en Artes en 1859 y una Maestría en Artes en 1862 en Harvard. Luego, entró en la Facultad de Ciencias Lawrence, también en Harvard, donde consiguió su Bachiller *summa cum laude* en Química en 1863. Su primer libro en ciencia, “*Photometric Researches*”, lo publicó en 1878. Sin embargo, el genio de Peirce, su renovación del pensamiento, sus ideas de vanguardia, tan admirados en un principio, se volvieron en su contra en más de una oportunidad. Como James Feibleman ha comentado, Nueva Inglaterra –Boston y Cambridge– se hizo cada vez más conservadora y temerosa de la originalidad, debido a la expansión de los Estados Unidos y al surgimiento de las grandes metrópolis del oeste².

Al igual que otros talentos, que padecieron la incompreensión, Peirce nació y vivió en un tiempo que le fue hostil, debido al carácter vanguardista de sus ideas. Por ello, tuvo que esforzarse tremendamente para cumplir sólo parte de las expectativas que su genio suscitó en su juventud. Debieron pasar muchos años para que Peirce fuese llamado “el pensador más grande que produjo Norteamérica”, o “la mente más aguda de Norteamérica”. Su carrera profesional estuvo signada por el fracaso y las contrariedades. Peirce enseñó lógica por unos años en la universidad John Hopkins, como profesor adjunto de media jornada entre 1879 y 1884. Para ese entonces ya había hecho carrera trabajando para el Examen de Costas y Geodesia de los E.E.U.U (*U.S. Coast and Geodetic Survey.*), donde

¹ PEIRCE, CH. S., *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, Indiana University Press, Bloomington, 1982, vol.1, introducción (xvii)

² Citado por N. Houser en la introducción (xix) a *The Essential Peirce, (EP)* vol.1, Indiana University Press, Bloomington and Indiana, 1992

estaba a cargo de experimentos de gravedad y estudios del péndulo; había sido nombrado Oficial Regular (*Regular Aide*) en 1859. En 1891 se retiró de manera forzada del *U.S. Coast*, su último empleo regular. Después de esto, muchos de sus artículos fueron escritos con el fin de recibir alguna remuneración, que aliviase su apremiante situación económica. Algunos de sus artículos en materia filosófica fueron compuestos con miras a satisfacer las instrucciones y expectativas de los editores. También publicó críticas para periódicos, contribuciones a diccionarios y enciclopedias, y traducciones (mayormente del francés y del alemán).

Hacia 1900 Peirce comenzó a preocuparse por la publicación de su obra filosófica y sus descubrimientos en matemática y lógica. Sin embargo, no logró obtener el apoyo de los editores. “*New Elements of Mathematics*” fue rechazado por Open Court y “*Proposed Memoirs on Minute Logic*” no contó con la aprobación del Instituto Carnegie. Más de veinte años después de su muerte en 1914, el departamento de filosofía de Harvard editó una colección de sus *papers*. Con esta edición los estudiosos cobraron conciencia de la importancia y profundidad del pensamiento de Peirce. Los “*Collected Papers*”³ continúan siendo una fuente inagotable de estudio en nuestros días, donde el interés por la filosofía de Peirce sigue creciendo. El aporte de Peirce en lógica, algebraica y gráfica, por ejemplo, es considerado sustancial por su influencia en los desarrollos posteriores en este campo. Hilary Putnam se ha mostrado sorprendido pues mucho de lo que es materia común en la lógica moderna actualmente se difundió a través de los esfuerzos de Peirce y sus alumnos. W. V. Quine también expresa su reconocimiento, pues

³ En esta tesis los “*Collected Papers*” en versión electrónica aparecen citados como *CP*, seguido del número de volumen y número de párrafo.

considera que la lógica moderna nace de la teoría general de la cuantificación de Frege y Peirce⁴.

En cuanto a la filosofía de Peirce, el interés por su obra ha resurgido en los últimos años. Esta afirmación se puede constatar al ver el creciente número de libros y artículos publicados sobre Peirce, la creciente referencia a sus ideas y el testimonio de filósofos de la talla de Karl Popper, quien considera a Peirce uno de los filósofos más grandes de todos los tiempos. Respecto de la disciplina semiótica, Peirce es reconocido como el fundador de la semiótica moderna. Sin embargo, como afirmó Nathan Houser en la introducción a *"The Essential Peirce"* en 1992, la importancia de la semiótica para todas las disciplinas que tratan de la representación (epistemología, lingüística, antropología, probablemente bellas artes, entre otras) sólo comienza a ser reconocida. Walker Percy dijo en 1989 que la ciencia moderna es incoherente cuando trata de explicar al hombre en cuanto hombre (*man qua man*); sin embargo, la teoría de los signos de Peirce pone los fundamentos para una ciencia del hombre que aún no ha sido desarrollada.

La filosofía de Peirce no consiste en un conjunto de doctrinas estáticas, concebidas en forma germinal y escritas en forma definitiva. Por lo contrario, Peirce pensó en una filosofía en desarrollo, un sistema evolutivo, y siempre se mantuvo abierto a la experiencia y pronto a reformular sus teorías según fuese necesario. Dice N. Houser "casi todo cambió de un modo u otro. No podemos establecer una filosofía consistente a partir de los escritos de Peirce sin ignorar pasajes que se contraponen"⁵. Por todo esto los estudiosos de Peirce han dividido su pensamiento en períodos. Max Fisch ofrece las siguientes etapas en *"Peirce, Semeiotic, and Pragmatism"*: (1) el

⁴ Citado por N. Houser en la introducción (xx) a *The Essential Peirce*, vol.1

⁵ HOUSER, Nathan, *The Essential Peirce*, vol.1, introducción (xxiii)

período de Cambridge (1851-1870) que se comprende entre el encuentro con la lógica de Whately y la “*Memoir*” en la lógica de relativos de Peirce; (2) el período cosmopolita (1870-1887), el momento más intenso de trabajo científico, cuando viajó por Europa, los Estados Unidos y Canadá; y (3) el período de Arisbe, el nombre de su casa de Milford (1887-1914), comprendido entre su establecimiento en Pensilvania y su muerte. Este último fue el período más extenso de su producción filosófica, donde hizo grandes aportes para la sistematización de la semiótica. Pero la semiótica acompañó a Peirce a lo largo de todo su proyecto filosófico, como se verá en la sección siguiente.

2. El desarrollo de la ciencia semiótica

En el rico legado de la antigua filosofía griega, es posible encontrar tanto la teoría general de los signos como algunas de sus ramas más específicas, como lo son por ejemplo la gramática y la sintomatología⁶. Sin embargo, los estudiosos de la semiótica actualmente reconocen a Charles S. Peirce como el fundador de esta disciplina. Un gran número de las ideas de Peirce se desarrollaron en la primera etapa de su reflexión filosófica –la década de 1860– donde Peirce se encontraba fuertemente influenciado por Kant; no obstante, Peirce siguió dedicándose incansablemente a lo largo de su vida a desplegar ese inmenso abanico de posibilidades para la ciencia que implica el estudio de los signos. Sin duda, como lo dice repetidas

⁶ FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism. Peirce's General Theory of Signs*, p.321

veces Joseph Ransdell, la semiótica constituye un 90 por ciento de la reflexión y producción literaria de Peirce⁷.

El interés de Peirce por la lógica se despertó en él a muy temprana edad. Sólo tenía doce años cuando entró en contacto con la obra lógica de Whately "*The Elements of Logic*". Peirce adhirió a algunas propuestas de la doctrina nominalista a través de esta obra: (1) la necesidad real del lenguaje para el desarrollo del pensamiento, y (2) la aversión a la doctrina de "las Ideas", donde las palabras son sólo *el medio* por el que nos comunicamos, y no son consideradas esenciales para el desarrollo del pensamiento. En años posteriores, Peirce dirá que la lectura de los "nominalistas", tales como Ockham, Hobbes, Leibniz y Berkely, lo condujo a la consideración del pensamiento como signo. No obstante, Peirce no consideró el desarrollo del pensamiento en signos una doctrina nominalista. Por otro lado, Peirce acercaría progresivamente su filosofía a la posición del "realismo", hasta definirse a sí mismo como realista escolástico: "un aristotélico del ala escolástica, que se acerca al escotismo, pero que va más lejos en la dirección del realismo escolástico"⁸.

En 1865 Peirce dictó un curso en la universidad de Harvard sobre la lógica de la ciencia. En su exposición Peirce pasó revista a las distintas concepciones de la lógica como ciencia. En la segunda parte del curso, reflexionó sobre la definición de lógica de John Locke, en "*Essays Concerning Human Understanding*" (1690). En su obra Locke identificaba la lógica y la semiótica⁹. Esta concepción de la lógica le parecía a Peirce demasiado amplia, pues él consideraba que

⁷ PEIRCE-L Re: On What Motivated Peirce to Study Signs(en línea): *Joseph Ransdell*. "*Peirce Discusión Forum*" pierce-l@lyris.acs.ttu.edu en el servidor (9 de feb. 2002)

⁸ Citado por N. Houser en la introducción (xxviii) a *The Essential Peirce*, vol.1

⁹ FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism. Peirce's General Theory of Signs*, p.323

la lógica sólo se ocupaba de los símbolos y no de los signos en general. Su segunda aproximación a la definición de lógica marca el distanciamiento respecto de Locke. Lógica es “la ciencia de los símbolos en general y como tales”. Sin embargo, esta definición es todavía un tanto amplia, pues se podría pensar en una ciencia de los símbolos en general: la “simbolística”, que se ocuparía de los símbolos pero no bajo el aspecto en que la lógica los considera. La lógica trata de los símbolos pero desde la perspectiva de las condiciones que hacen posible que los símbolos se refieran a sus objetos. En 1865 Peirce eleva la simbolística al rango de rama de la semiótica, que cuenta con tres divisiones: la gramática general, la retórica general y la lógica general¹⁰. Este es el *trivium* de la simbolística.

En 1867 aparece su primera obra publicada sobre semiótica, “*On a New List of Categories*”, donde presenta su propia lista de categorías: la cualidad, la relación y la representación. En CP 1.561 Peirce dice que esta obra fue el resultado de los dos años más arduos de todo su trabajo intelectual. En los primeros años de su reflexión filosófica, Peirce se inspiraba en la filosofía de Kant, a quien reconocía como su maestro en metafísica y lógica. Peirce conocía al detalle la *Analítica Trascendental* en la *Crítica de la Razón Pura*. Sin embargo, su genio lógico comenzaba a sospechar que la lógica formal de Kant presentaba problemas de difícil solución. No obstante, tanto el planteamiento del problema que se busca resolver en la “*New List*”: la validez de una deducción trascendental de los conceptos puros a partir de la proposición, como la terminología usada son netamente de

¹⁰ Los calificativos de “general” o “universal” tienen el sentido de “especulativo” o “puro”. Ya en la edad media había una *Grammatica Speculativa*. El *trivium* de ciencias del lenguaje provenía de los griegos y romanos y pasó a través de San Agustín y Boecio a los medievales. Era el conjunto de las ciencias referidas al lenguaje. Peirce luego llamará a la gramática general, gramática pura, siguiendo a Kant, para quien “puro” significaba opuesto a práctico.

inspiración kantiana. A pesar de esto, se puede encontrar en esta temprana obra de Peirce la influencia de la escolástica. Peirce siempre criticó a Kant su vago conocimiento de la lógica medieval, continuadora fiel de la lógica aristotélica, y encontró en la lógica de Duns Escoto las respuestas a importantes problemas que la lógica kantiana le planteaba.

Peirce da noticia de su lista de categorías derivada de la lógica por vez primera en "*On a New List of Categories*". Aquí utiliza las categorías irreducibles: cualidad, relación binaria y representación como fundamento de las siguientes distinciones tricotómicas: (1) tres clases de representaciones, a saber, semejanzas (iconos), índices y símbolos; (2) el *trivium* de ciencias: gramática formal, lógica y retórica formal; (3) una división general de los símbolos, común a las tres ciencias: términos, proposiciones y argumentos; y (4) tres clases de argumentos, que se distinguen por los tres modos distintos de relación entre las premisas y la conclusión: deducción, hipótesis e inducción. En "*On a New List of Categories*" Peirce introduce el signo, o representación mediadora, como una categoría última e irreducible.

En 1868-69 se publican tres artículos de Peirce, conocidos como "*The Cognition Series*", en el "*Journal of Speculative Philosophy*". Como comenta Max Fisch, la doctrina positiva de toda esta serie de artículos es la máxima peirceana de que todo el pensamiento procede en signos. "Todo el pensamiento es en signos" (CP 5.253). Todo pensamiento continúa a un pensamiento anterior y es seguido por otro pensamiento. No hay premisas no inferidas, ni conclusiones cerradas a ulteriores, eventuales interpretaciones. También se puede agregar que ningún pensamiento comporta una relación diádica entre la mente cognoscente y el objeto conocido. El conocimiento es siempre un proceso triádico, donde siempre media el signo. Por otra parte, en cuanto a la ciencia semiótica fundada en este

primer período de reflexión, Peirce partía de la perspectiva de la lógica, y se aproximaba a la semiótica con miras a la lógica de la ciencia.

Hacia 1879-80 Peirce tomó contacto con el tratado sobre lógica inductiva del filósofo Filodemo. El papiro se conoce como el *De Signis*. Una de las particularidades de la obra que más llama la atención es el uso de la palabra “*semeiosis*”. El sufijo griego *-sis* significa acto, acción, actividad o proceso. Peirce entendía la semiosis en dos sentidos: (1) como *acción* del signo, desde la perspectiva del signo y (2) como *inferencia* del signo, o a partir del signo, desde la perspectiva del interpretante. Es importante destacar que no son éstos dos tipos de semiosis, sino una y la misma semiosis, vista desde dos perspectivas inseparables. La acción de signo *es* la producción de un interpretante.

También resulta importante destacar que las cosas que nos rodean no pueden clasificarse en signos y no-signos. Es decir, el ser signo no constituye una clase de cosas que se yuxtaponen a las especies o a las cualidades. Por el contrario, no existe nada que no pueda actuar como signo, según Peirce “todo este universo se encuentra penetrado por signos, si es que no se compone exclusivamente de ellos”. Sólo basta pensar, para los creacionistas, en el universo como signo del amor del Padre, o en las palabras del Evangelio “quien me ve a mí, ve al Padre”. Luego, ¿dónde se encontraría la distinción fundamental planteada? En la filosofía de Peirce, la distinción está dada por la acción de signo, que es esencialmente triádica y la acción dinámica, que es diádica, es decir que procede entre pares de objetos en *una ciega interacción*. El concepto fundamental de la semiosis no es el signo, sino la “acción” o “actividad de signo”, donde A ejerce una acción sobre C a través de B. Existen acciones diádicas (A ejerce una acción sobre B y B sobre C), donde no hay mediación (como es el caso de la fiebre producida por el

cuerpo –acción físico-diádica), que pueden ser usadas como signos y ser interpretadas, y sin embargo, en cuanto acciones diádicas, no constituyen una semiosis.

En 1885 se produce un giro en la concepción de Peirce de la semiótica, cuando descubre que la lógica debe hacer uso de índices e iconos para representar el pensamiento. Hasta este momento Peirce había creído que la lógica sólo se ocupaba de los símbolos (términos, proposiciones y argumentos). Sin embargo, todo razonamiento debe hacer uso de iconos, índices y símbolos¹¹. El *trivium* simbolístico se convertiría ahora en el *trivium* semiótico, compuesto de: (1) la gramática especulativa, que estudia el carácter de verdad o falsedad de las proposiciones¹², y donde se clasifican e investigan las distintas clases de representaciones; (2) la crítica: el estudio de las partes de los argumentos y de su clasificación (aquí se estudian la abducción, inducción y deducción); y (3) la retórica especulativa donde se trata de las condiciones necesarias para la transmisión del significado “de mente en mente”. Esta última rama de la semiótica se ocupa de la relación entre las representaciones y las interpretaciones. Por último, en 1902 el giro de Peirce de regreso a Locke termina de cerrarse con la identificación de la lógica y la semiótica. Peirce adoptó en este año el nombre “crítica”, ya mencionado, para la lógica en sentido específico –el estudio de las formas del razonamiento-, y comenzó a utilizar la palabra “lógica” como sinónimo de semiótica.

Comprender el proyecto filosófico de Peirce resulta fundamental a la hora de aproximarse a la ciencia semiótica y sus alcances. La filosofía de Peirce es una filosofía puramente sistemática. El hilo conductor de la “mentalidad de sistema” de Peirce está dado

¹¹ Cfr. PEIRCE, Charles S., *What is a Sign?* (1894), *EP 2*, p.4-10

¹² Se debe recordar aquí el título de la obra atribuida a Duns Escoto *Grammatica Speculativa*, que tanto influyó a los teóricos del lenguaje posteriores.

por la *interdependencia* de nuestro sistema de conceptos y sistemas teóricos (las ciencias), de modo que todas ellas conforman una jerarquía perfecta. En la cima de la pirámide de las ciencias se encuentran las categorías universales: “*Firstness*”, “*Secondness*” y “*Thirdness*”. La primeridad comprende aquello que es independiente de *un otro*; la segundidad es lo *relativo a un otro*; y la terceridad está constituida por los fenómenos que son *un medio entre otros dos*. Esta doctrina de las categorías corresponde en su forma más abstracta a la matemática, que se encuentra en el pináculo de las ciencias. De ella depende la filosofía con sus tres ramas: la fenomenología, o *faneroscopia*, las ciencias normativas y la metafísica. La fenomenología es el más elevado saber filosófico ya que contempla al fenómeno (*faneron*) en toda su magnitud. Las ciencias normativas, en segundo lugar, son las que estudian al fenómeno en relación con los fines (verdad, bien, belleza)¹³. Por último, la metafísica se ocupa de la realidad de los fenómenos¹⁴.

La concepción de la lógica de Peirce es muy distinta de lo que hoy se denomina lógica matemática. Si bien Peirce contribuyó de modo sustancial a ambas, su idea de la ciencia lógica se aproxima más a lo que actualmente se entiende por epistemología o filosofía de la ciencia. La lógica de Peirce es una ciencia normativa que se ocupa del bien intelectual y constituye la médula de la filosofía. Es la opinión de Peirce que es “racional y bueno” dedicar la vida a la búsqueda científica de la verdad. El investigador peirceano, dice Hookway, es miembro de una comunidad de personas con aspiraciones semejantes,

¹³ La verdad es estudiada por la lógica, el bien es estudiado por la ética y la belleza es contemplada por la estética.

¹⁴ La fenomenología y las ciencias normativas son todas anteriores a la metafísica, en el sistema peirceano. La semiótica o lógica, por ejemplo, da a la metafísica su estructura y el orden de su proceder. Peirce dice que la metafísica se encuentra colmada de nociones triádicas como “actualidad”, “posibilidad”, “mente”, “materia”, etc. Todas estas nociones suponen la ciencia semiótica.

que se dedican a la búsqueda desinteresada de la verdad¹⁵. Ahora bien, en primer lugar, el objeto de la vida de la ciencia es la producción de una verdadera representación de la realidad. Por lo tanto, se debe conocer el modo en que el pensamiento y el lenguaje son capaces de representar lo real, para así comprender el modo en que opera la ciencia.

Lo segundo que se debe considerar es la importancia de la actividad común entre los miembros de una comunidad de investigadores¹⁶, y la naturaleza de este grupo de personas. En la concepción de Peirce, esta comunidad está constituida esencialmente por el diálogo. Es por ello que el estudio del lenguaje resulta imprescindible a la hora de aproximarse a la cuestión de la búsqueda conjunta de la verdad. En este contexto, la semiótica es un discurso teórico general sobre el significado y la comunicación, dentro de esa comunidad científica. Sin embargo, la teoría de los signos se puede describir también como una explicación de la naturaleza del lenguaje y la comunicación, o como un discurso teórico sobre el pensamiento y la inferencia. El lenguaje es constitutivo de la comunidad de investigadores pues “el pensamiento siempre procede en forma de diálogo” (CP 4.6).

¹⁵ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.118

¹⁶ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.119

PREPARACIÓN Y SURGIMIENTO DE LAS CATEGORÍAS DE PEIRCE

1. Lógica, metafísica y categorías

La especulación de Ch S. Peirce sobre las categorías fundamentales parte del tratamiento del tema en Kant, quien dedicó una importante reflexión filosófica a esta cuestión. En este primer capítulo se expone sucintamente la teoría de las categorías de Kant, y su analítica trascendental, a partir de los juicios del entendimiento, puesto que el pensamiento de Kant ejerce una influencia directa sobre el sistema de categorías de Ch. S. Peirce. Luego, se atiende a la cuestión de la posibilidad de las categorías de referirse a la realidad, el procedimiento que Kant llamó “deducción trascendental”. Por último, se tratará de las objeciones de Peirce a la tabla de los juicios y de las categorías, que Kant ofrece en la *Crítica de la Razón Pura*. Para dar respuesta a Kant, Peirce recurre a Aristóteles y a los escolásticos, y encuentra en Duns Escoto una importante diferencia respecto de Kant quien consideraba que las proposiciones constituían el estudio principal de la lógica. Escoto, por el contrario, proponía al silogismo como objeto propio de la lógica¹. El encuentro de Peirce con la filosofía escolástica producirá un giro en su consideración de la lógica y la semiótica. La silogística de los medievales introduce el elemento triádico que Peirce buscaba para resolver los problemas planteados por la lógica de Kant.

¹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, Hackett, Indianapolis, 1993, p.56

i) *Los sistemas de categorías anteriores a Peirce*

Aristóteles fue quien realizó una clasificación de los modos de ser por primera vez. Los dividió en diez géneros supremos: la sustancia y los nueve accidentes, y les dedicó una obra lógica: *Las Categorías*. Las categorías o predicamentos son los distintos predicados que pueden aplicarse a las cosas. Estos predicados generales se corresponden con los modos de ser de las cosas en la realidad. La correlación entre el orden metafísico y el orden lógico responde a la concepción clásica en la que el ser se refleja en el conocimiento y el lenguaje. Por consiguiente, es posible acercarse a los predicamentos desde un doble punto de vista: la lógica los estudia como tipos de predicado, mientras que la metafísica se ocupa de ellos como modos de ser. En la concepción aristotélica, la lógica depende de la metafísica, como el orden del pensamiento y del lenguaje depende de la realidad. Resulta importante destacar la íntima conexión entre lógica y metafísica ya que esta se mantendrá en sistemas filosóficos posteriores. No obstante, la dependencia mencionada será invertida en algunos sistemas: Kant, por ejemplo, deriva sus categorías metafísicas de los juicios del entendimiento.

Con la obra de Kant, en la modernidad, el término categoría cobró un nuevo sentido, respecto del pensamiento clásico. Las categorías no son para Kant modos de ser, sino conceptos puros del entendimiento que “se refieren *a priori* a los objetos de la intuición”, como se dice en la *Crítica de la Razón Pura, Analítica Trascendental*. Estos “géneros supremos” no están en las cosas, ni provienen de ellas, sino que, estando en el entendimiento, hacen posible entender la realidad. En consonancia con este razonamiento, el conocimiento metafísico, o “conocimiento puro filosófico”, en Kant, no busca penetrar lo real, para descubrir su estructura, donde se revelarían las categorías, sino que es:

Un conocimiento que está allende la experiencia. Por lo tanto, ni la experiencia externa, fuente de la física, ni la interna, fundamento de la psicología empírica, constituyen este conocimiento metafísico. Es por tanto un conocimiento *a priori*, o por entendimiento puro y razón pura².

Peirce no sólo recibió la impronta de Kant en su propio sistema de categorías, sino también la de Hegel. Max Fisch comenta que Peirce denominó a los tres *estados del pensamiento* en Hegel *las categorías universales*, distinguiéndolas de las categorías particulares de la *Enciclopedia*. Para Peirce, sus propias categorías corresponden a las categorías universales de Hegel, junto con las tres categorías implícitas en las cuatro tríadas de Kant³. El filósofo de Königsberg organizó su tabla de conceptos puros en cuatro grupos de tríadas (según la cantidad, la cualidad, la relación, y la modalidad), y reconoció que, en cada tríada, la tercera categoría surge de la combinación de la segunda con la primera. Peirce fue continuador de esta intuición de Kant, en su propia tabla de categorías, aún más generales que las de Kant. Por otro lado, aunque en los primeros años de la especulación filosófica de Peirce, los sistemas de categorías de Kant y de Hegel eran los más conocidos y consultados, la tabla de las categorías de Kant, parece haber atraído la atención de Peirce más que ningún otro sistema de conceptos fundamentales, en estos primeros años de su reflexión.

Peirce escribió en 1898 que hacia 1860 adhería fervientemente a Kant, al menos respecto de la *Analítica trascendental* en la *Crítica*

² KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, Istmo, Madrid, 1999, p.39-40

³ PEIRCE, CH. S., *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vol.1, introducción (xxv)

de la Razón Pura⁴. La traducción que manejaba Peirce era la de Meiklejohn de 1855, donde se presenta la siguiente tabla trascendental de los conceptos puros (*Transscendentale Tafel der Verstandesbegriffe*):

I. Según la cantidad	II. Según La cualidad	III. Según la relación	IV. Según la modalidad
Unidad	Relación	De Inherencia y Subsistencia (Substantia et Accidens)	Posibilidad-imposibilidad
Pluralidad	Negación	De Causalidad y Dependencia (causa y efecto)	Existencia-no-existencia
Totalidad	Limitación	De Comunidad (reciprocidad entre el agente y el paciente)	Necesidad-contingencia

Es indudable que la elaboración de una lista de categorías fundamentales presenta dificultades. La primera dificultad parece ser de índole epistemológica, como sugiere C. Hookway, ¿Cómo justificar que hemos dado con los elementos fundamentales a los que se reduce toda la realidad?⁵ En especial, si consideramos a la realidad como algo objetivo, independientemente de nuestro conocimiento. En el sistema de Kant, por ejemplo, no parece fácil, a primera vista, resolver el siguiente problema: ¿cómo puede llegar a nosotros *a priori*, el conocimiento de la estructura fundamental de las cosas, sin ser este conocimiento el efecto de la realidad en nosotros? Kant, en palabras de Hookway, realiza una estrategia indirecta, para dar respuesta a este interrogante. El primer paso que da es mostrar que un

⁴ PEIRCE, CH. S., *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vol.1, introducción (xxv)

⁵ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.81

cierto conjunto de categorías debe ser utilizado necesariamente por cualquiera capaz de realizar juicios. No es posible evitar utilizar las categorías en la clasificación de la experiencia, en opinión de Kant, y la reflexión *a priori* puede mostrarnos cuáles son estas categorías fundamentales. El segundo paso consiste en mostrar que dichas categorías se aplican efectivamente a la realidad.

Kant divide a la lógica en lógica formal y lógica trascendental. Respecto de la primera, no realiza aportes fundamentales, puesto que esta, en su opinión, fue concebida casi perfecta por Aristóteles. La segunda parte de la lógica se ocupa de los conceptos puros, y es la que más le interesa a Kant. Dentro de esta lógica, Kant descubre la *analítica trascendental*, que se ocupa de descomponer la facultad intelectual para hallar en ella los conceptos puros *a priori*. La analítica es el camino que Kant sigue para llegar a esos conceptos fundamentales, que son las categorías (*Kategorien*). Siguiendo este método, Kant realiza un análisis de los distintos tipos de juicios, con el objeto de derivar o deducir la lista de los conceptos fundamentales. Luego, deberá demostrar la legitimidad y necesidad de la aplicación de dichos conceptos *a priori* a los objetos.

ii) *La justificación de los conceptos a priori*

Naturalmente que la elaboración de una lista de conceptos fundamentales, así como la justificación de que los conceptos puros *deben* referirse a los objetos, presenta problemas de difícil solución. Por ello, Kant en *Prolegómenos*, presenta una reformulación de su deducción trascendental, y cuatro años más tarde, con ocasión de la segunda edición de la *Crítica de la Razón Pura*, vuelve a reelaborar su doctrina sobre las categorías. En su estudio de los distintos tipos de juicios, Kant parte de una consideración puramente formal de los

mismos. Esto se debe a que la materialidad de los juicios es enteramente contingente: *podemos perfectamente imaginar que alguien que razona pueda no tener las nociones de humanidad o inmaterialidad*. Es por ello que Kant realiza la deducción de los conceptos puros sin considerar la materia de los juicios, es decir, los diversos sujetos y predicados, que son totalmente contingentes. Sólo le interesan los aspectos formales o lógicos de los juicios⁶. A continuación se presenta la tabla de los juicios a partir de los cuales se derivan los conceptos puros del entendimiento:

I. Según la cantidad	II. Según la cualidad	III. Según la relación	IV. Según la modalidad
Universales	Afirmativos	Categóricos	Problemáticos
Particulares	Negativos	Hipotéticos	Asertóricos
Singulares	Infinitos	Disyuntivos	Apodícticos

El ariete de la reflexión sobre la deducción metafísica está dado por la correspondencia de los conceptos puros para cada uno de los juicios. Kant presenta una tabla completa de “lo que pertenece al juzgar en general, y los diferentes momentos del entendimiento en ellos; pues paralelos a tales momentos con toda exactitud resultarán los conceptos puros del entendimiento”⁷. De este modo, al realizar juicios hipotéticos, por ejemplo, manifestamos nuestro uso de la categoría de la causalidad, como cuando se dice: *si el tiempo es bueno, los hombres salen a trabajar en el campo*. El buen tiempo, en el ejemplo, es causa del trabajo de los hombres. Estas categorías o conceptos puros son, en el sistema de Kant, funciones del entendimiento. Su función consiste en unificar, ordenar algo diverso

⁶ En esta sección, los términos “juicio” (acto del espíritu) y “proposición” (obra lógica construida por el espíritu) son tomados como sinónimos, ya que Kant no realizó la distinción entre ambas palabras. Por otra parte, la distinción sí existe en la lógica medieval. (Cfr. Maritain, J., *El orden de los conceptos*, Club de Lectores, Bs. As., 1948, p.124, nota 3)

⁷ KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, p.139

bajo una representación común. De ello se sigue que la actividad propia del entendimiento –donde residen las categorías– es *juzgar*, puesto que sintetizar algo múltiple bajo algo común es la facultad de juzgar.

Se puede decir que los antiguos modos de ser de las cosas, en Aristóteles y los escolásticos, se convierten en Kant en modos de unificación de las representaciones, en modos de funcionar el entendimiento, a partir de los cuales Kant deriva las categorías. Con esta derivación de las categorías a partir de los juicios, Kant afirma haber dado a la metafísica un fundamento lógico. Este proyecto de fundar los conceptos fundamentales en la lógica muestra la nueva dependencia de la metafísica respecto de la lógica, que se da en importantes pensadores de la modernidad, como es también el caso de Hegel. Por otra parte, se debe recordar que dicho proyecto también responde a esa estrategia indirecta de Kant, cuyo propósito es evitar la derivación de las categorías a partir de la experiencia, puesto que ésta no puede llevarnos a un conocimiento científico.

Tal y como ha sido planteada la estrategia indirecta, se hace aún difícil aceptar que las categorías expresen los elementos fundamentales a los que se reduce la realidad. Se necesita un argumento que demuestre que esta referencia de los conceptos a las cosas es posible, y que explique cómo son conformadas las cosas al entendimiento en el plan de Kant. Como escribe Hookway, aún habiendo aceptado la primera parte del argumento de Kant se podría sacar la siguiente conclusión escéptica: si sólo es posible realizar juicios sobre el mundo de acuerdo con las categorías, entonces, puesto que no tenemos razón para creer que la realidad presenta los caracteres expresados por las categorías, no hay motivo para afirmar que de hecho conocemos la realidad misma⁸. En otros términos, el problema

⁸ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.81

que se plantea es el de cómo justificar que los principios de la experiencia posible (las categorías) son las leyes universales de la naturaleza⁹.

Kant realiza un complejo análisis de la experiencia, en el que pretende mostrar que sólo es posible captar algo en la experiencia como parte de un mundo ordenado según las categorías. De acuerdo con esto, las categorías forman parte de lo que es un objeto de experiencia. Precisamente, el concepto de objeto es uno de los más importantes del sistema de Kant. El objeto no es lo otro frente al sujeto, con su propia entidad e independencia respecto del sujeto. Por el contrario, lo otro absolutamente, independiente del conocimiento, es lo que Kant denomina *la cosa en sí*, que es inalcanzable para el entendimiento. Sólo tenemos representaciones en nosotros, es por ello que Kant busca en las representaciones mismas el carácter distintivo de la objetividad. Las representaciones en nosotros son sólo materia, una masa de datos puramente subjetiva que se convierte en experiencia de un objeto al organizarse según una *regla* (el concepto), que da unidad a las representaciones. Antes de ello, sólo tenemos datos sin sentido, y luego de la predicación que enunciamos o pensamos, llega a nosotros, el objeto de esas representaciones, la experiencia del objeto¹⁰.

Si existe regularidad en la unificación de las representaciones, consideramos estos enlaces de sujeto y predicado, como objetivamente válidos, lo que constituye según Kant el juicio de experiencia. Sin embargo, no todo lo enlazado en el sujeto cognoscente tiene el estatuto de objeto. También están los conceptos que son representaciones arbitrarias. Kant propone un ejemplo para comprender la diferencia entre los juicios objetivos –juicios de

⁹ KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, p.119-120

¹⁰ KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, p.130 (notas del editor)

experiencia– y los juicios subjetivos y, por ello, contingentes. Si consideramos el juicio *cuando el sol baña la piedra, ésta se calienta*, rápidamente se advierte que este juicio no contiene necesidad por mucha que sea la frecuencia con que esto haya sido percibido. Kant denomina a estos: juicios de percepción. Pero si se dice el sol calienta la piedra, entonces se agrega además de la percepción, el concepto intelectual de causa (una categoría), que conecta necesariamente el concepto de calor con el brillo del sol. El juicio se vuelve así necesario y universal, y, por consiguiente, objetivo¹¹. Kant denomina a éstos *juicios de experiencia (Erfahrungsurtheilen)*.

La “experiencia” a la que se hace referencia aquí no es la experiencia *a posteriori*, la cual es siempre contingente, sino más bien la experiencia que “se genera ante todo mediante esta adición del concepto del entendimiento (el concepto de causa) a la percepción”. La revolución copernicana en el modo de pensar, que Kant menciona en la *Crítica de la Razón Pura*, hace referencia al hecho que la objetividad misma del objeto descansa en aquella *regla* del entendimiento (la categoría o concepto puro) que se origina en el entendimiento. La regla es lo que rige el enlace de unas representaciones con otras. Entonces, se puede decir que no es el entendimiento el que se rige por los objetos, sino que los objetos alcanzan tal estatuto, el *ser objetos*, al recibir la regla impuesta por el entendimiento a las representaciones. En la concepción aristotélica, por el contrario, los conceptos fundamentales, son, ante todo, leyes del ente –*leges entis*–, modos de ser. Para Kant, las categorías son *leges mentis*: modos de funcionar del entendimiento.

Peirce, como Kant, adhirió al ideal de fundar la teoría de las categorías en la lógica, en otros términos, operar una deducción de los conceptos fundamentales a partir del análisis de los distintos tipos de

¹¹ KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, p.137

juicios. Sin embargo, la lógica de Kant comenzó a despertar dudas en el joven Peirce: “Este era el problema al cual le dediqué tres horas por día durante dos años, saliendo de él con el convencimiento que la lógica formal de Kant era incorrecta” (CP 4.2). Murphey propone la hipótesis de que estos dos años habrían transcurrido entre 1862 y 1863, y los estudios lógicos habrían comenzado hacia 1864. A partir de 1865 comienzan a aparecer las referencias escolásticas en los trabajos de Peirce. Los escolásticos fueron referentes muy importantes para Peirce en sus incursiones en el campo de la lógica. “Desde muy pronto conoce autores de la escolástica temprana, de la madura, de la tardía y hasta de los escolásticos de los siglos XVI y XVII. Los utiliza principalmente para la lógica, pero también hay una buena utilización de ellos para la metafísica y la filosofía del hombre o psicología racional”¹².

iii) *La influencia escolástica*

Peirce recurrió a la autoridad de Aristóteles y los escolásticos con el propósito de revisar la tabla de las funciones del juicio, que tantas dudas despertaba en los primeros años de su reflexión. El *background* de Peirce, como estudioso de Kant, lo llevó a aproximarse al tema de la lógica, desde la perspectiva de la proposición, como bisagra sobre la que gira la puerta de entrada al mundo de la lógica. Sin embargo, en el estudio de Duns Escoto, Peirce encontró que el objeto propio de la lógica no debía buscarlo en la proposición, como había hecho Kant, sino en el *silogismo*. Como escribe Murphey, la doctrina de la primacía del silogismo, por sobre la proposición, tiene implicancias profundas para el estudioso de Kant, como lo era Peirce.

¹² BEUCHOT, Mauricio, *Estudios sobre Peirce y la Escolástica*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Pamplona, 2002, p.17

Se debe recordar que las categorías universales de Kant eran derivadas de las funciones del juicio.

Si se considera el problema desde la perspectiva de la analítica trascendental, se debe destacar lo siguiente: el carácter universal y necesario de las categorías está en relación directa con la universalidad y necesidad de las proposiciones; estas a su vez dependen de la afirmación conjunta de que el pensamiento procede por proposiciones y que la clasificación de las proposiciones es correcta¹³ y exhaustiva. Sin embargo, como aprendió Peirce en su estudio de Duns Escoto, la importancia de la proposición depende de su función en la inferencia. Entonces, la precisión de una nueva clasificación, a partir del silogismo, dependerá de la premisa de que todo el pensamiento es de la naturaleza de la *inferencia*¹⁴. Este descubrimiento llevará a Peirce a estudiar el silogismo, y realizar una clasificación de los distintos tipos de silogismo, para dar respuesta a la lógica de Kant, ya que esta “muestra gran ignorancia de la lógica tradicional” (CP 1.560).

En CP 1.560 Peirce atribuye a su padre, el matemático Benjamín Peirce, el descubrimiento de ciertas *lacunae* en el razonamiento de Kant. Las dudas despertadas por su padre llevaron a Peirce a buscar respuestas en Locke, Berkely, Hume, Aristóteles y los medievales: San Agustín, Abelardo, Juan de Salisbury, Santo Tomás, Duns Escoto y Guillermo de Ockham. Peirce llama a estos últimos los maestros escolásticos de lógica. La admiración por estos autores por parte de Peirce se debe al modo minucioso de tratar los problemas.

¹³ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.56

¹⁴ La palabra inferencia (*illatio*) hace referencia al proceder del antecedente al consecuente. Pero en un sentido general también hace referencia al proceder del entendimiento silogísticamente. (Cfr. Maritain, J., *El orden de los conceptos*, p.209-210)

Por otra parte, si bien Peirce les reprocha a los medievales su superficialidad y *falta de pensamiento generalizador*, estos filósofos, en su opinión, no pueden ser olvidados al momento de estudiar la lógica porque ellos fueron los continuadores de la lógica aristotélica, que Kant conoció. No obstante, es sabido que Kant no tomó en cuenta los desarrollos de los autores medievales en la lógica.

Toda la filosofía de Kant descansa sobre las funciones del juicio, o las divisiones lógicas de las proposiciones, y sobre la relación de las categorías con ellas. Sin embargo, según Peirce, el estudio que hace Kant de estos elementos es apresurado, superficial, y hasta llega a ser trivial (*CP* 1.560), resultado de su ignorancia de la lógica tradicional. Peirce critica duramente el tratamiento de la lógica por parte de Kant, aunque le reconoce muchos pasajes donde se manifiesta su genio lógico. Con el convencimiento de que la lógica tradicional inspiraría un nuevo aliento a las cuestiones que trataba Kant, Peirce se alistó a responder el interrogante de si realmente las categorías dependen de la lógica formal (*CP* 1.561).

Luego de un arduo estudio sobre la posibilidad de la deducción metafísica, Peirce se convenció de que tal derivación metafísica, a partir de la lógica, era el modo de llegar a las categorías fundamentales (*CP* 1.561). Sin embargo, el modelo de Kant, su tabla de conceptos puros, se fundaba exclusivamente en las formas de los juicios. Peirce, por otro lado, había adquirido los conocimientos de la lógica medieval, lo que le daba un marco de consideración más rico y amplio: las proposiciones forman parte de los argumentos. Kant había circunscrito su análisis a las proposiciones, pero Peirce creía que la deducción metafísica debía partir del signo en toda su amplitud, no sólo de las proposiciones formalmente consideradas (*CP* 1.561). El fruto de toda esta reflexión fue la nueva lista de categorías de 1867, donde Peirce afirmaba la existencia de tres formas de predicación o significación: 1) cualidades, 2) relaciones, y 3) representaciones.

Hacia 1860, muchos años antes de la publicación de la “*New List*”, Peirce ya tenía indicios de que las categorías kantianas podrían formar parte de un sistema de conceptos más amplio, más general. En *CP* 1.563, por ejemplo, Peirce propone que las categorías de relación (reacción, causalidad y subsistencia) contrariamente a la enseñanza de Kant, constituyen distintos modos de la necesidad. Evidentemente, la necesidad es una categoría de modalidad. En la misma línea, respecto de la causalidad se podría decir que Kant al asociar esta categoría con los juicios hipotéticos, la considera un modo de relación. Peirce, por el contrario, dice que la causalidad es un modo de la necesidad, una noción modal. Del mismo modo, Peirce pensaba que las categorías de la cualidad podrían ser consideradas relaciones de inherencia, que es una categoría de relación. En pocas palabras, se podría decir que para Peirce todas las categorías kantianas parecían poder clasificarse de modo diferente de cómo Kant lo había hecho.

En suma, Peirce buscaba respuestas a sus inquietudes, como a tientas, en un desordenado sistema de conceptos (*CP* 1.563) con el convencimiento de que la clave debía buscarse en la lógica formal. Hookway presenta otro ejemplo de la desconfianza de Peirce respecto del sistema kantiano: Peirce consideraba que los juicios hipotéticos y disyuntivos podían ser derivados los unos de los otros. Esta tesis es diametralmente opuesta al principio kantiano que exige que las distintas formas de los juicios deben ser irreductibles las unas a las otras. La interrelación de las diversas formas de los juicios llevó a Peirce a la conclusión que la tabla de los juicios de Kant no descansaba sobre un fundamento sólido. El carácter “inter-derivable” de algunas proposiciones se evidencia en el siguiente ejemplo, donde el juicio hipotético y el disyuntivo son equivalentes:

*If Socrates is a man, then he is mortal
Either Socrates is not a man, or he is mortal*¹⁵

iv) *Balance*

Todos los planteamientos delineados precedentemente fueron los que condujeron a Peirce a operar su propia deducción metafísica de los conceptos fundamentales. Como se ha podido apreciar, Peirce es un gran conocedor de la lógica tanto kantiana como medieval. A esta última le reconoce “ser fiel continuadora de la lógica aristotélica”. Además, los medievales fueron grandes estudiosos de la cuestión de los signos que a Peirce tanto le interesaba. En este primer capítulo busqué mostrar que la lista de categorías de Peirce entronca con una tradición que es esencialmente lógico-filosófica. El fin que he perseguido es manifestar que *la preparación del terreno* para la aparición de las categorías peirceanas es el resultado de una reflexión, y tradición, que es netamente filosófica.

El resultado de la derivación metafísica de Peirce, siguiendo el modo de proceder de Kant, es la nueva lista de categorías que se ofrece en “*On a New List of Categories*”. En esta obra aparecen publicadas por primera vez las tres categorías fundamentales del sistema de Peirce, a saber: la cualidad, la relación y la representación. Las tres categorías representan tres valores: la unidad, la diadicidad y la triadicidad respectivamente. Esta idea formal de los valores numéricos asignados a cada categoría se mantendrá y desarrollará en décadas posteriores.

¹⁵ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.83

En el capítulo siguiente se buscará colocar a la representación en el marco de una metafísica fundamental como la tercera y más primitiva categoría. Todo conducirá a reconocer que la teoría de los signos de Ch. S. Peirce fue concebida y se desarrolló como –en palabras de M. Beuchot– “una semiótica metafísica”¹⁶. Esta expresión equivale a “semiótica triádica”, es decir, una semiótica en el marco de las categorías.

2. La deducción de las categorías de Peirce

La monografía “*On a New List of Categories*” fue presentada a la Academia Americana de Artes y Ciencias para su publicación en mayo de 1867. Algunos meses antes, en marzo del mismo año, Peirce escribió: “No puedo olvidar que aquí están los gérmenes de la teoría de las categorías, que es el obsequio que le hago al mundo”¹⁷. En esta obra Ch. S. Peirce busca desplegar una lista de categorías o nociones fundamentales a partir del estudio de la proposición y su descomposición en sus elementos. La primera noción que se considera es la de *sustancia* como lo simplemente denotado por la mente. La sustancia constituye una multiplicidad aún no elevada a la unidad del concepto. La siguiente noción es la de *ser*, que completa la función de los demás conceptos fundamentales de reducir las impresiones a la unidad. El ser y la sustancia son el alfa y el omega de todo el conocimiento. Entre ellos, se encuentran los *accidentes* que constituyen una jerarquía de abstracción ascendente entre la sustancia y el ser, que es lo más abstracto: la *representación* (cuya función es la unificación de las impresiones directamente), la *relación* (que se

¹⁶ BEUCHOT, Mauricio, *Estudios sobre Peirce y la escolástica*, p.73

¹⁷ PEIRCE, CH. S., *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vol. 1, introducción (xxvi)

establece entre dos cosas por sus semejanzas y diferencias), y la *cualidad* (la noción más abstracta y la primera que el ser aplica a la sustancia).

Por el método que Peirce denomina *abstracción* –la suposición de parte de un objeto sin considerar otras partes– se obtiene una gradación en los conceptos fundamentales y una nueva lista de cinco categorías, aún más generales que los doce conceptos puros de Kant. De hecho, Peirce, luego de la “*New List*”, redujo la lista de las categorías a tres, dejando de lado el ser y la sustancia por ser éstos *términos vacíos*. La abstracción permite a Peirce llegar hasta el núcleo del conocimiento, que se encuentra en la *comparación*. Kant también trata de la comparación cuando se refiere a la formación de los conceptos. Sin embargo, en Kant la comparación no implica la relación a un tercero. Esta es la novedad de Peirce: la referencia a un *interpretante* que funda una relación triádica entre una representación, un relato y un correlato. El interpretante es la representación que media entre dos cosas (el relato: otra representación, y el correlato: un objeto real o ideal). El interpretante no sólo representa al relato, sino que conduce al correlato, de quien es una mayor explicitación.

Una representación que media entre dos cosas y que dice que ella representa a un relato como representación de un correlato que la representación misma representa. Tal representación mediadora puede ser denominada interpretante, porque hace las veces del intérprete, que dice que el extranjero dice lo mismo que él mismo dice (CP 1.553)

i) El ser y la sustancia

En CP 1.545 Peirce dice que la “*New List*”, se funda en aquella concepción que afirma que la función de los conceptos es la

reducción a la unidad de la multiplicidad de las impresiones del sentido. Peirce se refiere a esta teoría como una doctrina ya establecida. Es claro que se refiere a su maestro, Kant, de quien todavía retiene el planteamiento del problema de la “*New List*” –la deducción de las categorías–, así como mucha de la terminología utilizada. La otra premisa que enuncia Peirce consiste en que “la validez de un concepto está en la imposibilidad de reducir los contenidos de la conciencia a la unidad sin su introducción”. Conviene recordar aquí que en la lógica de Kant existen dos formas de unidad: la analítica y la sintética, si bien Peirce no realizó tal distinción en la “*New List*”. Todo el argumento de la “*New List*” asume que existe un solo modo de unidad de la multiplicidad: el sintético. No obstante, Peirce coincide con Kant en que todo sujeto capaz de realizar juicios debe poseer el aparato de categorías para la unificación de la experiencia.

La primera noción fundamental que Peirce analiza es la de *lo presente en general*. Este concepto se refiere a *lo denotado* por la mente (*Mind*). En otras palabras, el acto de atención, un acto puramente direccional de la mente hacia un objeto, presenta o muestra lo presente en general o sustancia. La sustancia no posee connotación alguna, pues la atención, como primer acto de la mente, denota –no connota – un objeto. Es por ello que no constituye propiamente la unidad. Este concepto es, por lo tanto, vacío; Peirce lo denomina un *eso (It)* en general (CP 1.547). Todo esto acentúa el carácter direccional del acto de atención de la mente que sólo reconoce el *eso* que se le presenta. Después de esto, Peirce trata de la predicación respecto de la sustancia, y aclara que ella no puede ser predicada de nada, ni estar contenida en ningún sujeto. Como puede apreciarse hasta aquí, la sustancia constituye un sujeto de percepción de la mente, aun si en el párrafo siguiente Peirce no lo distingue del sujeto de una proposición tradicional de sujeto y predicado. Parecería que el *eso* se refiere, en un segundo nivel de análisis, a lo unificado

bajo un concepto, además de referirse a lo captado simplemente y en primer lugar. Esto se ve claramente en:

Si decimos “la estufa es negra”, la estufa es la sustancia, de la que su negrura no ha sido diferenciada, y el es, mientras que deja a la sustancia como fue vista, explica su confusión, por la aplicación de negrura a ella como predicado (CP 1.548)

La siguiente noción, igualmente vacía, que Peirce presenta es la del verbo ser como cópula, que viene a completar la función de los conceptos de reducir la multiplicidad a la unidad de la proposición. Es precisamente en la proposición donde el entendimiento, a través de la unión de sujeto y predicado por la cópula, arriba al conocimiento. Pero la cópula no es más que “el enlace de sujeto y predicado donde estos dos nombres concuerdan” (CP 1.548). Por otra parte, la cópula actúa sobre el sujeto de la proposición explicitando su indeterminación (*confusedness*). En la proposición “la estufa es negra”, la estufa es la sustancia cuya negrura no ha sido aún diferenciada, explicitada. Esta es la función de la cópula. En suma, Peirce toma la cópula aquí en su función *judicativo-explicitativa*.

La noción de ser surge de la formación de la proposición. La proposición siempre tiene, además de un término para expresar la sustancia, otro para expresar la cualidad de esa sustancia, y la función de la noción de ser es unir la cualidad a la sustancia. (CP 1.551)

Peirce utiliza dos nociones importantes en relación con la sustancia y la cópula de la proposición respectivamente: “la más cercana al sentido” (*nearest to sense*) y “la más lejana del sentido” (*furthest from sense*). La gradación que Peirce sugiere aquí entre la sustancia y la cópula corresponde a los distintos niveles de abstracción en el orden de los conceptos. Todo esto evidencia la influencia de

Kant y su teoría de la unidad analítica, como escribe Murphey. Cuando Kant dice que “divisible” es un concepto más elevado que “cuerpo” en “todo cuerpo es divisible”, lo que sugiere es que divisible es más abstracto que cuerpo. Del mismo modo, cuando Peirce se refiere a los conceptos como “mediatos” o “inmediatos”, “más cercanos” o “más lejanos” del sentido, se mueve en distintos niveles de abstracción. Sin embargo, parece considerar distintos niveles de generalidad como distintos niveles de abstracción. En realidad, Peirce analiza nociones que pertenecen al mismo nivel de abstracción, aún si unas nociones son más generales que otras. Es por ello que considera al predicado más general que el sujeto¹⁸.

Parecería entonces que el predicado debería ser el concepto más abstracto en la teoría de la proposición de Peirce. El predicado contiene los conceptos universales que se atribuyen al sujeto en virtud de la cópula. Por otro lado, en el otro extremo de la relación proposicional que constituye el conocimiento, se halla la sustancia indeterminada o sujeto. Sin embargo, Peirce no considera al predicado lo más lejano del sentido, lo más abstracto, sino al verbo ser como cópula. La cópula se utiliza solamente para connotar “ser”, lo que es luego determinado por el predicado, cuya función es llevar a término el conocimiento mediante el enlace de sujeto y predicado. Por ello, se dice en *CP* 1.548 que “la sustancia y el ser (*being*) son el comienzo y el fin de todo el conocimiento”. La cópula completa la proposición explicitando el sujeto indiferenciado. Es precisamente entre la sustancia y la cópula donde se encuentran las demás nociones fundamentales. Peirce buscaba en la “*New List*” realizar un análisis exhaustivo de las posibles combinaciones en el seno de la proposición, y necesitaba, por lo tanto, como expresa Murphey, una concepción de

¹⁸ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.72

la cópula débil ya que cuanto menos se asuma en la cópula, más queda por analizar¹⁹.

ii) *Abstracción, cualidad e hipótesis*

Peirce expone su teoría de la abstracción muy sucintamente en *CP* 1.549. Con esta teoría se propone llegar a sus categorías fundamentales: “el método sistemático para encontrar las nociones universales y elementales intermedias entre la multiplicidad de la sustancia y el ser” (*CP* 1.550). La abstracción a la que hace referencia Peirce se trata de una *separación* que la mente realiza y que resulta de la *atención* a un elemento y la no-consideración del otro. En este sentido el término atención significa la suposición (*supposition*) de una parte de un objeto sin la suposición de la otra. Peirce distingue cuidadosamente la abstracción de otros dos modos de separación: la *discriminación*, que tiene que ver con el significado de las palabras, y lo que podemos separar por el acto de la imaginación, y la *disociación* –de ésta última sólo ofrece algunos ejemplos, que no resultan particularmente claros: “es posible disociar el rojo del azul, pero no el espacio del color, el color del espacio, o el rojo del color” (*CP* 1.549).

La abstracción (*abstraction or precision*) no es un proceso recíproco (*CP* 1.549). Se da con frecuencia que, “mientras que A puede prescindir de B, B no puede prescindir de A”. La relación entre las impresiones y los conceptos fundamentales evidencia esta falta de reciprocidad. Así como el color no puede prescindir del espacio, pero no viceversa, puesto que no puede concebirse algo coloreado que no tenga superficie; del mismo modo, las impresiones (o los conceptos más inmediatos, es decir, los menos abstractos o generales) no pueden

¹⁹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.73

prescindir de los conceptos fundamentales que hacen que las impresiones puedan ser conocidas, es decir, que las reducen a la unidad. La cualidad, por ejemplo, por ser la noción más abstracta, puede prescindir de las relaciones binaria y ternaria, nociones últimas, y más inmediatas, que la han suscitado. Esto se puede apreciar en (*CP* 1.549):

No obstante, una vez obtenida tal noción, no existe en general razón por la cual las premisas que la han ocasionado no puedan ser olvidadas, y por lo tanto la noción explicativa (*explaining conception*) puede con frecuencia prescindir de las más inmediatas y de las impresiones.

Peirce afirma que la cualidad, en sentido amplio, es la primera noción que el ser aplica a la sustancia. Esto lo hace la cópula, que no agrega nada de sí al sujeto, pero sí determina al predicado²⁰: “todo predicado implica una determinación del sujeto puesto que, mientras que el ser no afecta al sujeto, [el ser] constituye una indefinida determinabilidad del predicado” (*CP* 1.548). Pero ¿de dónde se toman las cualidades que se predicán de los sujetos? Por supuesto que se encuentran *en* los sujetos mismos, pero ¿son estas simplemente captadas en ellos o anteriores de algún modo? Parecería que la cualidad de algo se ofrece en las impresiones de ese objeto, como si los conceptos en “la estufa es negra” fuesen simultáneos. Sin embargo, el estudio de la proposición, según Peirce, revela lo contrario: la aplicación de las cualidades a las cosas comporta un tipo de “actividad teórica”. La actividad teórica o hipotética es aquella que revela que una cualidad es un concepto abstracto que preexiste de algún modo en la mente (se aclarará posteriormente), y que es asociado con el objeto en cuestión para expresarlo o clarificarlo. En la doctrina de Peirce el predicado siempre tiene anterioridad experiencial

²⁰ En el capítulo 3 se verá como Peirce evoluciona en su concepción en su concepción del “ser” hasta decir que el ser expresa una “taleidad”: un ser algo tal.

y conceptual frente al sujeto. Es decir que la noción más mediata –el predicado– es siempre concebida anteriormente pues

La concepción mediata, entonces, para ser afirmada como aplicable a la otra [la más inmediata], debe primero ser considerada sin referencia a esta circunstancia, y tomada inmediatamente. Pero, tomada inmediatamente trasciende lo dado (la concepción más inmediata), y su aplicación a esta última es hipotética (*CP* 1.551)

La proposición afirma entonces la aplicabilidad de una noción mediata (abstracta) a una noción más inmediata (menos abstracta), como cuando se dice: “La estufa es negra”. Es evidente que al afirmar el predicado, existe en la mente una concepción de la cualidad más mediata, por ser esta última abstraída de la sustancia. En otros términos, se puede decir que afirmar o negar una cualidad de un sujeto supone pensar los conceptos por separado. Por otro lado, si se considera la cualidad inmediatamente, es decir, como sujeto, su aplicación al sujeto anterior es, en palabras de Peirce, una actividad hipotética. Al juzgar que la cocina es negra, comparo esta experiencia con experiencias previas, con objetos negros que me son familiares. Realizo “una pequeña teoría” para explicar su apariencia. Los términos “hipotético” y “teorético” hacen referencia a la comprensión de un concepto más inmediato a partir de un concepto más general preexistente en la mente.

La formación de las proposiciones, con el fin de unificar las impresiones y conocer los objetos, depende de la atribución de las cualidades a las cosas. Las cualidades se encuentran en la cima de la abstracción, unifican a la sustancia mediatamente, y nos hacen conocer los objetos. Pero la predicación de las cualidades, que comporta una teoría, supone otras nociones fundamentales, más próximas a la sustancia y, por lo tanto, a una unificación más directa

de las impresiones. Es por ello que para Peirce “una noción puede unificar la multiplicidad del sentido [la cualidad] y otra [la representación] puede ser requerida para unificar tal noción y aquello a lo que se aplica”. Esto significa que una noción intermedia ya unifica la multiplicidad directamente o bien es unida a la multiplicidad por otra noción más inmediata. De este modo el método de la abstracción conduce de lo más a lo menos mediato o abstracto, hasta llegar a aquella noción que unifica la multiplicidad directamente. Esta noción, que se encuentra en la base de toda predicación, es el fundamento de la proposición y, por lo tanto, de todo el conocimiento.

En *CP* 1.555 Peirce ofrece su lista completa de categorías que van desde lo más inmediato y múltiple (la sustancia) hasta lo más mediato o abstracto (el ser), en orden ascendente:

Ser

Cualidad (referencia a una base)

Relación (referencia a un correlato)

Representación (referencia a un interpretante)

Sustancia

Las tres nociones intermedias pueden ser denominadas accidentes.

iii) Las relaciones binaria y ternaria

La primera noción que el ser aplica a la sustancia es la cualidad (negro), que Peirce denomina referencia a una base (*ground*) o abstracción pura (negrura). Esta actividad es hipotética para Peirce, lo que equivale a decir que el juicio no descompone al sujeto en sus elementos, es decir, no es analítico. En los juicios analíticos de Kant

no es necesario salir del sujeto para describirlo, sólo hay que explicitar el sujeto. El juicio, en la “*New List*”, es más que una clarificación del sujeto, puesto que se busca en la experiencia algo que ayude a comprender la sustancia por comparación con otras experiencias. Todo indica que la posibilidad de la predicación presupone la capacidad de realizar juicios de relación. La cualidad, por tanto, depende del concepto de relación binaria. En el planteo de Peirce, escribe C. Hookway, los juicios de relación, similitud y diferencia (referencia a un correlato) *piden* los conceptos de cualidad para así comprender las relaciones que encontramos entre los fenómenos²¹. Según *CP* 1.552,

La psicología empírica ha establecido el hecho que sólo podemos conocer una cualidad por su contraste o similitud con otra. Por contraste o concordancia, la cosa es referida a un correlato, si este término puede ser utilizado en un sentido más amplio que de costumbre.

Cada una de las nociones últimas es *ocasión* para la introducción de la noción siguiente en una jerarquía de abstracción ascendente entre la sustancia y el ser. Peirce utiliza el término “ocasión” en *CP* 1.552 y 553 para establecer la sucesión psicológica en el orden de la producción de los conceptos fundamentales. Peirce escribe que la ocasión de la introducción de la referencia a una cualidad abstracta o “base” (*ground*) es la referencia a un correlato. Para probar esto, encuentra el respaldo de la psicología empírica que, según él, ha establecido que “conocemos las cualidades por contraste o similitud”. Pero, a su vez, la ocasión de la referencia a un correlato (otra impresión) se produce por comparación, es decir, por referencia a *algo tercero* (una tercera impresión). La reflexión se encuentra ahora más cercana a la multiplicidad de las impresiones. Es precisamente la

²¹ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p. 93

multiplicidad misma la que hace posible lo que Peirce denomina *comparación*:

El estado de la mente en el que tenemos un sentimiento de complicación o confusión, que nos conduce a diferenciar esta impresión de aquella; luego, habiéndose diferenciado, requieren ser llevadas a la unidad (CP 1.554).

La necesidad de la reducción de las impresiones a la unidad está dada, dice Peirce, por la diversidad de impresiones, puesto que si sólo existiese una impresión, no habría necesidad de tal unificación bajo el concepto. Dicha unificación se produce por la introducción de la noción de representación mediadora o interpretante²², que realiza la comparación que se da en la experiencia. Dice Peirce que la noción de interpretante reduce las impresiones a la unidad directamente, cuando las reconocemos como nuestras (*as being ours*), es decir, cuando las referimos a un concepto interpretante en la mente. Mientras que las nociones de referencia al correlato y a la especie pura o cualidad (*ground*) agregan nociones a la sustancia, la referencia al interpretante unifica directamente la sustancia misma (CP 1.554). La noción de la representación no le agrega nada a la sustancia, sólo (1) le confiere unidad, y (2) la pone en relación con otras. El interpretante es, en esta línea, un signo entre otros dos términos que emplea la relación triádica de la representación para posibilitar la comparación. Todo esto conduce a considerar la comparación como un primer acto de la mente (*mind*) que tiene como fundamento la relación triádica entre un relato, un correlato, y la representación, en el marco de una cualidad que se busca aplicar a un relato²³.

²² Los términos “representación” e “interpretante” son equivalentes en este contexto. Peirce dice “tal representación mediadora puede ser llamada interpretante” (CP 1.553)

²³ Peirce presenta al interpretante en dos niveles distintos de abstracción: (1) el interpretante que sirve de término intermedio en la comparación de las impresiones,

Me parece oportuno presentar aquí una síntesis ajustada de los pasos en los que Peirce descompone el juicio, junto con algunas aclaraciones: (1) el juicio es el acto por el que conocemos; (2) el juicio es la aplicación de un predicado (cualidad) a un sujeto; (3) las cualidades se conocen por contraste y similitud entre un relato y un correlato (es decir que una impresión es referida a otra impresión); esta relación binaria es el fundamento de la cualidad, pues no puede haber cualidad sin la referencia a otro; (4) la referencia a un correlato se hace por comparación. En la base de la comparación está la representación, pues A no se compara con C sino a través de B. También se puede agregar que la referencia a otro nunca se establece entre dos, sino que se necesita de *un tercero*, el *representamen*, para efectuar la comparación. Por último, se puede decir que por la comparación (interpretante) las impresiones se unifican en la sustancia; luego, ésta es puesta en relación con otras sustancias y con experiencias anteriores.

Peirce habla del interpretante en los siguientes términos: “representación mediadora que representa al relato como representación del mismo correlato que esta representación mediadora representa” (CP 1.553). En el mismo párrafo, se exponen varios ejemplos con el fin de clarificar esta noción. Supongamos que queremos comparar las letras *p* y *b*. Podemos imaginar que una de ellas se gira sobre el renglón, tomando éste como eje. Luego, una se coloca sobre la otra y, finalmente, se hace transparente para que la primera pueda observarse a través suyo. En este caso se forma una nueva imagen en la mente, que media entre las imágenes de las dos letras (relato y correlato). Dicha imagen mediadora representa a una

para la unificación de la sustancia, y (2) el interpretante en la proposición, donde el predicado es signo de la relación entre el sujeto y los objetos del mundo. Este último punto se explicará a continuación (cfr. p.12 y p.15).

como semejanza de la otra. La representación mediadora es denominada interpretante (*interpretant*) como en el caso de la palabra que representa la cosa para el concepto en la mente. La palabra, el lenguaje en general, media entre las cosas y los conceptos.

El análisis de Peirce, que parte de la proposición, conduce al nivel menos abstracto: el nivel de la experiencia, en el que de hecho *nos encontramos usando signos*. Como expresa C. Hookway, encontramos que somos capaces de usar las cosas como signos de otras cosas: consideramos, por ejemplo, un árbol como representación de otros al utilizar observaciones sobre uno como fundamento para predicciones subsiguientes sobre otros²⁴. Así parece suceder con todo lo que nos rodea: estamos inmersos en un mundo de signos que están en la base de nuestro conocimiento. A partir de este hecho es posible realizar juicios que progresivamente aclaran nuestras capacidades más inmediatas. Por ello se dice que los juicios de semejanza y diferencia explicitan la comparación, en otras palabras, hacen ver que la comparación se establece según una similitud entre los árboles. Finalmente, la cualidad aplica al sujeto una cualidad abstracta que explicita la semejanza.

El estudio lógico de la proposición realizado por Peirce revela que la posibilidad de la predicación en general, la atribución de cualidades a los distintos sujetos, encuentra su fundamento en las *relaciones diádica y triádica*. Esta última hace referencia al interpretante o representación mediadora que es *algo tercero*: “un tercero es un objeto que se relaciona con otros dos, de modo que uno de estos debe relacionarse con el otro de la misma manera en que el tercero debe relacionarse con ese otro” (CP 1.556). La relación diádica, por otro lado, es la referencia al correlato *–un otro–* como sucede en los juicios de similitud y diferencia que fundan la cualidad

²⁴ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p. 94

directamente. Por último, la base o especie pura es una unidad que abstrae de la concreción que implican las demás nociones. Este último es el más abstracto de los tres accidentes intermedios entre el ser y la sustancia. La cualidad es lo primero que captamos en la proposición y en el discurso, pero es lo último en el orden de la producción de los conceptos.

iv) *Comparación e interpretante*

La articulación de las cuestiones del interpretante y la comparación plantea dificultades en la exposición de Peirce en la “*New List*”. El problema de la comparación parece haber sido heredado de Kant quien en la *Lógica* divide los tres actos del entendimiento en: comparación, reflexión y abstracción. Sin embargo, Peirce, como se expone en el capítulo primero, volvió a las fuentes medievales para resolver las *lacunae* en la lógica y metafísica de Kant. En efecto, una de las doctrinas medievales de la lógica, que usa Peirce para esclarecer la noción de signo, es la teoría de la suposición de los términos²⁵. *La suppositio de un término (su valor de suplencia) es la función que tiene éste –conservando su misma significación– de tener en el discurso el lugar de una cosa por la que esta sustitución es legítima con respecto a la cópula*. La suposición de los términos significa que la sustitución del término a la cosa da lugar a una proposición verdadera. Si digo “mi amigo Pedro es vegetal”, el término “mi amigo Pedro” *suple* porque existe una cosa a la que conviene ese término, respecto de un presente expresado por el *es* de la cópula²⁶. La suposición es también denominada acepción de un término.

²⁵ BEUCHOT, Mauricio, *Estudios sobre Peirce y la escolástica*, p.66

²⁶ MARITAIN, J., *El orden de los conceptos*, p.92

Cuando Murphey compara la teoría de la *suppositio* con la definición de Peirce de interpretante, que aparece en *CP* 1.553, presenta la siguiente interpretación, que resulta de especial interés para una más clara comprensión del interpretante al nivel de la proposición: “la relación del predicado al sujeto se establece por el predicado al representar (afirmar) que su relato (sujeto) es representación (reemplazo) del mismo correlato (objeto) que esta representación misma representa (reemplaza)”²⁷. La representación que media entre el relato y el correlato afirma que uno es representación o signo del otro, en cuanto que la representación es signo de la conveniencia de ambos. El predicado o cualidad que se aplica a la sustancia se presenta como signo de que el sujeto representa o suple al objeto²⁸. La proposición “esto es negro” equivale a decir que hay cosas negras y que el sujeto representa una cosa negra. La suplencia o representación entonces se establece a través del predicado que se atribuye al sujeto. Esta consideración de la proposición como manifestación de la acción de signo constituye un nivel de análisis más mediato que el de las impresiones. En efecto, las comparaciones de las impresiones a través de un término medio o representación están en un estadio más primitivo de la experiencia donde se inicia el conocimiento, y donde, como dice C. Hookway, “nos encontramos usando signos”.

La mente tiene lo presente en general en sí misma por su acto direccional, pero lo presente es una multiplicidad de impresiones. La función del interpretante es dar unidad a esta multiplicidad, poniendo la sustancia en relación con un correlato u objeto. El interpretante entonces refiere la multiplicidad sin sentido a un correlato, le confiere una connotación. Peirce se refiere a la connotación en *CP* 1.547 como:

²⁷ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.84

²⁸ En este contexto “objeto” hace referencia a las cosas del mundo real.

“el poder de la mente de pensar cualquier predicado del objeto”. Es precisamente a través de la predicación como signo interpretante que la mente puede referir los predicados a los objetos y asociar el sujeto al objeto o correlato. Así sucede en el ejemplo que propone Peirce del término “*homme*” en el diccionario de francés. Al lado de “*homme*” se encuentra el término “hombre” cuya función es referir “*homme*” al correlato: criatura bípeda. Por ello la representación mediadora lleva el nombre de *interpretante*, como el intérprete, que dice que el extranjero dice lo mismo que él mismo dice. Esta noción constituye una novedad respecto de la tabla de categorías de Kant.

Como se expresó al principio de este capítulo, tanto el problema de la deducción de las categorías, como mucha de la terminología utilizada, están inspirados en la filosofía de Kant. Ya se ha señalado que la comparación se encuentra en la base de la formación de los conceptos en la doctrina kantiana. La captación de las diferencias y similitudes entre las cosas, constituye la condición fundamental para la formación de cualquier concepto. En esta teoría los objetos se comparan unos con otros para captar sus diferencias (las distintas especies de árboles se comparan en cuanto a la medida, la forma, etc.); luego se reflexiona sobre lo que tienen en común (se captan las semejanzas en cuanto a las hojas, el tronco, etc.). Finalmente, por abstracción de los conceptos de medida y figura se obtiene el concepto de árbol. Como se puede apreciar el concepto se obtiene por abstracción a partir de una comparación de los objetos a los que el concepto se atribuye. En este contexto, la comparación se halla en la base de la unificación de una multiplicidad de datos.

Por otra parte, la unificación de la multiplicidad de la que habla Peirce se produciría de la siguiente manera: la sustancia o sujeto luego de ser unificada por el interpretante, es comparada con otras sustancias que ya son parte de la experiencia, y que ya poseen la cualidad que la mente busca atribuir al sujeto en cuestión. La cualidad

(negro) es anterior a la sustancia denotada, y su aplicación a la sustancia comporta una actividad hipotética: lo presente en mi mente debe ser comparado con otros objetos negros también en mi mente. La hipótesis se produce del siguiente modo: *la sustancia es de tal modo; los objetos negros son del mismo modo; luego, la sustancia es negra*. La hipótesis está dada por la interpretación de que lo presente en general o sustancia reemplaza (*stands for*, literalmente: está en lugar de) una cosa negra, es su representación. El *esto* en “esto es negro” es signo de una cosa negra. Pero la relación que se establece entre el sujeto y el objeto es realizada por el predicado o cualidad. De esta forma, lo presente en general aparece como diferenciado o distinto, y, por lo tanto, *uno* o elevado a la unidad a través del concepto o cualidad que se le aplica por el acto de comparación. Este concepto es algo *uno* que abstrae de las nociones binaria y ternaria.

Peirce, al igual que Kant, coloca a la comparación en la base del conocimiento, y también se refiere a ella como un primer acto de la mente. Sin embargo, Peirce dio a la comparación un nuevo giro respecto de Kant. En Peirce la comparación se estructura en: relato, correlato, base e interpretante (*CP* 1.553), respectivamente: sujeto, objeto, cualidad y representación mediadora. La novedad de este acto del entendimiento se encuentra en la referencia a algo tercero: una realidad que funda una relación de tres términos, una relación triádica. La comparación era en Kant una búsqueda de contrastes y diferencias. Ahora la comparación alberga la relación de signo que unifica la multiplicidad de los datos de la conciencia. Dice Peirce que las impresiones no son elevadas a la unidad hasta que no son concebidas *como nuestras*, es decir, hasta que no son referidas a un concepto interpretante, como ya se ha señalado; es decir que la multiplicidad de los datos de la conciencia no es unificada hasta no ser referida a un concepto en la mente como su interpretante.

v) *Balance*

El fruto de la deducción metafísica de Peirce es su propia lista de categorías que, como él mismo dice, es más general que la de Kant. Esta tabla de conceptos puros derivados del análisis del juicio resume la primera década de reflexión filosófica del autor. Esta etapa estuvo fuertemente marcada por sus intereses metafísicos. Por otra parte, la “*New List*” no es la única obra temprana de Peirce que presenta estos intereses. Por el contrario, “*The Modus of the It*” y “*Analysis of Creation*” se encuentran en la misma línea de investigación y pueden ser consideradas precursoras de la “*New List*”²⁹. En “*On a New List of Categories*” Peirce parte del análisis de la proposición para derivar su propia lista de categorías, y confiere a la representación el estatuto de categoría, que nunca había tenido en los sistemas de conceptos fundamentales anteriores al suyo. El punto de partida es la proposición como condición de posibilidad de la unificación de la experiencia, y en esto concuerda Peirce con Kant. Sin embargo, en el planteo de Peirce, la importancia de la proposición se encuentra en que “ilustra la relación de signo”³⁰ (*the sign relation*). Esta última constituye la relación sintética fundamental.

En este segundo capítulo se ha intentado mostrar que la representación es la tercera categoría en una lista de conceptos fundamentales derivados del análisis de la proposición. Hacia 1894, Peirce caracteriza la lista de conceptos puros como “una tabla de nociones derivada del análisis lógico del pensamiento, que se considera aplicable al ser” (CP 1.300). Es por ello que una correcta interpretación de la semiótica de Peirce no puede prescindir de esta perspectiva metafísica: la representación es una categoría

²⁹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.89

³⁰ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.284

fundamental. La derivación de las categorías a partir de la lógica implica que dicha lista es realmente aplicable al ser, en la concepción de Peirce. Pero ¿pueden los conceptos de la lógica ser aplicados sin más a la metafísica? Esta pregunta es para Peirce secundaria comparada con la pregunta fundamental por la lista de las categorías (*CP* 1.301). ¿Es posible que esta última afirmación refleje la influencia del idealismo en Peirce? Quizás la respuesta a este interrogante se halle en la *examinación inductiva*, que justifica cada categoría, y que Peirce desarrolla en su fenomenología.

FENOMENOLOGÍA Y CATEGORÍAS IRRACIONALES

1. La fenomenología y la cuestión de los valores

El período posterior a 1868, luego de la publicación de la “*New List*”, marca un avance significativo respecto de los argumentos planteados en el *paper* de 1867. Esta nueva etapa del pensamiento de Peirce empieza con los desarrollos en materia de lógica de relativos. La nueva lógica significó cambios en la concepción anterior: 1) Peirce se alejó progresivamente de la tradición que consideraba la proposición desde la perspectiva del sujeto y predicado, y comenzó a hablar de los distintos sujetos de una proposición; 2) en la “*New List*” había concluido que la relación de signo constituye la síntesis fundamental, es decir que una relación triádica se encuentra en la base del conocimiento. No obstante, esta conclusión sólo establecía la necesidad de una relación triádica particular: la representación. En la lógica de relativos, por otra parte, Peirce formuló su argumento de manera más abstracta en términos de “relaciones triádicas”; 3) en la “*New List*” el fin de la actividad cognoscitiva era la aplicación de predicados monádicos (las cualidades) a los elementos de la experiencia mediante la representación. En la nueva lógica, además del elemento monádico, se busca establecer “las relaciones” entre los elementos de la experiencia.

En “*On a New List of Categories*” el conocimiento se realiza por la predicación monádica, que supone las relaciones binaria y ternaria (cfr. II.2.iii), es decir, la relación a otro y la relación de signo respectivamente. Peirce se refiere a estas nociones como “valores” de dos y tres, en términos de lógica formal, y afirma que estos valores junto con la unidad son fundamentales e irreducibles y que no existe un valor superior a tres que no pueda ser reducido y expresado en los valores fundamentales. La prueba de esta afirmación se encuentra en el teorema de lógica formal (*the remarkable theorem*, como lo llamó Peirce) sobre el que Peirce trabaja durante el extenso período comprendido entre 1867 y la fenomenología de 1890¹. El teorema busca probar que “mientras que es posible analizar las relaciones con un valor de cuatro o más en términos de relaciones con un valor de tres como máximo, no es posible reducir las relaciones triádicas a combinaciones de relaciones diádicas”². En verdad, el teorema significa un avance respecto de la lógica de la “*New List*”; sin embargo, las distintas etapas del pensamiento de Peirce no pueden considerarse compartimientos estancos. Por el contrario, es posible establecer una continuidad evolutiva que concluirá en la fenomenología³.

A partir de 1890 Peirce comenzó a desarrollar una teoría para fundamentar las categorías en la experiencia a través de un método inductivo aplicado a los fenómenos. Esta teoría es la fenomenología: la observación directa del fenómeno universal, es decir, de todo lo que

¹ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.97-101

² HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.97

³ En el último capítulo se tratará de la imposibilidad de reducir una relación triádica a pares de diádas, y del carácter último de la tríada, pues no puede concebirse una relación entre cuatro que no pueda descomponerse en relaciones menores combinadas. El teorema de lógica formal está reflejado en la fenomenología, lo que prueba el punto anterior: el carácter fundamentalmente evolutivo del pensamiento de Peirce.

de algún modo aparece a la mente. La fenomenología, luego denominada “faneroscopía” (*phaneroscopy*), constituye una ciencia pre-lógica que depende sólo de la matemática, entendida esta última como ciencia de todo razonamiento deductivo o necesario. El hecho de que la fenomenología preceda a la lógica en la jerarquía de las ciencias significa que dicha disciplina no considera el concepto de verdad, y que, por lo tanto, no admite una crítica lógica de sus resultados. El objeto de la fenomenología es el fenómeno universal, o *phaneron*, que es “el todo colectivo de lo que en cualquier modo o en cualquier sentido está presente a la mente, independientemente de que represente una cosa real o no” (CP 1.284).

Este capítulo es una reflexión sobre los elementos esenciales de la fenomenología de Peirce con el fin de presentar las categorías en el marco de esta nueva ciencia. Se tratará en general de su estatuto en relación con las demás ciencias, y principalmente de su objeto: el fenómeno en toda su amplitud, real y mental. Se atenderá a las categorías: primeridad, segundidad y terceridad (*Firstness, Secondness and Thirdness*), puesto que ellas son el resultado de la “examinación inductiva” de Peirce. Pero en especial se tratará de los valores asignados por Peirce al fenómeno como introducción al tratamiento de las categorías en los capítulos subsiguientes. El fenómeno presenta tres elementos irreductibles que constituyen las tres clases fundamentales de la fenomenología. Estas clases o categorías provienen de la asignación de valores al *phaneron*. Estos valores, como se verá en este capítulo, se corresponden con los valores de los predicados en la lógica de relativos.

i) La clasificación de las ciencias

El carácter arquitectónico de la filosofía merece ser destacado al principio de la clasificación de las ciencias de Peirce. Esto es

precisamente lo que él hace en el proemio a su clasificación de las ciencias (CP 1.176-79) entre los años 1893 y 1895. La filosofía, como bien decía Kant, podría ser comparada con la arquitectura por su carácter “cósmico” (*cosmicus*, es decir, seglar, del mundo), o secular o público, en palabras de Peirce. Si se compara la arquitectura con otros modos de expresión artística como la pintura, se advierte de inmediato el carácter colectivo de la arquitectura. Esta última es, por esencia, realizada por un grupo de personas que trabajan en conjunto, y *es ofrecida a la posteridad como signo de una época*. La pintura es, por otra parte, individualista en cuanto es la obra de un solo artista, y es además *imagen de un fragmento de un todo mayor. Se encuentra fragmentada en sus contornos*. No constituye un todo en sí misma.

Otra de las diferencias fundamentales entre la pintura y la arquitectura es la cuestión de la composición. La medida, la forma, la disposición de las partes no determinan esencialmente la calidad del arte pictórico. La arquitectura, sin embargo, es inseparable de la composición y de un exhaustivo plan inicial. Lo mismo sucede con la filosofía que, en opinión de Kant, debe crecer por el ensamble de piezas minúsculas y no por acumulación (CP 1.177). Pero el carácter público de la filosofía se encuentra amenazado por el pensamiento, original e individualista. Por ello el hombre debe cultivar *una deliberada facultad lógica* con el fin de sofocar el individualismo del pensamiento. Todo lo expuesto lleva a la conclusión de que la filosofía debe ser deliberada y planificada en todos sus detalles. En consonancia con estas ideas, Peirce desechó la idea de ofrecer un volumen con sus antiguos *papers* con ocasión de la exposición de los principios de la filosofía. Por el contrario, dichos principios fueron redactados nuevamente *como si nunca hubiese tratado sobre ellos*.

Como se ha podido apreciar, la filosofía en la concepción de Peirce pretende ser totalmente sistemática, en el sentido de mantenerse fiel a la exhaustiva planificación inicial. En la misma línea de

pensamiento se encuentra su clasificación de las ciencias al estilo de Comte. Efectivamente, Peirce reconoce ser deudor de Comte en su concepción de una jerarquía de ciencias y nociones fundamentales donde una ciencia depende de otra, pero no da sus principios a esta otra ciencia (CP 1.180). En la cima de esta jerarquía se encuentran las nociones fundamentales, que pertenecen a la ciencia matemática como ciencia de las formas abstractas (*entia rationis*)⁴. Las categorías son: la “primeridad”, que abstrae de la idea de *un otro*, la “segundidad”, lo que es relativo a otro, y la “terceridad” como aquello que es un medio entre otros dos. La filosofía depende de la matemática y tiene tres ramas principales: la fenomenología, la ciencia normativa y la metafísica. La filosofía junto con la matemática y la “idioscopía” (las ciencias físicas y psíquicas o ciencias humanas) conforman la tríada de lo que Peirce denomina las ciencias del descubrimiento.

El primer saber filosófico es entonces la fenomenología, que tiene por objeto las clases de elementos universalmente presentes en el fenómeno (*phenomenon*). Peirce entiende por fenómeno, como ya se ha mencionado, “lo que está presente en cualquier momento y de cualquier modo a la mente” (CP 1.186). La fenomenología revela o desvela la *ubicuidad* de las categorías como elementos esenciales del *phaneron*. La ciencia normativa investiga la relación de los fenómenos a los fines (la verdad, el bien y la belleza). Por ello las ciencias normativas son la lógica, la ética y la estética⁵. La ciencia normativa,

⁴ La matemática contiene las categorías fundamentales en su formalidad pura como primeridad, segundidad y terceridad. Peirce considera que la matemática es anterior a la filosofía en un sentido epistemológico y metodológico. En CP 1.400 Peirce llama a la filosofía “hija de la geometría” y deudora de ella. Por un lado, los más insignes filósofos griegos fueron matemáticos; por otro lado, “la metafísica depende en gran medida de la idea de demostración rígida a partir de primeros principios”, y esto se debe a la matemática.

⁵ En el presente trabajo no se tratará de las ciencias normativas, puesto que esto supondría un alejamiento de la fenomenología, que es el fin de mis especulaciones.

en palabras de Peirce, *distingue lo que debe ser de lo que no debe ser*, y hace otras distinciones que obedecen a su *esencia dualista*. La tercera división dentro de la filosofía es la metafísica⁶, que “se esfuerza por comprender la realidad de los fenómenos” (CP 5.121). La ciencia normativa depende de la fenomenología y de la matemática, la metafísica de la fenomenología y de la ciencia normativa. (CP 1.186)

Las tres divisiones de la filosofía se encuentran íntimamente relacionadas con la teoría de las categorías fundamentales. La fenomenología, en primer término, se ocupa de los fenómenos como primeros (*firsts*), es decir que contempla al fenómeno en su indeterminación y multiplicidad, sin hacer un juicio sobre él. La noción de “primeridad” en Peirce indica aquella realidad que no se encuentra determinada por ninguna otra. “La idea de Primero predomina en las ideas de frescura, vida, libertad” (CP 1.302). Peirce entiende todas estas nociones como ideas no determinadas por otras que las sustentan. La primeridad es el elemento monádico de la experiencia que se asocia con el sentimiento. A la idea de primero se agrega la noción de segundidad, elemento diádico que se identifica con el sentido de acción y reacción; y, por último, la idea de terceridad, elemento triádico relacionado con el aprendizaje o la mediación tal y como se da en el pensamiento o la *semiosis*. La acción del signo o *semiosis* constituye, en el pensamiento de Peirce, la genuina forma de la terceridad.

Pero no sólo la fenomenología se ocupa del fenómeno sino también la ciencia normativa. Esta última se ocupa de los fenómenos como segundos puesto que pone a los fenómenos en relación con los

⁶ Tampoco me ocuparé estrictamente de la metafísica peirceana pues es por un lado más acotada que la fenomenología, ya que la primera sólo trata de los fenómenos en referencia a lo real. Por otro lado, sí haré referencia a un sentido más amplio y aceptado de “metafísica” y consideraré al sistema de categorías de Peirce una metafísica (cfr. capítulo IV).

finés. Las ciencias normativas implican la relación a *algo segundo*. La estética es la primera ciencia normativa, y de ella dependen las otras dos respectivamente. La lógica, la más relevante para este trabajo, se ocupa de las representaciones y se divide en: gramática especulativa, crítica y retórica especulativa⁷. La lógica o semiótica precede a la metafísica, le da sus fundamentos y su estructura. Por su parte, la metafísica trata de los fenómenos como terceros (*thirds*): se ocupa de los objetos reales, y se esfuerza por comprender la realidad de los fenómenos, es decir, su correlato real. No sorprende entonces, como dice N. Houser, que la metafísica se encuentre repleta de divisiones triádicas: posibilidad, actualidad, destino; azar, ley, hábito; mente, materia, evolución⁸.

ii) *El fenómeno y los valores: uno, dos y tres*

El término “fenomenología” ha sido utilizado por varios autores. Quizás el uso más establecido o divulgado sea el que Husserl dio a este término. Sin embargo, no debe olvidarse que Hegel también lo utilizó, y de hecho Peirce habla en *CP* 1.284 de la correspondencia de “una serie de elementos [del fenómeno] imperfectamente representados por las Categorías de Hegel”. La historia del término y sus distintas connotaciones llevaron a Peirce a optar por “faneroscopia” (*phaneroscopy*) para la ciencia que estudia al fenómeno en toda su amplitud. La faneroscopia es la ciencia del fenómeno, entendido como el todo colectivo de lo que está de algún modo y en algún sentido presente a la mente, ya se trate de algo real o no. La fenomenología describe los fenómenos según sus elementos formales, y parte de la premisa que los distintos aspectos del

⁷ Para una mayor comprensión de las divisiones de la semiótica y de su evolución cfr. I. 2

⁸ HOUSER, Nathan, *The Essential Peirce*, introducción vol.1, xxxii

fenómeno siempre se presentan bajo la lupa del fenomenólogo del mismo modo independientemente del tiempo y del lugar.

La fenomenología, según explica Peirce, procede del siguiente modo: 1) observación de los fenómenos reales o ficticios, y ulterior generalización a partir de los datos que se presentan, que indican varias clases generales de fenómenos; 2) descripción de los aspectos de cada clase; 3) afirmación del carácter dispar de las distintas clases, aun si éstas aparecen compenetradas unas con otras; 4) prueba (no conclusión puesto que se trata de una disciplina pre-lógica) de la reducción de los fenómenos a una lista que comprenda las clases más generales; 5) enumeración de las principales subdivisiones dentro de esas categorías generales. Todo este recorrido de la fenomenología en busca de los tipos de fenómenos más generales está abierto a todo hombre que desee seguirlo según Peirce, puesto que “nada hay que esté tan directamente abierto a la observación como los fenómenos” (*CP* 1.286). En suma, cada investigador debe convertirse en fenomenólogo con el fin de repetir las observaciones y experiencias por sí mismo.

La ciencia fenomenológica no se somete a los juicios de la lógica sino que los precede como ciencia filosófica primera que funda las ciencias normativas, entre ellas la lógica. Esta precedencia también se da respecto de la metafísica, pues no se estudia la correspondencia del fenómeno con la realidad. La fenomenología, en palabras de Peirce, se abstiene de toda especulación en cuanto a cualquier relación entre sus categorías y hechos fisiológicos, cerebrales u otros. Contrariamente a la lógica, la fenomenología no saca conclusiones, no procede por hipótesis; simplemente somete el fenómeno al escrutinio de la mente para arribar a sus más extensas generalizaciones, es decir, las categorías. Por otra parte, no se debe pensar que nada puede ser dicho críticamente de la fenomenología. El investigador minucioso y honesto está capacitado por su propia observación para evaluar “si la

descripción de lo que aparece por parte del autor [Peirce] es correcta o no” (CP 1.287).

Ciertamente que el fenómeno comprende una infinitud de elementos. Sin embargo, Peirce quiere conducir al lector a la consideración de *aquellos caracteres que no pueden ser descompuestos lógicamente en sus elementos*, para lograr una clasificación de los mismos según su forma o estructura. Esta estructura no es, por supuesto, intrínseca al carácter o categoría en cuestión, sino externa. Se trata de “una estructura de sus posibles combinaciones” (CP 1.289). En el mismo párrafo Peirce recurre a su formación en física para respaldar su convicción de que los elementos del fenómeno también se pueden describir según un valor, así como los elementos químicos en la tabla de Mendeleiev se clasifican, según valores que les asignan las columnas verticales, en: mónadas, díadas, tríadas, etc. Por otra parte, cabe recordar aquí que los elementos irreductibles de los que habla Peirce concuerdan con los valores en los que se clasifican los predicados en su lógica de relativos.

El tema de los valores: uno, dos y tres es central en la lógica triádica de Peirce. Luego, Peirce lo generalizó para explicar la estructura del mundo fenoménico. Pero mucho antes de la fenomenología, Peirce por un lado y Frege por otro habían llegado a similares conclusiones en el análisis de las proposiciones. Peirce comenzó a separarse cada vez más de la estructura rígida de sujeto y predicado de la lógica antigua hasta afirmar que una misma proposición puede tener varios sujetos. Tanto Peirce como Frege se alejaron del esquema medieval y kantiano de sujeto y predicado. La expresión “... es mortal”, en la proposición “Sócrates es mortal”, se denominó expresión “no saturada” o incompleta. Esta constituye una función lingüística que debe ser completada por un nombre propio que se inserta en la expresión como su “argumento”. Las expresiones no

saturadas pueden tener dos o más lugares de argumento como en “... mató a...” o “... da... a...”.

Peirce utiliza el término “valor” para referirse al número de argumentos en un predicado. Si se consideran las expresiones anteriores “... mató a ...” y “da ... a ...” se concluye que a estas se les asignan los valores de dos y tres respectivamente. Pero la lógica es deudora de la química y de la teoría de los elementos respecto del término “valor”, como escribe C. Hookway⁹. La teoría química de los elementos asignaba un valor a cada elemento: un átomo de un elemento poseía un cierto número de “lazos” no saturados, o incompletos, y dicho átomo sólo podía formar parte de una molécula estable cuando sus lazos fuesen completados por combinación con otros átomos. Hookway ofrece el siguiente ejemplo: un átomo de oxígeno tiene dos lazos incompletos, por lo tanto, puede combinarse con dos átomos de hidrógeno (cada uno con un valor de uno) para formar una molécula de agua.

En la lógica de relativos la proposición resulta cuando se completan los lugares (lazos) no saturados de un predicado con el número apropiado de nombres como cuando “Bruto” y “César” completan la función “... mató a...”. Peirce considera que los predicados fundamentales pueden clasificarse en monádicos, diádicos y triádicos. Pero no admite en su planteo relaciones con un valor elemental o primitivo que sean mayores a tres. Aquellas relaciones que aparentan ser de un valor mayor a tres pueden ser *descompuestas por un análisis lógico*¹⁰. Las relaciones que parecen ser de un valor superior a tres pueden ser descompuestas en términos de relaciones con un valor de tres como máximo. Pero las relaciones triádicas, por su parte, no son reductibles a combinaciones de relaciones diádicas.

⁹ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.86

¹⁰ Respecto de la noción de “análisis lógico” cfr. *CP* 1.294

Cuando en *CP* 1.562 Peirce habla de la lógica de relativos de De Morgan, dice que los predicados irreductibles son de tres clases: primero, los que como verbos neutros se aplican sólo a un sujeto; segundo, los que como verbos transitivos tienen dos sujetos cada uno, el sujeto nominativo y el objeto acusativo [A afecta a B y B es afectado por A]; y, por último, los predicados que poseen tres sujetos o correlatos.

Junto con la tesis de que tres es el valor mayor, Peirce también expresó el carácter irreductible de la tríada como elemento del fenómeno (*CP* 1.292). Primero la define en los siguientes términos “una idea elemental de algo que debe ser tal que sea relativa a otros dos de distinta manera, pero independientemente de algo tercero”. Luego, afirma *apriori* su carácter elemental e irreductible con el grado de *aprioridad* que es propio de la lógica, esto es, como una deducción necesaria del hecho que *hay* signos. Si hay fenómenos que son signos (representaciones de cosas para un interpretante) entonces debe haber una tríada fundamental en el fenómeno. Además, la matemática y la lógica revelan que los terceros no pueden ser reducidos a relaciones menores¹¹. Resulta claro a los ojos del fenomenólogo que si todos los elementos del fenómeno fuesen mónadas o díadas, la noción de terceridad no podría producirse pues las tríadas están relacionadas con una naturaleza intelectual, “siendo constituidas ya por una acción de naturaleza mental o implicando cierta ley general (*CP* 1.562).

¹¹ Para un tratamiento más detallado del carácter irreductible de las tríadas cfr. capítulo IV.

iii) Balance

La fenomenología, ciencia descriptiva y por lo tanto pre-lógica, contempla al fenómeno como un primero. Esto significa que el fenómeno aparece ante los ojos del fenomenólogo como múltiple y “libre”, o indeterminado. La determinación a la que se hace referencia aquí es la implicada por la referencia a lo real (ciencia metafísica) o a la cuestión de verdad o falsedad (ciencia lógica). La “faneroscopia” es una ciencia de constatación inductiva por la que Peirce quiere llegar a contemplar las categorías como operativas en el *phaneron*. Esta ciencia es deudora de los desarrollos de Peirce en materia de lógica de relativos. Los valores *uno dos y tres* que se les asignan a los fenómenos provienen del análisis o clasificación de los predicados según los lugares de argumento en la proposición.

La ciencia del fenómeno de Peirce parte de los descubrimientos de la lógica formal en una primera instancia. Luego, los materiales obtenidos en la ciencia normativa son generalizados de tal modo que vienen a ser valores pre-lógicos presentes en el fenómeno y en la naturaleza. La cuestión de los valores es develada por la lógica en su aspecto formal pero es la fenomenología la que los devela en su materialidad, como se verá en los capítulos siguientes: primeridad: cualidad de sentimiento, segundidad: acción y reacción, y terceridad: relación de signo. En cuanto a la presencia de los valores en la naturaleza, como escribe Hookway, Peirce hace uso del argumento fenomenológico para establecer la necesidad de los predicados triádicos para describir la estructura de la realidad física¹². Hacia 1890 Peirce comenzó a estudiar la presencia de la terceridad en la naturaleza, y la fenomenología resultó ser su herramienta fundamental. Ninguno de los argumentos anteriores a 1890 –el planteo

¹² HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.101

de la “*New List*” y el *remarkable theorem*– establece la necesidad de la triadicidad en el mundo físico.

2. La primeridad y la segundidad

Los dos primeros elementos que Peirce como fenomenólogo identifica en el fenómeno son la primeridad: “una positiva posibilidad cualitativa” (CP 1.25) y la segundidad: “la doble conciencia de esfuerzo y resistencia” (CP 1.24). La diferencia fundamental entre estas dos categorías está dada por la cuestión del valor, discutida en el capítulo anterior. El valor asignado a la primeridad es el de uno. La idea de la mónada está asociada con aquello que es esencialmente indeterminado e ilimitado. Su idea no incluye la idea de *un otro*, puesto que la alteridad es considerada un límite, y, por lo tanto, algo segundo con un valor de dos. La segundidad, por otro lado, requiere esencialmente la relación a otro, la noción de alteridad. La experiencia de la “resistencia”, “compulsión”, “interrupción” que implica la segundidad dio a Peirce la clave para entender la existencia individual como reacción de unos objetos contra otros. Peirce denomina a esta experiencia fundamental e irracional “estidad” (*thisness*) o “*haecceidad*”, siguiendo a Duns Escoto¹³.

No es arbitrario que las categorías descriptas se estudien juntas en el presente capítulo, y se reserve el último capítulo para la “terceridad”, o tercera categoría. Se busca tratar conjuntamente las categorías “irracionales” y puramente experienciales, dejando para el capítulo final las cuestiones del pensamiento y el significado. Pero la presente disposición de los capítulos también responde al objeto general de mi tesis que es colocar la semiótica de Ch. S. Peirce en

¹³ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.310

perspectiva metafísica. Las primeras dos categorías que presenta el “faneron”, la primeridad y la segundidad, constituyen el fundamento de la idea de *algo tercero*, que las supone. La naturaleza de las categorías permite que pueda tratarse de los valores menores, prescindiendo de los valores superiores según un orden numérico. Por ejemplo, puede tratarse de la segundidad prescindiendo de la referencia a algo tercero. Pero no puede tratarse de la terceridad sin relación a la primeridad y a la segundidad.

La relación de signo constituye una de las formas de la terceridad, la tercera categoría, y de esto se busca tratar *in extenso* en el capítulo siguiente. De este modo la semiótica de Peirce se integra en una tricotomía categorial de la que es su propio ápice, como una tercera dimensión donde el mundo y la experiencia cobran hondura y sentido.

i) La manifestación de la primeridad

En este primer punto buscaré caracterizar la primeridad principalmente según *CP* 1.302-304, donde se trata de la manifestación de la primeridad y de la mónada. También señalaré algunas diferencias con la concepción de la primeridad en la “*New List*” pues la noción de primero ya se encontraba presente en la filosofía de Peirce en 1867. Sin embargo, su reformulación a partir de los desarrollos de las décadas posteriores, llevaron a Peirce a una concepción de la primeridad más primitiva e inmediata, bastante distinta de la anterior, por lo menos desde el punto de vista material. Por otra parte, formalmente hablando, la idea de primero como término cerrado y monádico continúa siendo esencialmente la misma en la fenomenología.

Peirce presenta su primera categoría en términos fenomenológicos, asociada con las ideas de “libertad”, “multiplicidad”, “variedad ilimitada”. “La idea de Primero predomina en las ideas de frescura, vida, libertad” (1.302). Todas estas nociones se presentan a la mente como esencialmente no determinadas o libres:

Libre es aquello que no tiene otro detrás de sí determinando sus acciones; pero en tanto que la idea de la negación de otro entra [en el fenómeno], la idea de otro entra; y tal idea negativa debe ser relegada, o sino no podemos decir que la Primeridad es predominante. La libertad sólo puede manifestarse en la variedad ilimitada e incontrolada y en la multiplicidad (1.302).

Algo primero debe ser entonces algo indeterminado, pues la determinación implica la introducción de la noción de alteridad. Afirmar algo de otro, decir que es de determinada manera, es distinguirlo, singularizarlo o diferenciarlo respecto de un todo de cosas que ya no son el objeto en cuestión. Por esto la afirmación implica una negación: decir que tal o cual percepción es percepción del color rojo equivale a negar que es azul por ejemplo, y esto supone la idea de alteridad, que es lo que Peirce busca evitar. Sin embargo, parece haber algo que sí puede ser afirmado de la primeridad, y esto es su “*ser*”, o más bien su esencia.

La idea de ser como cópula vuelve a aparecer tal como estaba presente en la “*New List*”. El ser es la cópula que supone la atribución de un predicado o cualidad: “en la idea de ser la primeridad es predominante, no necesariamente por la abstracción de la idea, sino por lo que la idea encierra (*self-containedness*)”. La idea de ser implica ser algo peculiar, algo tal. Aquí aparece la primera dificultad con la noción de primero, pues parece ser algo determinado en su indeterminación. Por un lado, Peirce ha dicho que *un primero* es

indeterminado “como la multiplicidad del sentido de Kant”; por otro, escribe que “debe haber cierta determinación o ‘talidad’, o de otro modo no pensaremos nada absolutamente” (1.303). Por todo esto concluye que debe tratarse de una talidad *sui generis*: una talidad como la del verbo ser que sólo afirma la peculiaridad de algo: su indefinida determinación; una talidad no abstracta o conceptual, pero tampoco determinada objetivamente, puesto que no se trata de una percepción objetiva:

Debe haber cierta determinación, o talidad, o de otro modo no pensaremos en nada absolutamente. Pero no debe ser una talidad abstracta, pues esta hace referencia a una talidad especial. Debe ser una talidad especial con algún grado de determinación, pero no pensada como más o menos. No debe darse la comparación. De tal modo que se trate de una talidad *sui generis* (1.303).

En la experiencia, Peirce encuentra la primeridad en el sentimiento que él denomina “cualidad” –que evidentemente ya no tiene que ver sin más con lo que en la “*New List*” se llamó cualidad–. “La idea de primero predomina en el sentimiento (*feeling*), como distinto de la percepción objetiva, la voluntad, y el pensamiento” (1.303). El sentimiento, o cualidad de sentimiento, de la que Peirce habla, no es el sentimiento o percepción de algo, pues ese algo frente a mí es *un otro* (*alter*), y por lo tanto algo segundo que resiste mis acciones y que se impone sobre mí. Por el contrario, la primeridad es una categoría no relativa, completa y pura, sin estructura interna, partes, comienzo, fin o desarrollo. En la experiencia el estado fronterizo entre la vigilia y el sueño es “lo más cercano a un puro estado monádico de sentimiento” (1.303):

Imagina una persona en un estado de somnolencia. Supongamos que no está pensando en nada más que un color rojo. No pensando en él tampoco, esto es, no preguntando ni

respondiendo ninguna pregunta respecto de él, ni tampoco diciéndose a sí mismo que le satisface, sino solamente contemplándolo, a medida que la imaginación lo presenta...Esto es lo más cerca que se puede estar de un estado de la mente en el que algo está presente, sin compulsión y sin razón; esto es llamado sentimiento¹⁴.

Otra de las características que presenta la cualidad de sentimiento (*quality of feeling*) es que prescinde de la idea de actualidad, y se refiere a la mera posibilidad de su experiencia: “su ser consiste en que podría haber tal peculiar, positiva taleidad en el fenómeno” (1.304). Por un lado, Peirce caracteriza positivamente la cualidad como una mera posibilidad. Por otro, negativamente, la describe como una realidad no actual. La cualidad de sentimiento no es un acto. En el lenguaje de Peirce esto significa que no está en movimiento e interacción con otras sustancias. Si no está en acto, tampoco debe confundirse con un accidente que inhiere en un sujeto, como se dice que la cualidad perfecciona a la sustancia. Tales fenómenos pertenecen al pensamiento metafísico y exigen su realización, su actualización (1.304). La cualidad de sentimiento no implica su realización. Es un mero posible:

Esta cualidad pura, o taleidad, no es en sí misma una realización, como lo es el ver un objeto rojo; es un mero posible. Su ser sólo consiste en el hecho de que podría haber tal peculiar, positiva, taleidad en un fenómeno (1.304).

La nueva caracterización de la primeridad como no conceptual, indeterminada y múltiple es propia de la fenomenología, y casi no encuentra puntos de contacto con la idea de *algo uno* en la “*New List*”. La cualidad en el *paper* del 67 aparece como el concepto abstracto, lo más mediato (abstracto) en el orden de los accidentes, la

¹⁴ PEIRCE, Charles S., “*What is a Sign?*” (1894), *EP* 2, p.4

unidad de la multiplicidad del sentido bajo el concepto. Es decir que desde el aspecto material, ambas aproximaciones a la primeridad serían contrarias. La concepción más temprana de *un primero* respondía al interés de Peirce por probar que las cualidades no eran intuitivas, no eran sensaciones, sino predicados captados hipotéticamente. Hacia 1885, escribe Murphey, el interés de Peirce se revierte y es el aspecto sensorial el que se convierte en el ariete de la reflexión¹⁵. Por otro lado, el aspecto formal de la cuestión sí presenta puntos de conexión entre los dos períodos señalados, cuando se atiende a la noción de primero como término no relativo a otro, como pura mónada.

Las nociones de “inmediato” y no-conceptual y, por otra parte, las de mediato y conceptual se encuentran íntimamente ligadas desde el *paper* de 1867. En la fenomenología lo inmediato aparece además como lo “irracional”. El tema de lo inmediato, lo no conceptual, se halla presente en la “*New List*” bajo la categoría de la sustancia, que es “lo presente en general” y múltiple, captado por el acto direccional de la mente: la atención. Es claro que existe una semejanza entre la sustancia de la “*New List*” y la cualidad de la fenomenología, pues Peirce dice en *CP* 1.302 que la primeridad es “la idea de la multiplicidad del sentido de Kant”. De igual modo, la idea de primero en la fenomenología aparece asociada con lo múltiple y variado. Sin embargo, parecería que en la nueva ciencia fenomenológica la tabla de categorías se ha invertido, poniendo a la cualidad en la base como lo más inmediato. La cualidad que en la “*New List*” aparece como lo más abstracto, la unidad bajo el concepto, ahora se convierte en lo más inmediato e irracional.

Por ello, no se puede decir sin más que la cualidad de sentimiento es punto por punto la sustancia de la “*New List*”. Además

¹⁵ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.306

Peirce aclara que la primeridad implica una cierta taleidad, *sui generis*, pues tiene cierta determinación. Es decir que no se trata simplemente de lo indeterminado. Es claro que la idea de determinación no califica a la sustancia de la “*New List*”. Además, el *eso (it)*, al que se dirige el acto de atención, supone siempre un correlato objetivo en el *paper* del 67 (cfr. II.2). El *eso* se orienta hacia su actualización, y pide llegar al estatuto de objeto de pensamiento bajo la unidad del concepto. Por el contrario, la cualidad de la fenomenología no debe su estatuto a su posterior realización; su naturaleza es la de una mera posibilidad (*mere may-being*) sin orientación a un objeto. Por esto, la cualidad puede ser imaginada sin que esto implique su actualización¹⁶ en el mundo, es decir que puede ser considerada sin que por ello deba pensarse en un correlato objetivo.

ii) *La definición de primeridad*

En 1.306-311 Peirce ensaya una definición del sentimiento en la que afirma: 1) su carácter no relativo, 2) su condición de estado, y 3) la inmediatez de conciencia que implica. Respecto de lo primero, Peirce dice que el sentimiento es el elemento de la conciencia que es todo lo que es positivamente en sí mismo, sin referencia a otro. (Nuevamente se puede señalar la diferencia con la “*New List*” donde la cualidad era esencialmente *referencia* a una especie pura o *ground*). El sentimiento es todo lo que es en sí porque no tiene principio ni fin, ni implica un desarrollo. Cuando tenemos conciencia inmediata de un zumbido, como puede darse en un estado fronterizo entre el sueño y la vigilia, no sabemos si este ha comenzado en ese momento o si ya estaba allí, ni se sabe cuando terminará. Sólo se encuentra allí presente simplemente como un estado, independiente de toda otra sensación o

¹⁶ Cfr. *CP* 1.304

referencia. Esto conduce a lo segundo, la cualidad como estado “que está por entero en cada momento de tiempo por cuanto dure” (1.307). La reflexión sobre la capacidad de la cualidad de contener en sí todo lo que es, sin ninguna referencia o dependencia, lleva a reconocerla como un estado: algo que no deviene o sucede, ya que lo que así se comporta posee una relación con un estado anterior, y esto es signo de la segunda categoría, la segundidad.

Los dos primeros rasgos de la cualidad de sentimiento: su carácter no relativo y su condición de estado hacen referencia a la unidad, a la simplicidad, que junto con la inmediatez constituyen su rasgo esencial¹⁷. Ambas nociones son difíciles de expresar conceptualmente, especialmente cuando están referidas a *algo uno* en la experiencia, y por ello Peirce recurre a diversos ejemplos. La naturaleza de nuestro pensamiento discursivo necesita de lo compuesto y analizable, para comparar, distinguir y elevar una experiencia al orden de los conceptos. En la exposición de “*On a New List of Categories*” (cfr. II.2) se ha estudiado la fundamental relación triádica (relación de signo) que supone el conocimiento. ¿Cómo hacer, entonces, un discurso teórico de lo que es anterior a todo concepto? Se comprende así la dificultad de describir la primeridad como fenómeno, pues el sentimiento “escapa a la ciencia y a la introspección”. Pero, a su vez, se reconoce la importancia de preguntarse por él, puesto que en el sentimiento se hace presente la primeridad en la experiencia.

El tema de la unidad y simplicidad del fenómeno que es *un primero* conduce a la consideración de la unidad en Kant, el antiguo maestro de Peirce. La pregunta que se debe formular en primera medida es si realmente existe la noción de unidad en Kant, tal y como

¹⁷ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.307

Peirce la entendía. En *CP* 1.302 se dice (hablando de la libertad como *un primero*):

Es la idea conductora de la “multiplicidad del sentido” de Kant. Pero en la unidad sintética de Kant predomina la idea de Terceridad. Es una unidad alcanzada; y debería haber sido llamada totalidad; pues esa es la categoría [del sistema de Kant] donde encuentra su hogar.

La unidad (*Einheit*) en el sistema de Kant es esencialmente una forma de la *terceridad*, según las categorías peirceanas. La terceridad es la categoría de las relaciones triádicas (la relación de signo que está en la base del conocimiento, el pensamiento en general, la ley, entre otras), y la unidad en Kant es precisamente una referencia constante a *algo tercero*. Dicha referencia implica el conocimiento (forma de la terceridad), pues la unidad es el núcleo de todo el aparato cognoscitivo en el sistema kantiano. La unidad en Kant (quizás se debería hablar de unión “*Vereinigung*” más que de unidad) es fundamentalmente una síntesis. En su sentido más general, Kant entiende por síntesis el acto de reunir las diferentes representaciones unas con otras, y de aprehender lo diverso de ellas en un solo acto de conocimiento. Se puede agregar que la síntesis de la que habla Kant es algo que no se recibe de la sensibilidad, sino que es algo que nosotros mismos aportamos a los datos sensibles, al darles la “unidad” necesaria por la que los constituimos en objetos.

El concepto mismo de “síntesis” implica algo compuesto. El término proviene del griego y significa composición (*compositio*). Por ello una síntesis es en primera medida una unión, unificación o integración. Lo que se produce por la síntesis es algo de naturaleza más compleja que los elementos unidos. Sin embargo, por otro lado también puede decirse que al sintetizarse los elementos se obtiene algo más “simple”, pues sintetizar es hacer *algo uno*. Pero como quiera que

se considere la síntesis, esta no tiene puntos de contacto con la mónada que Peirce describe. Es por ello que Peirce denomina *totalidad* a la unidad de Kant. Esta unidad es una unidad alcanzada (*an attained unity*), una unidad esencialmente compuesta. Esto es precisamente la totalidad (*Allheit*) kantiana: una unidad alcanzada. Un concepto puro que resulta de la combinación de la primera y la segunda categoría del entendimiento¹⁸, según la cantidad: unidad, pluralidad, totalidad.

Por último, volviendo a la definición, Peirce caracteriza al sentimiento como una “cualidad de conciencia inmediata” (1.307). Algo simple, presente a la mente inmediatamente, es decir, sin referencia a otro. La cualidad de sentimiento es muy distinta de una percepción, que es una imagen con estructura que combina un número de cualidades sensoriales. Como la percepción del rojo que incluye una “tonalidad, luminosidad y *chroma*”. Un puro primero, por el contrario, no posee estructura interna y es independiente de la percepción del color rojo. La intensidad (*vividness*) del sentimiento, por ejemplo, es independiente de la estructura de la percepción. Esto lo prueba el hecho de que dicha intensidad “es muy diferente en la memoria del color un cuarto de segundo después de la sensación de lo que es en la sensación misma” (CP 1.308). Como explica Murphey, cuando Peirce habla del rojo como un primero busca expresar, no el concepto del rojo con su estructura, sino la sensación particular o sentimiento que *yo* tengo cuando contemplo una cosa roja¹⁹. El concepto y la percepción del rojo, entonces, pueden ser analizados y descriptos, pues poseen una estructura clara y definida. El sentimiento, por el contrario, sólo puede ser experimentado.

¹⁸ KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, p.195

¹⁹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.308

La intensidad o fuerza del sentimiento es un aspecto de este último que lo distingue respecto de la percepción según Peirce. La comparación entre la teoría de Hume de las percepciones (impresiones e ideas) y la distinción hecha por Peirce entre percepción y cualidad de sentimiento agrega un matiz interesante a la cuestión. Cabe aclarar que Hume, a mi parecer, habría incluido la cualidad de sentimiento dentro de la idea simple producida por la impresión. No obstante, el punto que interesa señalar es que Hume también habla de vivacidad y fuerza de las percepciones como el aspecto que distingue las impresiones de las ideas. “La primera circunstancia que me llama la atención es la gran semejanza entre nuestras impresiones e ideas en cualquiera de sus aspectos, con excepción del grado de fuerza y vivacidad.”²⁰ Algo muy parecido sucede en la fenomenología donde Peirce ve la clara desemejanza, en cuanto al grado de intensidad y fuerza, entre las percepciones y su correlato subjetivo: los sentimientos.

Por otro lado, ambas “teorías” (en realidad la de Peirce no es propiamente un discurso teórico, sino una descripción fenoménica) no parecen coincidir en que la diferencia entre los conceptos (o fenómenos) considerados (impresiones e ideas en Hume y percepciones y sentimientos en Peirce) es de grado y no de naturaleza. Al respecto dice Hume: “Aquella idea de rojo que formamos en la oscuridad, y la impresión (rojo) que hierne nuestros ojos a la luz del sol, difieren solamente en grado, no en naturaleza”²¹. En Peirce, por el contrario, la vivacidad muestra que la cualidad de sentimiento es independiente de la percepción, y por lo tanto, de naturaleza distinta de la percepción, ya que esta última depende del objeto.

²⁰ HUME, David, *Del Conocimiento*, Aguilar, Buenos Aires, 1973, p.46

²¹ HUME, David, *Del Conocimiento*, p.48

Me parece oportuno, al final del presente capítulo, hacer una referencia a la metafísica, para aclarar aun más la idea de primeridad. Aunque la fenomenología en el sistema de Peirce es anterior a la metafísica, pues la primera no supone al ser, creo que la metafísica (escolástica) puede servir para explicitar algo más de la primeridad. La fenomenología, como descripción de los fenómenos, ha revelado a la primeridad como una “positiva posibilidad cualitativa”, como se explicó en la sección anterior. La cualidad a la que Peirce hace referencia no es un acto, sino un mero posible; se trata de la cualidad considerada en sí misma. Mauricio Beuchot comenta que la cualidad de Peirce recuerda a veces el tercer estado de la esencia, del que hablaba Avicena: un estado neutro de la esencia considerada en sí misma, y no como esencia en la cosa o en la mente²². Ninguno de los otros dos estados habría servido al propósito de Peirce, pues la esencia en la cosa es singular y concreta, y en la mente es algo universal, pero dependiente de *algo segundo*: el concepto de triángulo tiene referencia a los singulares de los que se predica; en cambio, en sí misma la esencia es propiamente universal, propiamente independiente, y “libre”, no determinada por otro.

En el capítulo IV de *De Ente et Essentia*, Santo Tomás presenta una síntesis de los tres estados de la esencia. El tercer estado de la esencia es, según el Aquinate, una consideración de la esencia en sí misma, *secundum rationem propriam*, sin relación con los modos de la existencia. Esto no significa que se niegue la existencia, o se haga una “epoché” de ella. Simplemente la cuestión por la existencia no se halla aún planteada. La fenomenología de la primeridad de Peirce, a mi juicio, está en esta línea. Parece ser una fenomenología pura donde la cuestión de la existencia, la actualidad (en sentido peirceano), no se encuentra considerada. Una fenomenología que no es una lógica ni una metafísica: *natura absolute considerata abstrahit a quolibet esse*,

²² BEUCHOT, Mauricio, *Estudios sobre Peirce y la escolástica*, p.64

dice Santo Tomás. El fenómeno *primero* abstrae de todo ser mental o extramental. En las fenomenologías de Hegel y del segundo Husserl hay referencia al ser; esto no sucede en Peirce. En Hegel, también maestro de Peirce como Kant, la fenomenología es la metafísica y la lógica. Por lo tanto, habría una clara referencia al ser. En el Husserl de las *Meditaciones Cartesianas* también hay una referencia al ser, como comenta J. Maritain, que no es propia del fenómeno puro:

Una fenomenología con todo rigor construye pues *a priori*, pero con una necesidad y una generalidad estrictamente intuitivas, las formas de los mundos imaginables; ella los construye en los cuadros de todas las formas imaginables del *ser* en general y del sistema de sus articulaciones²³

Lo que distinguiría la fenomenología de Peirce de otras formas de la fenomenología sería entonces la consideración del fenómeno puro, la no referencia al ser. Es por ello que coincido con Beuchot en que la cualidad de Peirce recuerda a veces al tercer estado de la esencia. Pero esto sólo en cuanto al aspecto formal, es decir, la cualidad en cuanto mónada cerrada e independiente, pues materialmente considerada, la cualidad puede ser experimentada en el sentimiento; y desde su experiencia, la cualidad de sentimiento nada tiene que ver con la esencia como categoría metafísica.

²³ Citado por MARITAIN, J. en *Los Grados del Saber*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1983, p.168

iii) *La segundidad y su experiencia*

En este punto me gustaría retomar la pregunta inicial de Peirce en *CP* 1.319:

¿Qué lugar hay entonces para los segundos (*secundans*) y los terceros (*tertians*)? ¿Hubo algún error en nuestra demostración que estos deben también tener sus lugares en el fenómeno? No, no hubo ningún error. Dije que el fenómeno está totalmente compuesto de cualidades de sentimiento tan ciertamente como el espacio está totalmente compuesto de puntos. Existe un cierto aspecto protoidal – acuño el término por su necesidad – en el que el espacio está en verdad constituido por nada más que puntos. Sin embargo, es cierto que ninguna colección de puntos – utilizando la palabra colección para significar meramente algo plural, sin la idea de los objetos siendo unificados – ninguna colección de puntos, no importa que tan inmensa sea su cantidad, puede por sí constituir el espacio.

La cualidad de sentimiento comprende el todo del contenido de la conciencia como el todo del espacio está compuesto de puntos o el todo del tiempo de instantes. En pocas palabras, como dice Peirce, ser conscientes es sentir (*to be conscious is to feel*), puesto que todo objeto de la conciencia implica un tono afectivo o sentimiento. Pero decir que la conciencia está toda ocupada por cualidades de sentimiento (como el espacio está compuesto enteramente de puntos) equivale a decir que todo el fenómeno es primordialmente de la naturaleza del sentimiento. Sin embargo, Peirce escribe que una multitud de puntos no puede por sí misma constituir el espacio, se necesita “la idea de los objetos siendo unificados (*being brought together*)”, la idea de otro, *algo segundo*. Del mismo modo, el fenómeno pide la idea de otro para ser completado, para comprender el mundo de la mecánica, el movimiento y el esfuerzo. El mundo de los objetos en interacción que también se manifiesta en el fenómeno.

La fenomenología se encuentra con una segunda idea que no puede ser reducida a algo primero (*anything priman*). Esta idea es primordialmente algo segundo e implica necesariamente algo segundo en la experiencia: “estando parado del lado de afuera de una puerta ligeramente entornada, colocas tu mano en el picaporte para abrirla y entrar. Experimentas una resistencia silenciosa. Pones tu hombro contra la puerta y, con todas tus fuerzas, ejerces un esfuerzo tremendo” (1.320). Pero la idea de algo segundo no se encuentra del todo desligada de la primeridad, puesto que la experiencia de la segundidad genera sentimientos: “son la suma de la conciencia durante el esfuerzo”(1.320). Sin embargo, la segundidad es caracterizada como “la ruptura de un sentimiento por parte de otro”²⁴. Esto significa que no se considera el sentimiento en sí mismo y sin referencia a otro, sino los sentimientos en acción recíproca.

La idea de algo actuando sobre otro es lo que Peirce denomina el elemento de “lucha” (*struggle*) en el fenómeno. Este elemento se encuentra presente en la totalidad del fenómeno, aun, en algunos casos, en el sentimiento simple como cuando se hace una consideración teórica de él (1.322). Pero ¿cómo puede ser esto si el sentimiento es lo enteramente simple? De hecho el sentimiento es lo positivo, primero e indeterminado, en su experiencia, pero en el discurso teórico que se hace a partir de él, las ideas de resistencia y esfuerzo están presentes. Si se imagina un mundo con una cierta positiva cualidad y nada más que ella, tal hipótesis implica una continuidad (*steadiness*) de la idea, es decir que la idea resistirá los experimentos de la mente sobre ella, o los embates de los argumentos en contrario. Dicha resistencia supone un esfuerzo: en esto consiste el elemento de lucha o acción recíproca:

²⁴ PEIRCE, Charles S., “*What is a Sign?*” (1894), *EP 2*, p.5

Ahora bien, esta continuidad de la hipótesis que nos posibilita pensar en ella, y manipularla mentalmente, lo cual es una expresión perfectamente correcta, porque nuestro pensar en la hipótesis consiste de hecho en la realización de experimentos sobre ella. Esta continuidad (*steadiness*), digo, consiste en esto, que si nuestra manipulación mental es lo suficientemente delicada, la hipótesis resistirá el cambio (1.322)

El elemento de lucha se distingue formalmente de la cualidad de sentimiento por su definición como referencia a algo segundo. Sin embargo, existen similitudes entre ellos: por una parte, ambos son fundamentalmente una experiencia. En el caso de la segundidad, la experiencia puede ser descrita como un “shock” o golpe (1.336): “continuamente chocamos con los hechos duros (*hard fact*)” (1.324). Por otro lado, la experiencia de lo segundo es irracional como en el caso del sentimiento. Es una experiencia no definible en términos conceptuales. Por último, ambas ideas parecen tener en común el ser modos de conciencia. El sentimiento es la conciencia inmediata sin comienzo ni fin (es un estado). La segundidad es descrita como conciencia doble (esfuerzo y resistencia son las dos caras de una misma moneda: dos modos de describir la misma experiencia) que, a diferencia del sentimiento, comienza y termina por la irrupción de fuerzas dispares:

Cobramos conciencia de nuestro ser en la conciencia del no-yo. El estado de vigilia es una conciencia de reacción; y como la conciencia misma es doble, tiene entonces dos variantes; esto es, acción, donde nuestra modificación de las cosas es más preponderante que su reacción sobre nosotros, y percepción, donde su efecto en nosotros es inmensamente mayor que nuestro efecto en ellas (1.324)

En cuanto a las diferencias entre la primera y la segunda categoría, la fenomenología devela el aspecto material como radicalmente distinto. La cualidad de sentimiento es experimentada

como un estado positivo pero no relativo a nada: “entiendo por sentimiento nada más que la sensación sin su atribución a un sujeto particular” (1. 332). La cualidad en cuestión no puede establecer el puente hacia la existencia que es fundamentalmente dinámica, cambiante y relacional. Sólo la acción y reacción como correlato material de la segundidad puede expresar lo existente. Lo existente es algo actual, como decía Aristóteles, cuando pensaba en lo real como acción (*energeia*) (1.325). Sin embargo, Peirce no piensa en la acción como siguiendo una ley interna a cada cosa o una ley general que rija los objetos. La noción formal de segundidad no permite una ley pues esta sería *algo tercero* (1.328) respecto de la acción y reacción²⁵. La relación binaria exclusiva de la segundidad se haya bien expresada por Espósito: “la segundidad de algo consiste en la vitalidad de la relación de dependencia, así como la primeridad de algo consistía en la vitalidad de independencia”²⁶.

La segundidad es la categoría de la actualidad. “La actualidad es la parte más entrometida (*obtrusive*) de la experiencia, y las cosas existentes pueden ser identificadas por la terca resistencia de unas respecto de otras y respecto de nuestra voluntad”²⁷. Peirce considera que sólo puede haber verdadera diadicidad en la fuerza ciega o en un acto arbitrario de la voluntad (1.328). Respecto de lo segundo, Peirce da el ejemplo de Dios como creador de la luz:

²⁵ La consideración de lo segundo, lo actual o existente, no debe confundirse con lo real en el sentido de “lo real exterior al sujeto”; de esto último se ocupa la metafísica. Por un lado, la fenomenología describe al fenómeno: una dimensión más amplia que la de lo real, pues también incluye lo ficticio. Por otro lado, la metafísica utiliza nociones triádicas para explicar la realidad. La metafísica es un discurso lógico-demostrativo, mientras que la fenomenología es una disciplina esencialmente *mostrativa*.

²⁶ ESPÓSITO, Joseph L., *Evolutionary Metaphysics*, Ohio University Press, Ohio, 1980, p.163

²⁷ PARKER, Kelly A., *The Continuity of Peirce's Thought*, Vanderbilt University Press, Nashville and London, 1998, p.113

El acto de creación no debe ser considerado como un tercer objeto, sino sólo como la taleidad de conexión de Dios y la luz. La díada es el hecho. Determina la existencia de la luz, y la creación (*creatorship*) de Dios. Los dos aspectos de la díada son, primero, el de Dios ordenando la existencia luz, y el de la luz, por su comienzo, haciendo a Dios creador. Este último es en el ejemplo presente sólo un punto de vista, sin ninguna realidad que le corresponda (1.327)

Para entenderlo como un ejemplo de diadicidad se debe pensar en Dios y en la luz como sujetos sin ninguna mediación. Dios es idéntico con su voluntad, dice Peirce. La luz se halla en el otro extremo de la díada. La díada es el *hecho* que determina la existencia de la luz y la calidad de creador (*creatorship*) de Dios. La díada presenta estos dos aspectos: activo y pasivo. Peirce explica que eligió este ejemplo pues ilustra la instantaneidad que la díada supone. Para que haya algo verdadera y simultáneamente dos, la noción no debe incluir el proceso ni la mediación, instancias de la terceridad. En cuanto a la fuerza ciega, el otro caso de segundidad, Peirce afirma que la noción de ley como algo tercero no está presente en este nivel del fenómeno, pues ninguna ley determina a ningún átomo a existir (1.329). En este contexto la existencia aparece como un *factum* inexplicable.

La existencia es concebida como fuerza ciega (*blind force*) en 1.329. La presencia en un universo real o mental, que constituye la existencia, es inexplicable o inefable: “el hisopo que crece en la pared existe en ese rincón porque todo el universo no pudo detenerlo”(1.329). Por otro lado, como se ha mencionado ya, también la voluntad es diádica, y de hecho ésta es la cuestión más tratada en los párrafos 1.330-336. El motivo es que lo que Peirce denomina distinciones polares (*polar distinctions*), distinciones entre dos donde

no interviene un tercero, no son frecuentes en el mundo externo. Sin embargo, en el universo de la psicología abundan estas distinciones: placer y dolor, bondad y maldad, necesidad e imposibilidad, todos estos opuestos son de naturaleza volitiva. Ciertamente, los dos extremos de una dicotomía no parecen darse en la naturaleza con claridad, por el contrario, todo parece presentar términos intermedios y procesos. La dicotomía es aparentemente propia de la voluntad y del orden del pensamiento:

Sin embargo, para el más pequeño universo de la psicología, las distinciones polares abundan, la mayoría de ellas referidas a la voluntad. Por lo tanto, el placer es cualquier clase de sensación que uno inmediatamente busca, el dolor cualquiera que uno inmediatamente rechaza. El bien y el mal son de naturaleza expresamente volitiva (1.330)

Peirce considera que la percepción también es de naturaleza volitiva, es decir que la voluntad es determinante en la captación de lo otro. “Lo que caracteriza en particular los cambios súbitos de percepciones es un shock. El shock es un fenómeno volitivo”(1.336). La captación de lo otro que actúa sobre mi voluntad sólo puede darse si existe una fuerza que trate de resistirlo. Esta fuerza es en primera medida la propia voluntad. “Recibimos un shock de cualquier experiencia no deseada”(1.334). Peirce denomina al shock la inercia de la mente, que tiende a permanecer en el estado en el que está, y repele otros estados. Este elemento primigenio de fuerza y resistencia constituye la experiencia de lo otro: “la compulsión, la restricción sobre nosotros que nos fuerza a pensar de modo distinto a lo que estábamos haciendo, constituye la experiencia”(1.336).

iv) Elementos ontológico-semióticos

Es importante aclarar que los fragmentos considerados en esta sección oscilan entre el “realismo” que la segundidad parece implicar, y su reciprocidad fundamental, ya en la realidad externa como en la conciencia. Los autores y comentaristas se dividen entre los que destacan el realismo de Peirce (como Max Fisch y su escuela) y los que acentúan su “idealismo” (como Murphey y Richard Rorty²⁸). Personalmente, me inclino por la primera postura. Sin embargo, lo que busco explorar es la diadicidad o relación binaria en sí misma, y en perspectiva fenomenológica, es decir que no busco probar el “realismo” de Peirce. Se debe recordar una vez más que lo real exterior es el objeto de estudio de la metafísica, y no de la fenomenología.

Luego de esta aclaración, retomaré la cuestión de la existencia. Peirce presenta la existencia en *CP* 1.329 como “presencia en un universo *experiencial*”. Según Peirce, este universo puede ser fenoménico, material existente, de sentimiento, y la mera presencia en él implica la acción recíproca en tal universo. Es decir que ser parte de un universo de experiencia significa estar en el juego de fuerzas recíprocas. En el marco de esta concepción, la existencia concebida como independencia respecto del yo parece alejarse de la segundidad. La existencia puede hacer referencia a las realidades mentales o extramentales, y parecería que la segundidad no es esencialmente lo real exterior, sino que lo abarcaría como una de las formas de la relación recíproca. La experiencia de la segundidad es primordialmente el “choque” con lo otro interior o exterior. El reconocimiento del fenómeno *segundo* como realidad extramental sería secundario:

²⁸ Cfr. RORTY, Richard. *El Pragmatismo, una Versión*, Ariel, Barcelona, 2000, p.25 y 27

Somos conscientes de golpear o de ser golpeados, o de encontrarnos con un hecho. Pero, si la actividad está dentro o fuera, sólo lo conocemos a través de signos secundarios y no por nuestra facultad original de reconocer hechos (1.376)

Hacia 1890 Peirce comienza a utilizar el término “*haecceity*” como sinónimo de lo que hasta aquí había llamado *estidad* (*thisness*). Murphey comenta que Peirce había estudiado a Escoto desde 1860, y conocía bien su teoría de la individuación. Los paralelos entre ambas teorías son tan obvios que difícilmente podrían llegar a ser accidentales. La explicación que da Murphey para la adopción de las haecceidades por parte de Peirce es la siguiente: las dificultades de su teoría sobre lo real convencieron a Peirce de la necesidad de un principio positivo no-cualitativo de individuación²⁹. El término “haecceidad” proviene del latín *haecceitas* (de *haec*: este). Según Duns Escoto el principio de individuación, lo que hace que una entidad dada sea individual, que sea “este individuo y no otro”, no es la materia ni la forma, ni el compuesto, sino la “última realidad de la cosa” (*ultima realitas entis*). La haecceidad es la *ultima actualitas formae*. Es una individuación de la forma pero no por la forma. Resulta importante comprender sobre todo que la individuación escotista permite la determinación completa de lo singular pero sin referencia a la existencia. Es más bien la condición de toda existencia posible, ya que sólo los individuos son capaces de existir: los sujetos completamente determinados por su diferencia individual³⁰.

La *estidad* (*thisness*), como principio elegido por Peirce para explicar la individuación de los objetos, confiere individualidad y existencia a los mismos. Pero, según Murphey, no prueba la realidad

²⁹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.310

³⁰ Cfr. HAECCEIDAD. FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1999

externa de las cosas³¹, que es inferida y no percibida, como se ve en *CP* 1.376. Las realidades pueden ser externas o internas. La alucinación, continúa Murphey, por ejemplo, no se refiere a nada real, pero ella misma, como entidad psicológica, sí es real. Se trata de una haecceidad interior. Además, el hecho que lo existente sea fundamentalmente manifestación en todos los universos de la conciencia acentuaría su primitiva y esencial interacción. Por ello, se podría decir que algo segundo no es esencialmente algo existente real externo sino algo relacional y recíproco.

Tal y como sucedió con la categoría de la primeridad, Peirce reformuló profundamente su segunda categoría. La segundidad en la segunda mitad de la década del 60 incluía la referencia a *un otro*, así sucede en la *"New List"*. Sin embargo, no había un conocimiento directo del objeto. Como escribe Murphey, una oración tal como "esto es rojo" se consideraba un signo incompleto que debe referirse a un signo precedente, pero el objeto sólo se especificaba como uno de esos reemplazados por el signo anterior. Esto significa que ese objeto en el mundo real nunca era designado o "indicado" directamente. Pero entonces ¿puede el objeto ser señalado y singularizado por una expresión tal como "esto es rojo"? La respuesta debe surgir de la consideración del objeto. En la concepción anterior al 70, el objeto es un conjunto de cualidades afirmadas por la proposición. El objeto es el resultado de una síntesis. No es experimentado directamente.

La salida de la referencia del "esto es rojo" a un signo anterior, y consecuentemente el contacto directo con el objeto Peirce lo busca a través de una cierta característica (no cualidad) o nota de los objetos mismos por la cual estos pueden ser nombrados por el término "este". Como explica Murphey, esta característica de *designabilidad* por medio del deíctico es un principio de individuación. A partir de 1890

³¹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.310-311

Peirce adoptó el nombre de “*haecceity*” para la idea de estidad: “lo que Escoto llama las haecceides de las cosas, su “aquidad” (*hereness*) y “ahoridad” (*nowness*) son verdaderamente últimas [irreductibles]” (1.405). La estidad era el principio de individuación, no cualitativo³² que Peirce buscaba para fundamentar la lógica de la cuantificación; se necesitaba una nueva teoría como condición de posibilidad para que el signo “este” designara directamente al objeto. Por otro lado, cabe mencionar que, si bien Peirce usa el término “*haecceity*”, le agrega su propio matiz, que tiene que ver con la reciprocidad que la segundidad comporta; por ello habla del “agresivo empecinamiento” de los hechos que se resisten a nuestras acciones.

Por otro lado, la haecceidad es más que una respuesta a la cuestión del deíctico (este). En primer lugar se puede decir que es fundamentalmente una experiencia, o más aún, la haecceidad constituye el fundamento de la experiencia, si es que esta última es “la compulsión de lo otro”, puesto que la haecceidad constituye a lo otro en tanto que otro. Es decir, lo otro como individual y existente. Además, la haecceidad es fundamentalmente irracional, es decir que sólo puede ser captada en la experiencia, en lo que Espósito llama “la vitalidad de la relación de dependencia” que la presencia de *un otro* supone. Lo puramente experiencial no es definible en términos conceptuales, en el sistema de Peirce, y es por ello llamado irracional: la haecceidad es una “última ratio, hecho bruto que no admite interpelación” (1.405). Por último, la haecceidad confiere existencia al objeto, y esto resuelve la cuestión de la existencia exclusiva de los individuos. Sólo los individuos pueden existir y esto es así por la posesión de la haecceidad.

³² Se debe recordar que para Peirce la cualidad es del orden de la posibilidad, no de la actualidad. “Por qué ESTO, independientemente de sus caracteres generales, viene a tener un lugar definitivo en el mundo, no es una pregunta a formular; es simplemente un hecho último” (CP 1.405).

Peirce arribó al nudo de la cuestión de la existencia, y a su solución, por medio de la noción de haecceidad, aspecto material de la segundidad. Sin embargo, la cuestión de la individuación y *designabilidad* de lo particular tiene una marcada raigambre semiótica. En la comunicación interpersonal sólo se puede hacer referencia a los entes en su individualidad por intermedio de lo que Peirce denomina los índices (el uso de deícticos, señalar con el dedo, etc.) Esta naturaleza experiencial del índice lo constituye en una manifestación de la segundidad. El carácter indécico lo hace totalmente distinto del signo lingüístico que no nos conecta con lo real existente³³. Peirce introdujo los índices en su lógica hacia 1885 cuando publicó el segundo de sus dos *papers* “*On the Algebra of Logic*” (3.359-403). Esta monografía comienza con una sección sobre las tres clases de signos: iconos, índices y símbolos (“*tokens*”). Peirce da crédito a su alumno O. H. Mitchell por la introducción de los índices, y por lo tanto de la cuantificación en el álgebra lógica³⁴.

En su monografía “El progreso de Peirce desde el nominalismo hasta el realismo”, Max Fisch escribe que Peirce reconoció la necesidad de los índices en una notación adecuada para la representación de todo el pensamiento, luego de comprender la importancia de dar al pensamiento una concreción actual. Peirce creía que “el mundo real” no podía distinguirse del mundo imaginario por ningún tipo de descripción. Por ello eran necesarios los índices y los pronombres. Finalmente, continúa Fisch, la incorporación de las haecceidades de Escoto, la realidad de la actualidad, marcó definitivamente la tendencia realista de Peirce, quien ya no podía

³³ Los signos lingüísticos constituyen el pensamiento y confieren generalidad, continuidad, ley. Son casos de la *terceridad*. No tienen de suyo referencia a las cosas (cfr. DEWEY, *Peirce's Theory of Linguistic Signs, Thought and Meaning. The Journal of Speculative Philosophy*, vol. XDIII, No. 4, Feb. 14, 1946, p.90).

³⁴ FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism. Peirce's General Theory of Signs*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p.332

negar la realidad de lo existente individual; Hegel lo había hecho, había negado “el choque con lo exterior” (*the outward clash*), y así había hecho fracasar su sistema, en opinión de Peirce³⁵. La “*haecceity*” es el principio que termina de conformar la teoría de la individualidad de Peirce. La *haecceidad* es por un lado un principio; por otro lado, es la misma “ahoridad” y “estidad” de las cosas que constituye una experiencia última e irreducible. Esta experiencia surge de la reciprocidad de la segundidad, pues el *esto* se reconoce como esto por su resistencia a mis acciones y a las de otras cosas que conforman su entorno energético.

Con la incorporación de la haecceidad entonces, Peirce tiene su nueva teoría de la individualidad y la existencia de las cosas, con los aportes de la fenomenología y la semiótica. Además, como comenta M. Beuchot, el individuo cobra identidad a través de la haecceidad. Sólo los individuos existen, como interpreta M. Fisch, y los individuos son las cosas en su “aquidad” y “ahoridad”, que no es una cualidad más, sino un hecho incuestionable. Beuchot establece un interesante paralelo entre W. V. Quine y Peirce respecto de la cuestión de la existencia. Quine conocía bien el *corpus* peirceano. En el sistema de Peirce la haecceidad confiere existencia al objeto, como principio de individuación. Pero la existencia no puede predicarse, pues no es una cualidad sino un aspecto no cualitativo que se da en la cosa además de los aspectos cualitativos. Por esto en Peirce el existir es expresado por una variable: el cuantificador existencial. Lo mismo sucede en Quine donde “existir es ser el valor de una variable ligada, principalmente ligada por un cuantificador existencial, lo cual impide que la existencia sea un predicado”. Pero además de esto, Peirce parece coincidir con Quine en el *dictum* “*no entity without identity*”, pues la

³⁵ Citado por N. Houser en la introducción (xxvi y xxvii) a *The Essential Peirce*, vol.1.

haecceidad confiere existencia, individualidad, y por lo mismo también identidad al individuo³⁶.

v) *Balance*

Las categorías “puramente experienciales” (la primeridad y la segundidad), que junto con la terceridad, fueron descubiertas por la lógica, como valores formales (uno, dos y tres), constituyen el sistema “metafísico” peirceano, según lo que generalmente se entiende por metafísica. Por un lado, este sistema posee dos aspectos, el formal, expresado por los valores asignados a cada categoría, y el material, develado por la fenomenología, como ciencia de la descripción de los fenómenos. Por otro lado, el sistema de categorías se despliega en dos planos de la experiencia: el plano “puramente experiencial”, donde los fenómenos constituyen alguno de los modos de la conciencia irracional, y el plano de las relaciones, no ya diádicas, sino triádicas. En el marco de las relaciones que se despliegan en tríadas, la fenomenología presenta las nociones de “pensamiento”, “proceso”, “regla”, “aprendizaje”. Todas estas ideas constituyen una elevación por sobre la experiencia ciega.

La tercera categoría, a mi juicio, se manifiesta como la *profundidad* y la *perspectiva* respecto del sentimiento irracional y la dinámica ciega. “Se dice que la experiencia hace al hombre sabio. Decir esto es muy insensato. Si no hubiese nada más elevado que la experiencia, la experiencia lo volvería loco”³⁷. Por ello, el fenómeno pide las ideas triádicas para completarse, pues nada podría saberse de la primeridad y la segundidad si no hubiese la idea de la terceridad, que

³⁶ BEUCHOT, Mauricio, *Estudios sobre Peirce y la escolástica*, p.69

³⁷ KIERKEGAARD, Soren, *Papers and Journals, A Selection*, Penguin Books, London, 1996, p.153

genera el pensamiento y la ciencia. Por otro lado, desde el aspecto formal de la unión entre *un primero* y *un segundo*, las ternas aparecen en el fenómeno como fundamentales e irreductibles: “entiendo por tercero el medio o conexión entre el absoluto primero y último. El principio es primero, el fin segundo, el medio tercero” (1.337). En esta sección he buscado mostrar que la primeridad y la segundidad son parte de un sistema metafísico integral de categorías, donde la idea de independencia (primeridad) conduce a la idea de la relación binaria (segundidad). En el capítulo siguiente presentaré a la terceridad como ápice del sistema metafísico tricotómico, y exploraré la relación de signo como forma genuina de la tercera categoría. Esto constituye el objeto general de mi tesis: colocar a la semiótica de Peirce en perspectiva metafísica.

LAS RELACIONES TRIÁDICAS: LA TERCERIDAD

1. La semiótica

En esta sección final presentaré la semiosis de Peirce como forma genuina de la terceridad. La relación de signo constituye el núcleo temático de la tercera categoría. Como escribe Max Fisch, “existen otras acciones triádicas irreductibles; por ejemplo el regalar (A regala B a C); pero es difícil pensar en alguna en la que la *semiosis* no sea un elemento esencial; de hecho, *el* elemento esencial”¹. Para introducir sucintamente las nociones de semiosis y semiótica me remitiré a las distinciones etimológicas y fonológicas hechas por Peirce. El término *σημειωσις* tiene dos formas en el corpus peirceano, según M. Fisch, “*semiosis*” y “*semeiosis*”: la acción de signo, una acción irreductiblemente triádica entre un objeto, un signo y un interpretante. Para referirse a la ciencia de la semiosis, Peirce utiliza “*semeiotic*” (*σημειωτική*). Las cuestiones fonológica y filológica resultan importantes pues Peirce busca dejar en claro que la etimología proviene de *σημειων* (signo) y no de *semi-* (medio) ². La

¹ FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism. Just how General is Peirce's General Theory of Signs*, p.359

² FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism. Peirce's General Theory of Signs*, p.321-2. M. Fisch comenta que Peirce logra este objetivo, entre otras cosas, a través de la pronunciación de la segunda sílaba de “*semeiotic*” como un diptongo (ai), que él mismo establece como pronunciación del término, y con esto se aleja del vocablo latino.

semiosis es un fenómeno, dice U. Eco, mientras que la semiótica es un discurso teórico sobre los fenómenos semióticos³.

El pensamiento de Peirce es fundamentalmente evolutivo. No se trata de una gran intuición inicial que es luego desarrollada discursivamente, sino más bien de un proceder científico, un ajuste continuo en busca de una mejor solución a los nuevos problemas que se plantean. En el marco de este pensamiento evolutivo, Peirce llega a una concepción del signo, hacia 1905, que todo lo abarca, “el universo está colmado de signos, si es que no está compuesto exclusivamente de signos” (CP 5.448). Todo es signo, todo remite a algo más. Por lo tanto, no puede realizarse una distinción fundamental entre cosas que son signos y cosas que no lo son. La distinción fundamental debe buscarse entre la acción de signo y otros tipos de acción (acción diádica, cfr. III.2.iii). La noción de semiosis hace referencia a la acción de signo (acción triádica, como opuesta a la acción diádica).

La ciencia que tiene por objeto los fenómenos semióticos o semiosis (acción de signo) es la semiótica. Esta es la ciencia de la terceridad, o de la forma más genuina de la terceridad, pues la semiosis constituye la relación ternaria fundamental: “una acción, o influencia, que es, o implica, una cooperación de tres sujetos, tales como un signo, su objeto, y su interpretante; esta influencia tri-relativa no puede de ningún modo resolverse en acciones entre pares”⁴. El título de la tesis (*Semiótica Filosófica*) responde a la consideración de la semiótica en el marco de las categorías metafísicas peirceanas. A este respecto debo hacer dos aclaraciones: primero, que soy consciente de hacer un uso del término metafísica en un sentido distinto al que le asigna Peirce⁵. Considero todo sistema de categorías fundamentales una metafísica. Segundo, la ciencia semiótica y su objeto tienen un

³ ECO, Umberto, *Los límites de la interpretación*, Lumen, Barcelona, 1992, p.240

⁴ PEIRCE, Charles S., “Pragmatism” (1907), EP 2, p.411

⁵ Cfr. III,1,i

largo recorrido en la continuidad evolutiva del pensamiento peirceano (cfr. I.2). Peirce llega a la consideración de la semiótica como co-extensiva con la lógica al final de un extenso desarrollo conceptual. Aquí hago abstracción de ese largo recorrido y me centro en lo que Eco llama “el discurso teórico sobre los fenómenos semiósicos”, y soy consciente que el tema de la semiótica merece un tratamiento más profundo y menos esquemático del que yo en mi tesis le asigno.

i) Nociones fundamentales

Los párrafos 1.343 y 1.349, escritos hacia 1903, tratan de la realidad de la terceridad. Peirce busca probar que la terceridad se hace realmente presente en el mundo, a pesar del escepticismo “sobre la existencia de algún significado o ley reales en las cosas” (1.344) y de la “aversión común a reconocer el pensamiento como factor activo en el mundo real...” (1.348). En este contexto, Peirce afirma que es imposible resolver todo lo que se da en nuestros pensamientos en las categorías de primeridad y segundidad (1.343). La experiencia indica que tenemos un presente inmediato, y que además entramos en el juego de acción y reacción en el mundo objetivo. Sin embargo, falta una parte muy importante de nuestra experiencia a esta caracterización del fenómeno, una tercera dimensión con la que la experiencia cobra relieve, hondura, sentido. Con esta nueva dimensión aparecen las nociones fundamentalmente triádicas de “generalidad, infinitud, continuidad, difusión, crecimiento e inteligencia” (1.340). La tercera dimensión, o terceridad, constituye la *perspectiva* frente al presente inasible y la dinámica ciega.

La perspectiva que la terceridad aporta al fenómeno permite a la mente captar la relación y la conexión entre “el absoluto primero y el último”. La idea de algo tercero aparece asociada con la noción de

“medio (*medium*) o lazo conectivo”, y “se encuentra representada a la perfección por la noción de continuidad”, puesto que todo proceso, movimiento o desarrollo implica un *continuum* y por lo tanto algo tercero. La ciencia y el lenguaje se encuentran colmados de terceros, y ambos son de hecho algo tercero, pues son engendrados por el pensamiento. También en el obrar del hombre hay terceridad, pues “la acción es *algo segundo*, pero la conducta es *algo tercero*”. Toda esta fenomenología de la terceridad aparece en *CP* 1.337, y data de 1875. No obstante, la intuición fundamental del carácter ternario del mundo del pensamiento ya se encontraba presente en “*On a New List of Categories*” (cfr. II.2), donde la relación de signo constituye la síntesis ternaria fundamental.

Además de la idea de medio, que resulta demasiado formal, o geométrica, la fenomenología ofrece otras nociones fundamentalmente triádicas. En “*What is a Sign?*”, escrito hacia 1894, el análisis de la experiencia consciente que realiza Peirce ofrece las siguientes nociones: “pensamiento”, “proceso”, “regla”, “gobierno”, “aprendizaje”. Todas estas describen el tercer estado de la mente, donde el pensamiento atribuye el comportamiento de un fenómeno a una regla general. Este sentido de gobierno de una ley, que la mente percibe en el fenómeno es el elemento de “previsibilidad” que supone la tercera categoría. La ley (terceridad) ejerce un gobierno (“imparte una cualidad”) sobre “las reacciones” de las cosas en el futuro, y esto permite al pensamiento prever el comportamiento de los fenómenos y de las acciones: “constantemente predecimos lo que será” (1.343). Por ello, Peirce asocia la terceridad con el futuro (*what is to be*), mientras que la primeridad la asocia con el presente inmediato y la segundidad con el pasado. Esto se ve en el siguiente párrafo de 1903:

Es imposible resolver todo en nuestros pensamientos en esos dos elementos [de Primeridad y Segundidad]. Podemos decir que el grueso de lo que se realiza actualmente consiste en la

Segundidad –o mejor, la Segundidad es el carácter predominante de lo que *ha sido hecho*. El presente inmediato, si pudiéramos aprehenderlo, no tendría otro carácter que su Primeridad... Pero constantemente predecimos lo que será. Ahora, lo que será no puede convertirse nunca en algo totalmente pasado... Por esta razón llamo a este elemento del fenómeno u objeto del pensamiento el elemento de Terceridad. Es eso que es lo que es en virtud de impartir una cualidad a las reacciones en el futuro (CP 1.343)

La palabra “*thought*” (pensamiento) aparece utilizada con bastante libertad en los “*Collected Papers*”, y esto puede llevar a confusiones a los lectores no familiarizados con el pensamiento de Peirce, como escribe J. Dewey⁶. El pensamiento es manifestación de la terceridad de un modo especial. En opinión de Dewey, el pensamiento, o la operación semiósica (pues pensar significa representar), constituye la genuina forma de la terceridad, aunque no agote esta última en todas sus posibilidades. La confusión referida anteriormente podría darse a partir de la escisión de la unidad pensamiento-lenguaje. El signo lingüístico en Peirce, como dice Dewey, nunca es “expresión” de algo que es de hecho mental. Dewey cita a Peirce: “lo que nunca podría admitir es que la lógica se ocupa en primera medida del pensamiento no expresado”, y comenta “los signos en su interconexión constituyen el pensamiento”⁷. Las nociones de pensamiento y signo se encuentran emparentadas con la noción de significado, que introduciré a continuación. La cuestión del significado será discutida en mayor detalle cuando trate de la semiosis en las secciones sucesivas.

⁶ DEWEY, *Peirce's Theory of Linguistic Signs, Thought and Meaning. The Journal of Speculative Philosophy*, vol. XDIII, No. 4, Feb. 14, 1946, p.92

⁷ *Ibid.*,

Las ideas de pensamiento y signo suponen otra noción presente en toda “genuina relación triádica”: la noción de significado. Uno de los ejemplos más utilizados por Peirce para explicar la relación entre la triadicidad y el significado es la relación que supone el “regalar” (*giving*): A regala B a C. Dicha relación dice mucho más que la mera yuxtaposición de relaciones diádicas tales como:

A coloca en el suelo el objeto B
C levanta el objeto B⁸

La yuxtaposición de diádas no basta para explicar el fenómeno de la “transferencia de la propiedad de B” que implica la relación de regalar. “El derecho [de propiedad] es cuestión de ley, y la ley tiene que ver con el pensamiento y el significado” (1.345). El regalar, se puede decir, *significa* la transferencia de la propiedad, una relación fundamentalmente triádica (que como toda relación ternaria se funda en el significado). Hookway concluye, usando la terminología peirceana, que no se puede *abstraer* (cfr. II.2.ii) el regalar de los tres participantes implicados en la relación.

Las nociones de pensamiento, signo y significado constituyen a la terceridad en la categoría de la racionalidad. Como comenta Murphey, Peirce identificó la terceridad con la racionalidad al declarar la irracionalidad de la primeridad y la segundidad⁹. La terceridad también posee un aspecto formal y uno material, así como las categorías anteriores. La formalidad de la idea de *un tercero* tiene que ver con la relación ternaria desarrollada en 1.345 y 1.363. En estos párrafos se prueba que dicha relación no puede ser analizada en diádas yuxtapuestas, y que la relación cuádruple es analizable en ternas (*into threes*). En cuanto al aspecto material de la terceridad, el mismo

⁸ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.105

⁹ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.313

requiere, según Murphey, un uso del término experiencia en un sentido más amplio que de costumbre. La experiencia de la terceridad estaría dada por los aspectos del signo (*signhood*) requeridos para su experiencia¹⁰. En el caso de la firma del contrato entre A y C, la materialidad se evidenciaría, a mi juicio, en las ideas de intencionalidad y condicionalidad que rigen la naturaleza contractual, y que son irreductibles a las ideas de primeridad y segundidad. En “*The Logic of Mathematics*” escrito hacia 1896, Peirce dice:

Ahora consideremos la tríada, A hace un contrato con C. Decir que A firma el documento D y que C firma el documento D, independientemente del contenido de ese documento, no constituye el contrato. El contrato se funda en la intención. ¿Y qué es la intención? Consiste en que ciertas reglas condicionales han de gobernar la conducta de A y de C. No hay hecho positivo (*positive fact*) en esto; sólo es condicional e intencional

ii) Terceridad y relación de signo

Peirce insiste en el carácter esencialmente triádico de la relación de signo, a la que llama genuina forma de la terceridad (1.480). En su obra “*La Lógica de las Matemáticas; un Intento de Desarrollar mis Categorías desde dentro*”, Peirce se ocupa de las distintas tríadas genuinas; y dice que existen leyes referidas a la cualidad (primera categoría) y a los hechos (segundidad), que son llamadas tríadas genuinas. Sin embargo, reserva la expresión “completamente genuinas” (*thoroughly genuine*) para las tríadas que son representaciones. Hookway también señala el carácter de tríada *por excelencia* de la relación de signo: Peirce afirma en “*Semiotics*

¹⁰ *Ibid.*,

and Significs” (su correspondencia con Lady Welby entre 1903 y 1911) que:

En su forma genuina, la Terceridad es la relación triádica existente entre un signo, su objeto, y el pensamiento interpretante, él mismo un signo, considerado como constitutivo del modo de ser signo. Un signo media entre el signo *interpretante* y su objeto¹¹

Las nociones que la terceridad comprende no son todas particularmente fáciles de aprehender, y por ello requieren de un análisis muy cuidadoso (1.338). No obstante, la noción de signo es considerada por Peirce la idea más sencilla de captar, “entre aquellas nociones triádicas que son de interés filosófico” (1.339). Tal vez la sencillez aludida aquí se deba a aquella concesión (“*a sop to Cerberus*”) a la que Peirce se refiere en una carta a Lady Welby de diciembre de 1908¹². Peirce realiza la gran concesión con el fin de hacerse entender por sus interlocutores, luego de haber generalizado ampliamente su noción de signo. Peirce buscaba poner un límite conceptual a dicha generalización, y lo encuentra en la noción de interpretante como interpretación en la mente del intérprete. Los textos citados (1.338-9) no se encuentran fechados, pero corresponden a la concepción menos general de signo por la clara referencia al interpretante en el pensamiento: “un signo reemplaza a algo para la idea que produce, o modifica” (1.339).

Peirce define al signo del siguiente modo, en la carta a Lady Welby, citada anteriormente:

Defino el signo como cualquier cosa determinada por otra, llamada su objeto, y que determina un efecto en una persona, que

¹¹ Citado por C. Hookway en *Peirce*, p.121. El pasaje resulta importante pues constituye la madurez del pensamiento de Peirce.

¹² Citado por M. FISCH en *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism, Peirce's General Theory of Signs*, p.342-3

llamo interpretante, de tal modo que este último es por la relación misma mediatamente determinado por el primero

Peirce comenta a continuación que la inserción de “efecto en una persona” fue una concesión hecha para lograr que se lo comprenda. Negativamente, se puede decir que la concepción más amplia y general no incluye el límite conceptual que supone la mente de un intérprete. Pero se puede decir más al respecto: positivamente, M. Fisch comenta, la concesión debe buscarse en el cambio de lenguaje de Peirce para referirse al signo. Hay una vuelta a la terminología de la psicología, que era lo que inicialmente Peirce quería evitar, con el objeto de mostrar la trascendencia del signo en general respecto del signo mental¹³. “La lógica es la ciencia de la verdad y la falsedad. Pero la verdad y falsedad pertenecen tanto a las proposiciones impresas en los libros como a las proposiciones en la conciencia del hombre. El hecho que la proposición sea consciente o inconsciente no afecta su verdad o falsedad”¹⁴.

La definición de signo en el párrafo anterior da la pauta para comprender la relación de signo como esencialmente triádica: el interpretante es determinado por el objeto por mediación del signo. La relación triádica de significación siempre supone los tres elementos inescindibles en la relación (objeto-signo-interpretante). Una de las descripciones más claras de lo que la triadicidad comporta se ofrece en 5.473, donde se dice que “un hecho A, produce un segundo hecho B como medio para la producción de un tercer hecho C”. Además, la triadicidad introduce una noción emparentada con la idea de *propósito*. El signo es producido con miras a generar ciertos interpretantes. Esta relación comporta una *transitividad* que no puede reducirse a una cadena causal entre pares de objetos (cfr. 1.363). Por

¹³ FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*, p.343-4

¹⁴ PEIRCE, Charles S., “*The Basis of Pragmatism in the Normative Sciences*” (1906), *EP 2*, p.385

otro lado, Peirce también caracteriza a la terceridad en oposición a la segundidad, de la que habla en 5.472. La acción diádica es descripta como “una secuencia de relaciones entre pares de objetos”. “Un hecho A puede, por fuerza bruta, producir un hecho, B; y B puede producir a C”. Sin embargo, la producción de B por parte de A no influye en la generación de C por parte de B.

La producción de un signo interpretante en la mente del intérprete es el fenómeno que Peirce denomina semiosis. La semiosis, o acción de signo, es un fenómeno irreductiblemente ternario (todo signo se orienta a la producción de otro signo, su interpretante). El signo pide por su naturaleza misma ser interpretado, ser desarrollado, o ampliado bajo alguno de sus aspectos. El interpretante es el elemento distintivo de la explicación de la significación de Peirce, y cobra relevancia en toda interpretación no reduccionista de la comunicación humana. Es importante señalar que el interpretante convierte a la relación de significación en una relación triádica, pues el signo media entre el objeto y el interpretante, el interpretante enlaza el signo con el objeto, y el objeto es el fundamento de la relación entre el signo y el interpretante¹⁵. Peirce dice que el interpretante es otra representación a la que se le entrega la antorcha de la verdad; y en tanto que representación, ésta tiene a su vez un interpretante”(1.339). Así expresa la serie infinita que la noción de interpretante supone, puesto que todo signo tiene su interpretante de modo que ninguna cadena de razonamientos es concluyente.

¹⁵ CONESA F. Y NUBIOLA J., *Filosofía del lenguaje*, Herder, Barcelona, 1999, p.71

iii) La cuestión del interpretante

La referencia a la estructura triádica del signo es una constante en las definiciones de Peirce, así como las consecuentes tríadas que dichas definiciones determinan. El siguiente extracto es prueba de ello:

Defino el *Signo* como cualquier cosa que por un lado está determinada por un objeto y por otro determina una idea en la mente de una persona, de tal modo que ésta última determinación, que llamo el *Interpretante* del Signo, es por ello mediatamente determinado por ese *Objeto*. Un Signo tiene, por lo tanto, una relación triádica con su objeto y con su Interpretante¹⁶.

El extracto corresponde a la carta a Lady Welby, fechada el 23 de diciembre de 1908, y evidencia lo dicho al final de la sección anterior, el signo media entre el objeto y el interpretante, el interpretante relaciona el signo con el objeto (al que el signo se refiere), y el objeto funda la relación entre el signo y el interpretante. En esto consiste la relación triádica de la semiosis. En cuanto al objeto que fundamenta la relación de signo, Peirce realiza, en esta carta, la clásica distinción entre objeto inmediato, o “el objeto tal y como el signo lo representa”, y el objeto dinámico, es decir “[el objeto] realmente eficiente pero no inmediatamente presente”. La cuestión del objeto requiere un tratamiento más elaborado que escapa al propósito de mi tesis¹⁷. Para los fines del presente trabajo diré, como primera aproximación al tema, que el objeto inmediato es el significado del *representamen*, o signo, y que el objeto dinámico puede ser un objeto

¹⁶ PEIRCE, Charles S., *Extractos de las cartas a Lady Welby*, (1908), EP 2, p.482

¹⁷ Para un mejor tratamiento de la cuestión del objeto ver el texto del “*Syllabus*” en los *Collected Papers* 2.309 ss.

real, ideal o imaginario, y, además, que en la representación, el objeto dinámico está generalmente fuera del alcance de la percepción¹⁸.

En la carta a W. James del 14 de marzo de 1909, Peirce desarrolla la distinción entre objeto inmediato y objeto dinámico. El primero es el objeto representado por el signo, o el objeto tal y como el signo lo representa. El objeto inmediato es parte integral del movimiento semiósico en cuanto es el punto de partida de la *relación triádica de signo*. El signo comunica a un intérprete el objeto inmediato “representado” por él. El objeto dinámico, por otro lado, no puede ser representado, o “expresado” por el signo, pues éste se encuentra a menudo fuera del alcance de los intérpretes. Pero aun si el objeto dinámico se hallara dentro del campo de visión u operación de los intérpretes, éste sólo podría ser *indicado* por el signo (a través de un deíctico, por ejemplo), pero nunca podría ser *expresado* por el signo. Se debe recordar que en la concepción de Peirce los signos que no son índices (como es el caso de los signos lingüísticos y las representaciones icónicas) no pueden darnos experiencia de los objetos del mundo.

En la carta a Lady Welby citada, Peirce presenta un ejemplo muy ilustrativo de la cuestión del objeto. La pregunta “¿cómo está el tiempo?” formulada por mi esposa, quien se levantó después de mí, posee un objeto inmediato *expresado* por el signo. Este objeto es el tiempo en ese momento, lo cual es “común” a los interlocutores. *El objeto dinámico es la impresión que yo he obtenido luego de echar un vistazo por la ventana*. Por una parte, mi respuesta en el ejemplo

¹⁸ La cuestión del objeto como significado del signo es discutida. Aquí sigo a U. Eco en *Los Límites de la Interpretación*. Murphey, por otro lado, pone al significado sólo del lado del interpretante, y dice que el significado es el hábito (cfr. MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p. 314)

estará basada en un objeto real a la mano, algo que está dentro del ámbito de *mi* experiencia. Esta experiencia está por el momento, y quizás por el resto del proceso semiótico, fuera del alcance de mi esposa. Se puede apreciar en el ejemplo que sólo la presencia del objeto inmediato (como *ground*) basta para poner en movimiento la semiosis, mientras que el objeto dinámico constituye el *background* del proceso (que se supone). Por otra parte, existen procesos semióticos donde el objeto dinámico se presupone, y nunca hay experiencia de él por parte de ninguno de los interlocutores como sucedería si dos personas estuviesen hablando de la experiencia de una tercera.

La definición de signo, transcrita al principio de esta sección, está seguida por otra clásica distinción tricotómica: la que Peirce establece entre el interpretante inmediato, que es “el interpretante representado o significado en el Signo”, el interpretante dinámico, o “efecto realmente producido en la mente por el Signo”, y el interpretante normal, que es “el efecto que sería producido en la mente por el Signo luego de suficiente desarrollo del pensamiento”. El interpretante inmediato es el pensamiento interpretante evocado inmediatamente por el signo mismo. “Quien no viese que nuestra oración significaba que Tulio tenía una verruga en la punta de la nariz simplemente no habría entendido la oración”¹⁹. El interpretante inmediato es el esquema (*schema*) que se produce en la imaginación de quien interpreta el signo. “El interpretante inmediato es lo que la pregunta [¿Cómo está el día?] expresa, *todo* lo que inmediatamente expresa...”²⁰. C. Hookway continúa con su ejemplo diciendo: “alguien podría explorar su conocimiento de historia romana con el fin de ir más allá del interpretante inmediato, tomando la oración como signo

¹⁹ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.139

²⁰ PEIRCE, Charles S., *Extractos de las Cartas a William James* (14 de marzo de 1909), *EP 2*, p.498

de que *Cicerón* tenía una verruga en la nariz”. Este es el interpretante que se produce actualmente en la mente en determinado momento del proceso semiósico.

Es preciso decir algo más acerca de los tres rasgos fundamentales del interpretante inmediato, enunciados el párrafo anterior: (1) el interpretante inmediato se corresponde con el plano de lo “expresado” por el signo, pues evidentemente debe haber una representación en la mente de lo *inmediatamente* expresado por el signo. Según la “*New List*” el interpretante constituye una *traducción* del signo primero, que expande el significado abstracto. Por ello, se podría decir que el interpretante inmediato es la *primera* traducción del signo: el signo mental; (2) como se dijo en el párrafo anterior, el signo “evoca” el interpretante inmediato, es decir, llama a la mente a traducir el signo en signo mental; (3) otro de los rasgos delineados precedentemente es el “ver” el significado del signo. El intérprete *ve* lo que el signo significa, es decir que entiende inmediatamente –sin mediación alguna- lo que el signo expresa, como de golpe, como por un golpe de vista. El interpretante inmediato entonces se mueve en el plano de la expresión inmediata. Por otro lado, el interpretante dinámico se mueve (pues la semiosis implica un proceso y por lo tanto un movimiento que se desarrolla en triadas) en el plano de la implicación. Esta representación dinámica constituye todo lo que el signo puede comunicar de sí, y da lugar a un movimiento semiósico *ad infinitum*. Las posibilidades que ofrece la semiosis son incalculables, como se ve en el siguiente ejemplo de U. Eco:

En otras palabras, se produce un fenómeno semiósico cuando, dentro de un contexto cultural determinado, un cierto objeto puede representarse con el término *rosa* y el término rosa

puede ser interpretado por *flor roja*, o por la imagen de una rosa, o por toda una historia que cuenta cómo se cultivan las rosas²¹.

El interpretante *final* hace referencia al final de una cadena de interpretaciones sobre determinado objeto. El proceso semiótico es teleológico en el sentido de que existe un *fin* al que su dinámica se orienta: la interpretación. Sin embargo, esa interpretación está, por una parte, lejos de tender hacia un ápice unívoco y anquilosado, pues la última interpretación de una cadena de razonamientos es el principio de una nueva triada *ad infinitum* (cfr. 2.303). En la dinámica semiótica hay un *siempre acercarse* al interpretante final, aunque de manera asintótica. En cierto estadio del proceso interpretativo tenemos un conocimiento mayor del contenido del representamen que había originado la cadena interpretativa²². Por otra parte, en la geometría de la semiosis, la curva interpretativa siempre se acerca más a la recta de la completa concepción del objeto que originó el movimiento de los signos. La idea parece ser que el interpretante final sería alcanzado al final de un proceso de enriquecimiento del interpretante, que es indefinido. Parece ser un ideal de la comunidad científica²³, pues sólo en el marco de una comunidad de investigadores serios y con esfuerzos aunados puede sostenerse tal ideal.

Luego de desplegar los elementos de la semiosis, resulta interesante ver las conexiones entre ellos en el seno del proceso:

El objeto y el interpretante son entonces meramente los dos correlatos del signo; el uno es el antecedente, el otro, el consecuente del signo. Además, el signo se define en términos de

²¹ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.241

²² ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.359

²³ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.139

estos correlatos correlativos, seguramente se esperará que objeto e interpretante se correspondan exactamente, uno con el otro²⁴.

Otra de las distinciones tricotómicas del interpretante es la introducida por Peirce en "*Pragmatism*". Allí Peirce dice que un interpretante puede ser emocional (cuando el signo provoca un movimiento de los afectos, o al menos, una sensación ocasionada por la comprensión del significado de un signo), energético (cuando se produce un esfuerzo) y lógico (cuando se causa un pensamiento). Peirce utiliza la noción de correspondencia para explicar la relación de los correlatos del signo: el antecedente y el consecuente. El primer rasgo que determina la correspondencia del objeto con el interpretante es el carácter de "aprehendido" o "subjetivo", tanto del objeto inmediato como del interpretante inmediato. En ambos casos un consecuente se ha apropiado de un antecedente. En el caso del signo primero, el objeto ha sido asumido por el signo; en cuanto al signo segundo o interpretante, el sujeto se ha hecho del signo, y, a través de él, del objeto. Así se da la correspondencia mentada.

También hay correspondencia entre el objeto "real" y el interpretante energético, pues "ambos son hechos (*facts*) o cosas reales". El esfuerzo al que Peirce se refiere en el caso del interpretante energético es un esfuerzo mental o muscular, que tanto como el objeto dinámico pertenecen al orden de las acciones diádicas (A produce a B, y B a C, y A no ejerce otra acción sobre C que no sea la misma que ejerce sobre B, al mismo tiempo o sucesivamente). A mi juicio, el objeto dinámico y el interpretante energético serían presupuestos (el *background*) de la semiosis, pero ambos se encontrarían en muchos casos fuera del proceso triádico en sí. Por último, "para nuestra sorpresa, nos encontramos con que el interpretante lógico no se

²⁴ PEIRCE, Charles S., "*Pragmatism*" (1907), *EP* 2, p.411

corresponde con ninguna clase de objeto. Este defecto de correspondencia entre el objeto y el interpretante debe fundarse en la diferencia esencial entre la naturaleza de un objeto y la de un interpretante”²⁵. La diferencia esencial entre el interpretante y el objeto radica en lo que se puede llamar la “secuencia semiósica”, que es ineludible. El objeto antecede al signo y *lo conforma*, mientras que el interpretante sucede al signo y *se conforma* a él.

iv) *El interpretante final y la cuestión del hábito*

Peirce distingue entre distintos tipos de interpretantes lógicos: *inmediato*, que es la expresión del signo en la mente del intérprete; *dinámico*, que es el efecto desarrollado que produce el signo en el intérprete; y *final*, el efecto que produciría el signo si fuese posible para él desplegarse completamente, esto es, hábitos y disposiciones para actuar. Estos hábitos que estudiaré en detalle en esta sección son los interpretantes lógicos finales, donde se *apacigua* al menos transitoriamente el proceso de la semiosis, que había sido descrito como proceso *ad infinitum*. U. Eco comenta el pasaje de CP 1.339 (donde Peirce habla de la posibilidad de pensar en un *objeto absoluto como límite de la semiosis*): “fuera del interpretante inmediato, emocional, energético y lógico –todos internos al proceso de la semiosis-, está el interpretante lógico final: el hábito... El formarse el hábito en cuanto disposición a actuar, detiene (al menos transitoriamente) el proceso sin fin de la interpretación...”²⁶.

El tema del interpretante lógico final como hábito para la acción se encuentra íntimamente ligado con el pragmatismo de Peirce. Hacia 1907 en la primera variante de “*Pragmatism*”, Peirce había

²⁵ PEIRCE, Charles S., “*Pragmatism*” (1907), EP 2, p.410

²⁶ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.368

llegado a la conclusión que el interpretante lógico debía ser referido a “un tiempo futuro”, a partir del carácter consecuente del interpretante, y llama modo condicional (*would-be*, posibilidad) a la especie de tiempo futuro asociado con los interpretantes lógicos. Esto significa que los interpretantes lógicos estarían asociados con el mundo de la posibilidad, y “serían generales en cuanto a sus posibilidades de referencia”. Esta generalidad de los interpretantes lógicos es una clara referencia al concepto²⁷. Se podría decir que Peirce considera el interpretante lógico como un concepto en distintos niveles de desarrollo: concepto inmediato, la expresión misma del signo mental; concepto dinámico, el signo interpretado; y concepto final, que es lo que se desarrolla en esta sección, y corresponde a los hábitos que se orientan a la acción.

“*Pragmatism*”, 1907, constituye un cambio importante en la perspectiva del pragmatismo de Peirce, puesto que la prueba del pragmatismo, o *pragmaticismo*²⁸, descansará en los sólidos fundamentos de la semiótica. El artículo en cuestión presenta una definición de pragmatismo que puede tomarse como primera aproximación al tema: “un método para indagar el significado de las palabras duras (*hard words*) y conceptos abstractos”. Su prueba semiótica del pragmatismo, en su forma más resumida y esquemática, comienza con la siguiente premisa: todo concepto y todo pensamiento es un signo. Luego, Peirce lleva las consecuencias de esta premisa hasta la afirmación de que el interpretante lógico (el concepto) debe ser de la naturaleza del hábito (se desarrollará a continuación). Por todo esto, Peirce dice que:

La descripción más perfecta de un concepto, que puedan dar las palabras, consistirá en una descripción de ese hábito que se

²⁷ PEIRCE, Charles S., “*Pragmatism*” (1907), *EP 2*, p.410

²⁸ “*Pragmaticismo*” es el término que adoptó Peirce para su forma particular del pragmatismo.

calcula producirá [el concepto]. Pero de que otra manera puede describirse un hábito sino como una descripción de la clase de acción a la que da lugar²⁹.

Nathan Houser resume el recorrido lógico de la prueba del pragmatismo de Peirce de 1907: (1) todo concepto y pensamiento más allá de la percepción inmediata es un signo; (2) el objeto del signo no se encuentra expresado en el signo (el objeto dinámico); (3) el interpretante es el efecto del signo, y este efecto puede ser emocional, energético o lógico, pero sólo el interpretante lógico (léase: el concepto) constituye “la aprehensión intelectual del significado del signo”; (4) el signo media entre el objeto y el interpretante, de tal modo que el objeto determina al interpretante a través del signo; (5) el interpretante lógico no se corresponde con ningún objeto (que es un antecedente, como ya se ha dicho), sino que está referido al tiempo futuro, que para Peirce es la posibilidad³⁰. La posibilidad constituye una infinitud de referencias posibles, pues los casos puntuales que la realizan nunca agotan su significado. Luego, Peirce afirma que el interpretante lógico debe ser de la naturaleza del hábito, y esto requiere un estudio más detallado.

La conclusión que el interpretante lógico es inagotable en sus posibilidades de referencia está seguida de la consideración de las cuatro categorías mentales de “referencia general”. Estas son: concepciones, deseos, expectativas (la previsibilidad), y hábitos. Peirce descarta muy esquemáticamente (se trata de un artículo) las tres primeras, para quedarse con el hábito como interpretante lógico final. El hábito es descrito como “tendencia” producida por la reiteración de comportamientos de la misma especie, para actuar de manera semejante dadas las circunstancias en el futuro. El punto más

²⁹ PEIRCE, Charles S., “*Pragmatism*” (1907), *EP* 2, p.398

³⁰ HOUSER, Nathan, *The Essential Peirce*, vol.2, introducción xxxv

importante de la reflexión para el tema en cuestión es el siguiente: así como los hábitos en el exterior se forman por las reiteraciones de los actos hasta adquirir una tendencia en el actuar, del mismo modo los hábitos interiores se forman por las reiteraciones ideales de las distintas acciones posibles en determinadas situaciones, también ideales. Estos hábitos interiores también influirán sobre el mundo exterior. El punto es importante pues cuando Peirce trata del interpretante lógico como hábito también se refiere al hábito interior, que es “como una orden al yo futuro”³¹. El hábito tanto mental como exterior siempre es como una receta para hacer algo: una serie de pasos a seguir para lograr un resultado.

En los “*Collected Papers*” Peirce propone la definición del litio en forma de una lista de instrucciones para hacer posible la identificación y la producción de una muestra de litio. Respecto de esta definición hace notar que “la peculiaridad de esta definición es lo que la palabra *litio* denota al prescribir lo que debes hacer para obtener un conocimiento perceptivo del objeto del mundo” (CP 2.330). En este comentario se comienza a apreciar el rumbo de las investigaciones de Peirce, y se aclara aun más la definición del concepto o significado de la palabra como una acción que se debe realizar. El hábito en este contexto no exige una nueva interpretación, sino que es un llamado a la acción. Por un lado, se puede decir desde la semiótica que el hábito, la disposición a actuar, detiene el proceso semiótico, le pone un término a través una realidad *extrasemiótica*: aquello que se debe realizar. Por otro lado, desde la pragmática, se dice que el concepto no consiste en otra cosa que en los hábitos que se

³¹ El hábito interior le comunica al yo cómo debe comportarse en determinada circunstancia en el futuro por ejercicios que se dan en la mente y la imaginación. Peirce presenta el ejemplo de uno de sus hermanos, quien luego de un accidente puntual en su niñez, formó un hábito interior sobre cómo comportarse dadas ciertas circunstancias en el futuro, si un incidente similar volviese a ocurrir. Cfr. PEIRCE, Charles S., “*Pragmatism*” (1907), EP 2, p.413

espera que produzca. En “*What Pragmatism Is*” Peirce define el pragmatismo del siguiente modo:

La teoría que un concepto, esto es, el sentido racional de una palabra u otra expresión, se encuentra exclusivamente en su efecto posible sobre la conducta vital; de modo que, ya que obviamente nada que no resultarse de un experimento puede tener una influencia directa sobre la conducta, si uno puede definir con precisión todos los fenómenos experimentales concebibles, implicados en la afirmación o negación de un concepto, uno tendrá allí una definición completa del concepto, y no hay absolutamente nada más en él³².

Peirce llama al hábito deliberadamente formado la “definición viviente”, “el interpretante lógico final”. El concepto es un conjunto de acciones vivas que se deben realizar. Sin embargo, el hábito *puede* ser signo para un intérprete en otro respecto que no es aquél para el que es hábito. Es decir que el proceso semiósico puede ser rectilíneo en el sentido que un signo tiene un conjunto de interpretantes que llevan a un hábito final, un conjunto de instrucciones, como en la definición del litio, donde el interpretante lógico final es el paquete de instrucciones para producir el litio. En esa línea semiósica el hábito sólo puede ser ese conjunto de acciones que está al final de una cadena de razonamientos. Por otro lado, también se puede hablar de una cadena semiósica oblicua, donde el hábito puede a su vez ser un signo que da lugar a una nueva semiosis. Peirce dice al respecto: el hábito “aunque puede ser signo de otras maneras, no es signo de esa manera en que ese signo del que es interpretante lógico es signo” (CP 5.491). Con esto Peirce quiere expresar que el interpretante final es el fin de la línea semiósica, donde la semiosis amarra y reposa.

³² Citado por N. Houser en la introducción (xxxvi) a *The Essential Peirce*, vol.2

Al final de sus especulaciones Peirce presenta la siguiente conclusión en “*Pragmatism*”:

Por lo tanto, la descripción más perfecta de un concepto consistirá en la descripción de un hábito que, tal concepto, se calcula producirá. Pero ¿cómo puede ser descrito un hábito sino por la clase de acción que produce, con la especificación de las condiciones y del motivo?³³

El hábito entonces se define por la acción. Esta última es la definición viva del concepto. En la introducción a “*The Essential Peirce*” Nathan Houser considera a esta última conclusión el gran aporte de la teoría de los signos de Peirce³⁴. En la sección anterior se estudió la correspondencia entre el interpretante inmediato y el objeto inmediato en cuanto a su carácter subjetivo, así como la correspondencia entre el interpretante energético y el objeto real. La correspondencia en cuanto al interpretante lógico y el objeto había quedado cerrada por la esencial anterioridad del objeto y posterioridad del interpretante lógico, o concepto, que siempre está referido al futuro en la opinión de Peirce. Sin embargo, se abre aquí la posibilidad de conectar el interpretante lógico final con un objeto absoluto. Más aun se puede decir que el hábito es lo que Peirce denomina “objeto absoluto” o último en *CP* 1.339, donde dice que “una infinita serie de representaciones, cada una representando la otra detrás de sí puede concebirse con un objeto absoluto como su límite”; y es importante hacer notar que este objeto absoluto es una realidad extrasemiósica como dice U. Eco en *Los Límites de la Interpretación*³⁵.

³³ PEIRCE, Charles S., “*Pragmatism*” (1907), *EP* 2, p.418

³⁴ HOUSER, Nathan, *The Essential Peirce*, vol.2, introducción (xxxvi)

³⁵ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.368

v) *Balance*

En esta última sección se ha considerado la semiótica como ciencia de los fenómenos semióticos. La disciplina semiótica constituye la ciencia de la tercera categoría, pues la semiosis es la “forma genuina” de la terceridad. Peirce describe la semiosis como “una acción o influencia, que es, o implica una cooperación entre tres sujetos tales como un signo, su objeto y su interpretante; esta influencia tri-relativa no puede de ningún modo resolverse en acciones entre pares”. Esta acción irreductiblemente ternaria ocupa el lugar más privilegiado de la tercera categoría, es por ello que llamo a la semiótica peirceana semiótica metafísica o ciencia de la forma más genuina de la tercera categoría. En el capítulo anterior se trató de las categorías irracionales: la primeridad y la segundidad. El capítulo cuarto incorpora la racionalidad como elemento esencial del fenómeno, pues no todos los fenómenos pueden reducirse a las categorías irracionales. La racionalidad, la ley y el pensamiento también se hacen presente en el *faneron*.

Según Peirce, signo es cualquier cosa determinada por otra llamada su objeto y que determina un efecto en una persona, llamada su interpretante, de tal modo que este último es por la relación misma mediatamente determinado por el primero. El carácter *transitivo* (que implica un paso o traspaso) de la relación de signo es lo que la distingue de la acción diádica. Se debe recordar que en la concepción de Peirce el mundo no se divide en cosas que son signos y cosas que no tienen esa cualidad (el ser signos), pues “todo es signo”. La distinción fundamental del universo es entre acciones diádicas y acciones triádicas. En la acción diádica no hay mediación, o paso (transitividad), como sí la hay en *el regalar*, por ejemplo, donde “A regala B a C”. La relación de regalar no puede reducirse a “A pone B en el piso y C lo levanta”. Existe una transferencia del derecho de

propiedad que es irreducible a la díada. En la acción diádica, A produce B y B produce C, y no puede establecerse una conexión entre A y C que no sea la misma que se da entre A y B. Por el contrario, en la relación triádica de la semiosis, el interpretante es determinado por el objeto a través del signo. Esta acción triádica irreducible a la díada siempre supone los tres elementos inseparables en la relación: objeto, signo e interpretante.

Uno de los grandes aportes de Peirce a la semiótica se encuentra en las distinciones y clasificaciones en el seno del proceso semiótico. Peirce distingue entre objeto inmediato y objeto dinámico. El primero es el objeto representado por el signo e integrado a la semiosis. El segundo es el objeto eficiente puesto que es causa del movimiento semiótico, siendo él mismo *extra-semiótico*. Este objeto no se encuentra inmediatamente presente, pues el signo no puede expresarlo en su “realidad”, aunque siempre se supone como fundamento del objeto inmediato. U. Eco dice del objeto dinámico “no estando presente, o no estando allí, el objeto dinámico de un acto interpretativo *ha estado*”³⁶. Otra de las distinciones tiene que ver, ya no con el antecedente, sino con el consecuente del signo: el interpretante. Peirce distingue entre interpretante inmediato, dinámico y final. Entre estos tres he desarrollado el tercero más extensamente, pues constituye “el apaciguamiento de la semiosis”. El movimiento semiótico *ad infinitum* encuentra en el interpretante lógico final un cierto reposo.

En la semiosis *ad infinitum*, el desarrollo del interpretante se acerca al interpretante lógico final. Esta aproximación es asintótica, pues en cierto estadio del proceso tenemos un mayor conocimiento del objeto contenido en el signo. Las posibilidades interpretativas de un signo son incalculables. Como dice U. Eco, conocer todas las

³⁶ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.368

posibilidades interpretativas es una mera posibilidad semiósica, que sólo puede actualizarse en el ámbito de un contexto dado o bajo un perfil determinado. La semiosis es virtualmente ilimitada pero nuestras posibilidades cognitivas organizan, encuadran y delimitan sus posibilidades. En el ejemplo “¿cómo está el tiempo?”, el interpretante lógico final sería una serie de conductas que se seguirían de determinadas respuestas. Los modos de comportamiento o hábitos se desarrollarían a partir del despliegue y enriquecimiento del signo. Esta interpretación estaría en la línea del comentario de Eco, puesto que nuestras finalidades particulares encuadran y delimitan las posibilidades del signo hasta lograr un mayor acercamiento al interpretante lógico final.

Sería bueno aclarar aquí que si bien nuestras finalidades concretas delimitan las posibilidades ilimitadas del signo –para acercarse al interpretante lógico final–, esto no significa que el hábito sea una cuestión puramente subjetiva. Así como en la ciencia el interpretante lógico final supone una comunidad de investigadores con esfuerzos aunados, del mismo modo todo hábito supone el concepto de comunidad. La noción de hábito supone una “instancia trascendental”, una comunidad como garante intersubjetivo. Esta comunidad no es trascendental en el sentido kantiano, pues no es anterior sino posterior a la semiosis³⁷. El acuerdo intersubjetivo de la comunidad resguarda al hábito de “los caprichos del tú o del yo” (CP 5.311). La comunidad da validez a ciertos hábitos, mientras que rechaza otros.

Hookway ofrece su interpretación del interpretante lógico final en la línea de la ciencia como “proceso de interpretación de signos”. Para Peirce aprender de la experiencia significa acercarse cada vez más a los interpretantes finales de las afirmaciones hechas en la

³⁷ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.369

comunidad científica³⁸. El interpretante lógico final, en el seno de esta comunidad, sería el interpretante sobre el que todos los investigadores se pondrían de acuerdo, luego de haber investigado lo suficiente. Ya sea que se considere el texto del “*Syllabus*” de 1903, como lo hace Hookway, o el texto de “*Pragmatism*” de 1907, el punto más importante que hay que destacar es el carácter extra-semiósico del interpretante lógico final como término del proceso semiósico. Si de acuerdo con la máxima pragmática, el significado de cualquier proposición no está constituido por nada más que los posibles efectos prácticos implicados por la aserción, cuando la proposición es verdadera, entonces el proceso interpretativo debe detenerse –al menos por un tiempo– fuera de la cadena semiósica³⁹. Eco dice “al menos por un tiempo”, pues el hábito pronto se traduce en signos que lo interpretan. En el ejemplo de la pregunta “¿cómo está el tiempo?”, el tomar el paraguas es un *signo-hábito*.

³⁸ HOOKWAY, Christopher, *Peirce*, p.139

³⁹ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.368

BALANCE FINAL

En este balance final se encuentran las conclusiones que he inferido a partir del estudio del desarrollo de la semiótica peirceana como semiótica filosófica. En la introducción a este trabajo, propuse una interpretación de la semiótica de Peirce a la luz de su sistema de categorías universales. La íntima dependencia de la teoría de los signos respecto de su metafísica hace que su semiótica se desarrolle y profundice de la mano de los avances en materia de las categorías. Precisamente uno de los temas sobre los que más insiste Peirce es el carácter triádico de la relación de signo como “genuina forma” de la terceridad. El valor objetivo de mi tesis fue planteado en los siguientes términos: presentar la teoría de los signos de Peirce desde la perspectiva de sus categorías metafísicas, siguiendo el desarrollo de las mismas en relación con la semiótica. Mi interés por este tema y la posibilidad de elaborar esta tesis se funda en la afirmación de J. Ransdell, a saber: que *la clave de lectura* de la semiótica peirceana debe buscarse en las categorías. La tradición de la que parte Peirce es fundamentalmente lógico-metafísica. Esto se refleja, por un lado, en la continuidad evolutiva entre semiótica y metafísica, y, por otro lado, en la diferencia fundamental entre esta clase de semiótica y otras formas de semiótica no-filosóficas.

En *CP* 1.300, en el año 1894, Peirce describió la lista de conceptos puros como “una tabla de nociones derivadas del análisis lógico del pensamiento, que se considera aplicable al ser”. En la primera etapa de su pensamiento, Peirce adhiere al modelo kantiano de deducción de las categorías metafísicas a partir de la lógica, aunque lo enriquece con el aporte insustituible de la escolástica medieval. Por otra parte, su punto de partida no es la lógica de *las doce formas del juicio*, sino el análisis de la proposición, en cuanto ilustrativa de la

relación de signo. A partir de la descomposición de la proposición en sus elementos y del análisis de los distintos niveles de abstracción en el orden de los conceptos, Peirce deduce su propia lista de cinco categorías, que poco tiempo después reduciría a tres, por considerar al ser y la sustancia “términos vacíos”. Muchos años antes de la publicación de la “*New List*”, Peirce había llegado a la siguiente conclusión, a saber: que las categorías kantianas podían formar parte de un sistema de conceptos más amplio, más general.

La posibilidad de operar su propia deducción metafísica y la validez de dicha operación fueron los grandes temas que ocuparon a Peirce antes del 67. Cuando estuvo convencido de la posibilidad de operar la derivación metafísica, a partir de la lógica, también decidió renovar la deducción kantiana con los aportes que él había recibido de pensadores como Duns Escoto. La lógica medieval, con la importancia que Escoto había dado a los argumentos y al elemento triádico, proporcionaba un marco de consideración más rico y amplio. Kant había circunscrito su análisis a las proposiciones en su formalidad. Peirce, por otro lado, creía que la deducción debía hacerse a partir del *signo en toda su amplitud*, no sólo a partir de las proposiciones formalmente consideradas. Por ello, como se verá más adelante, Peirce estudia a la proposición en cuanto es ilustrativa de la relación de signo. La relación proposicional evidencia una relación más general que es la relación de signo, que constituye la síntesis fundamental del conocimiento.

Todo el estudio de Peirce, su *background* kantiano y hegeliano, los aportes escolásticos, y el planteamiento de la deducción metafísica conducen a la primera conclusión, a saber: se debe reconocer *la preparación* para la génesis de la tercera categoría, la representación, en el marco de una tradición lógico-filosófica. El estudio de los autores que hicieron su filosofía en el marco de un sistema de categorías fundamentales atrajo la atención de Peirce desde

su juventud. Aristóteles, Kant, Hegel, Leibniz tuvieron lo que él denominó “pensamiento generalizador”. Los medievales, por el contrario, fueron muy minuciosos en el tratamiento de los temas de la lógica, pero no tuvieron esa mentalidad de sistema que Peirce admiraba en los modernos. El punto de partida de Peirce y sus intereses lógico-metafísicos hacen que el objeto de su semiótica trascienda ampliamente el objeto de lo que se entiende actualmente por “semiótica”; sobre todo, la semiótica peirceana trasciende el objeto de la semiología, y no se limita a una consideración teórica del lenguaje.

La semiótica de Peirce *se prepara, nace y se desarrolla* en un marco netamente filosófico. Es la ciencia de los fenómenos *terceros*, que son el objeto de consideración de la tercera categoría metafísica. Como afirma J. Ransdell, “la terceridad es la categoría semiótica específicamente. Esto significa que la relación de representación constituye la forma genérica de la terceridad”. Es por ello que toda idea, relación o fenómeno que implique una forma de la terceridad debe subsumirse en la relación genérica de signo, que es la “forma genuina” de la terceridad. En otras palabras, continúa Ransdell “la semiótica en su mayor amplitud se concibe como la teoría general de la categoría de la terceridad, y la concepción general de la terceridad debe buscarse en sus definiciones [las proporcionadas por Peirce] más abstractas de la relación de representación”¹.

El gran aporte de la monografía “*On a New List of Categories*” de 1867, es la introducción de la categoría de la representación como categoría fundamental del sistema metafísico peirceano. En dicha obra Peirce introduce la noción de “interpretante” o representación mediadora, que puede analizarse en dos niveles: en

¹ ARISBE: The Peirce Gateway. “*On Peirce’s Conception of the Iconic Sign*” [en línea]. Párrafo No 21. (VER. 2. 0, 9 de octubre de 1997)

primer lugar, en el nivel del acto de “atención” de la mente, que es la dirección de ella hacia *un eso* o sustancia, la mente se encuentra en un estado de “confusión”, que requiere diferenciar esta impresión de aquella (CP 1.554). Esta diferenciación y comparación de las impresiones se realiza por el interpretante como representación mediadora, pues entre *p* y *b* debe formarse una representación similar a ambas en la mente, para luego poder decir que *p* y *b* son similares en cuanto a la figura. En un segundo nivel de análisis, la sustancia se compara con otras sustancias y con experiencias anteriores.

Este segundo nivel de análisis se da en la proposición. La atribución de una cualidad (negro) a un sujeto en la proposición afirmativa constituye una actividad hipotética para Peirce. La sustancia debe ser comparada con otros objetos en la mente que comparten esa cualidad que se busca predicar del sujeto. La hipótesis se presenta del siguiente modo:

1. La sustancia es de tal modo.
2. Los objetos negros son del mismo modo.
3. Luego, la sustancia es negra

El punto más significativo del planteo de Peirce, para mi tesis, está en la consideración de la proposición como ilustrativa de la relación de signo². La proposición “la cocina es negra” ilustra la relación de signo: la relación *objeto-sujeto-predicado* constituye una instancia de la relación *objeto-signo-interpretante*. En la proposición el sujeto *suple* al objeto y el predicado es representación del objeto y ampliación o explicitación suya (del objeto), a través del sujeto, que lo da a conocer. En la relación de signo, el objeto es representado, “expresado”, por el signo, y el interpretante constituye una mayor explicitación o despliegue de las potencialidades de un objeto expresado en el signo. Esta última relación, la de signo (*sign relation*),

² MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.284

constituye la relación sintética fundamental (conocemos usando signos) y el núcleo de la tercera categoría. La primera conclusión hacía referencia a la *preparación del terreno* para la nueva categoría metafísica en el marco de un sistema “tri-categorial”. La segunda conclusión viene a confirmar la primera: la tradición lógico-metafísica de la que Peirce es deudor da sus frutos en la *Nueva Lista de Categorías*, donde la representación es una categoría irreducible. Todo conduce a reconocer *la génesis* de la semiótica peirceana como *semiótica filosófica*.

Durante el extenso período comprendido entre 1867 y 1890, Peirce trabaja en su teorema de lógica formal (*the remarkable theorem*). Este teorema busca probar que los valores irreducibles de la lógica formal son la unidad, la diadicidad y la triadicidad (los valores uno, dos y tres), y que no existe un valor superior a *tres* que no pueda ser reducido a los valores fundamentales. Aunque el teorema de lógica formal constituye un avance respecto de la lógica de 1867, esto no significa un olvido de los desarrollos de la “*New List*”. Los distintos períodos del pensamiento de Peirce nunca se consideran compartimientos estancos. Por el contrario, siempre es posible establecer conexiones entre las distintas etapas en la evolución de su pensamiento. El ejemplo más claro es la presencia del elemento triádico, que se gesta en la “*New List*” y continúa inspirando todo el sistema peirceano.

Otra prueba de la continuidad evolutiva es la siguiente: la ciencia del fenómeno de Peirce partió de los descubrimientos de la lógica formal en un primer momento, pero luego los descubrimientos obtenidos a partir de la ciencia lógica fueron generalizados de tal modo que vinieron a ser valores pre-lógicos presentes en el fenómeno y en la naturaleza. La cuestión de los valores es develada por la lógica en su formalidad, pero la fenomenología manifiesta los valores en cuanto a su materialidad. Los desarrollos lógico-formales en

consonancia con la fenomenología hablan de una continuidad evolutiva, un continuo enriquecimiento del sistema a la luz de los nuevos descubrimientos que se incorporan, provenientes de las distintas ciencias. Una primera aproximación a la tercera conclusión es la que resulta de la proyección fenomenológica de los valores develados por la lógica formal. Es decir que la semiótica de Peirce nació y se desarrolló como una disciplina que entronca con una tradición lógico-filosófica, como afirma Ransdell.

Después de la “*New List*” las tres categorías que perduraron en el sistema de categorías de Peirce fueron las que correspondieron con los accidentes: cualidad, relación y representación, que se corresponden con la mónada, la díada y la tríada respectivamente. No obstante, si bien la formalidad numérica encontró un lugar en el sistema posterior de la fenomenología, la materialidad de las categorías cambió sustancialmente. La categoría de la cualidad que se encontraba en la cima del sistema del 67 como la abstracción pura, se convirtió en la base del sistema posterior. En la década del 90, Peirce buscó *poner sobre sus pies* el sistema de conceptos puros, y lo hizo descansar sobre la cualidad como “sensación”. Del mismo modo, la relación binaria, que era la categoría de la referencia a un correlato, se desarrolló en la fenomenología como la categoría de las acciones recíprocas entre objetos de un universo real o ideal. Por último, la representación mediadora pasó a designar lo racional en general en contraposición con las categorías irracionales anteriores, y se convirtió en la idea de ley, pensamiento, aprendizaje, entre otras nociones triádicas.

En la fenomenología como constatación empírica de las categorías, he tratado de los tres fenómenos omnipresentes en lo real y ficticio. El sistema de categorías se despliega en dos planos de la experiencia: el plano puramente “experiencial”, donde los fenómenos (*primeros y segundos*) constituyen alguno de los modos de la

conciencia irracional y el plano de las relaciones que se desarrollan en tríadas (*terceros*) –pensamiento, proceso, regla, etc.–. Todos estos fenómenos triádicos constituyen una elevación por sobre la experiencia ciega; ellos conforman la racionalidad. Al presentar las categorías de primeridad y segundidad perseguí dos objetivos principales, a saber: por una parte, quise presentar un sistema categorial completo, donde pudiese enmarcar la terceridad con claridad; por otra parte, busqué presentar los fenómenos *primeros* y *segundos* como “irracionales”, siguiendo a Murphey, pero también “incompletos”³, sin los fenómenos *terceros*. Esto sirvió al propósito de la tercera conclusión final: la semiótica *se desarrolló* en el contexto un sistema metafísico.

El fenómeno pide las ideas triádicas para completarse, pues nada podría saberse, entre otras cosas, de la primeridad y la segundidad si no tuviésemos la idea de la terceridad, que engendra el pensamiento y la ciencia. Por otro lado, desde el aspecto formal de la unión entre *un primero* y *un segundo*, las ternas aparecen como fundamentales e irreducibles: “entiendo por tercero el medio o conexión entre el absoluto primero y último. El principio es primero, el fin segundo, el medio tercero” (1.337, año 1875). Además, se ha podido observar la *transición* de un fenómeno a otro y su *esencial interrelación*. La idea de independencia (primeridad) conduce a la idea de relación binaria (segundidad), y ambas buscan elevarse a la racionalidad. Esta transición de una categoría a otra explicita un poco más la conclusión enunciada en el párrafo anterior. Es decir que la semiótica constituye, como categoría o ciencia categorial, el último estadio del desarrollo metafísico. Por ello, la he llamado ápice del sistema metafísico peirceano. El término “desarrollo” lo he utilizado en dos sentidos: (1) por un lado, para designar el despliegue de la

³ Cfr. *Collected Papers* 1.343, año 1903

semiótica en el marco de las categorías, y (2) por otra parte, para referirme a la evolución de los fenómenos hacia la terceridad.

En la sección final he tratado de la forma genuina de la terceridad: la relación de signo, con miras a revelar una metafísica interna a la semiosis. En primer lugar se trata de la existencia de la terceridad con relación a la imposibilidad de reducir nuestra experiencia a los fenómenos de la primeridad y segundidad (argumento negativo) (CP 1.343). Este argumento negativo como prueba de la “realidad” de la terceridad está relacionado con la dimensión formal de la terceridad (su carácter irreducible). La materialidad de dicha categoría está relacionada con “los aspectos del signo requeridos para su experiencia”⁴, a saber: en la firma de un contrato, por ejemplo, la intencionalidad de las partes. El segundo punto sobre el que hago especial hincapié es el carácter triádico por excelencia de la relación de signo. La relación de signo es irreducible a la díada, pues es *tri-relativa* por naturaleza. Es decir que la influencia del objeto sobre el interpretante, a través del signo es imprescindible.

También el proceso interno a la semiosis comporta una metafísica, no ya categorial, sino una metafísica implicada por la referencia de los elementos semióticos a los objetos. Peirce establece una serie de distinciones en el seno del proceso semiótico: objeto dinámico e inmediato, interpretante inmediato, dinámico y final, entre otras. Con referencia al objeto, me ha interesado especialmente el objeto dinámico, que es el objeto eficiente pero no presente, pues se encuentra por lo general fuera del alcance de los intérpretes. Este es el objeto que he llamado *extra-semiótico*, pues, como dice U. Eco, no estando allí, el objeto de un acto interpretativo *ha estado*⁵. Este objeto,

⁴ MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, p.313

⁵ ECO, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, p.368

a mi juicio, nos pone en contacto con una metafísica de los objetos del mundo, pues hay objetos, externos al movimiento de la semiosis, a los que la semiosis debe conformarse. El otro elemento semiótico al que he prestado especial atención ha sido el hábito (interpretante lógico final) como *apaciguamiento* de la semiosis ilimitada. Este hábito constituye el otro extremo extra-semiótico de la relación de signo. El hábito actualiza y encuadra al proceso semiótico en una conducta a realizar. Como conclusión final, se puede decir que ambos extremos de la relación semiótica nos ponen en contacto con una metafísica de las realidades exteriores al movimiento de la semiosis.

BIBLIOGRAFIA

1. BIBLIOGRAFIA PRIMARIA

1.1. Ediciones de la obra de Peirce

PEIRCE, Charles S., *Collected Papers*, vols. 1-8, C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds). Cambridge, MA: Harvard University Press, 1931-1958

PEIRCE, Charles S., *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vols. 1-6, M. H. Fisch et al. (eds). Bloomington: Indiana University Press, 1982-2000

HOOPEES, James (ed). *Peirce on Signs: Writings on Semiotic*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991

HOUSER, Nathan et al. *The Essential Peirce. Selected Philosophical Writings*, vols. 1-2. Bloomington: Indiana University Press, 1992-98

1.2. Biografías de Peirce

BRENT, Joseph, *Charles S. Peirce: A Life*. Bloomington: Indiana University Press, 1998

DELEDALLE, Gerard, *Charles S. Peirce, 1839-1914: An Intellectual Biography*. Amsterdam: Benjamins, 1990

2. BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

2.1. Obras sobre Peirce

BEUCHOT, Mauricio, *Estudios sobre Peirce y la Escolástica*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Pamplona, 2002

ESPÓSITO, Joseph L., *Evolutionary Metaphysics*, Ohio University Press, Ohio, 1980, p.163

FISCH, Max, *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*, Indiana University Press, Bloomington, 1986

HOOKEYWAY, Christopher, *Peirce*, Routledge, London, 1992

MURPHEY, Murray G., *The Development of Peirce's Philosophy*, Hackett, Indianapolis, 1993

PARKER, Kelly A., *The Continuity of Peirce's Thought*, Vanderbilt University Press, Nashville and London, 1998

2.2. Otras fuentes

ARISBE: The Peirce Gateway. "On Peirce's Conception of the Iconic Sign" [en línea]. Párrafo No 21. (VER. 2. 0, 9 de octubre de 1997)

CONESA, F. y NUBIOLA, J., *Filosofía del Lenguaje*, Herder, Barcelona, 1999

DEWEY, *Peirce's Theory of Linguistic Signs, Thought and Meaning. The Journal of Speculative Philosophy*, vol. XDIII, No. 4, Feb. 14, 1946

ECO, Umberto, *Los límites de la interpretación*, Lumen, Barcelona, 1992

FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1999

HUME, David, *Del Conocimiento*, Aguilar, Buenos Aires, 1973

KANT, Immanuel, *Prolegómenos*, Istmo, Madrid, 1999

KIERKEGAARD, Soren, *Papers and Journals, A Selection*, Penguin Books, London, 1996

MARITAIN, J. en *Los Grados del Saber*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1983

PEIRCE-L Re: On What Motivated Peirce to Study Signs (en línea): *Joseph Ransdell. "Peirce Discusión Forum" pierce-l@lyris.acs.ttu.edu* en el servidor (9 de feb. 2002)

REALE, Giovanni y ANTISERI, Dario, *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, Herder, Barcelona, 1998

RORTY, Richard. *El Pragmatismo, una Versión*, Ariel, Barcelona, 2000